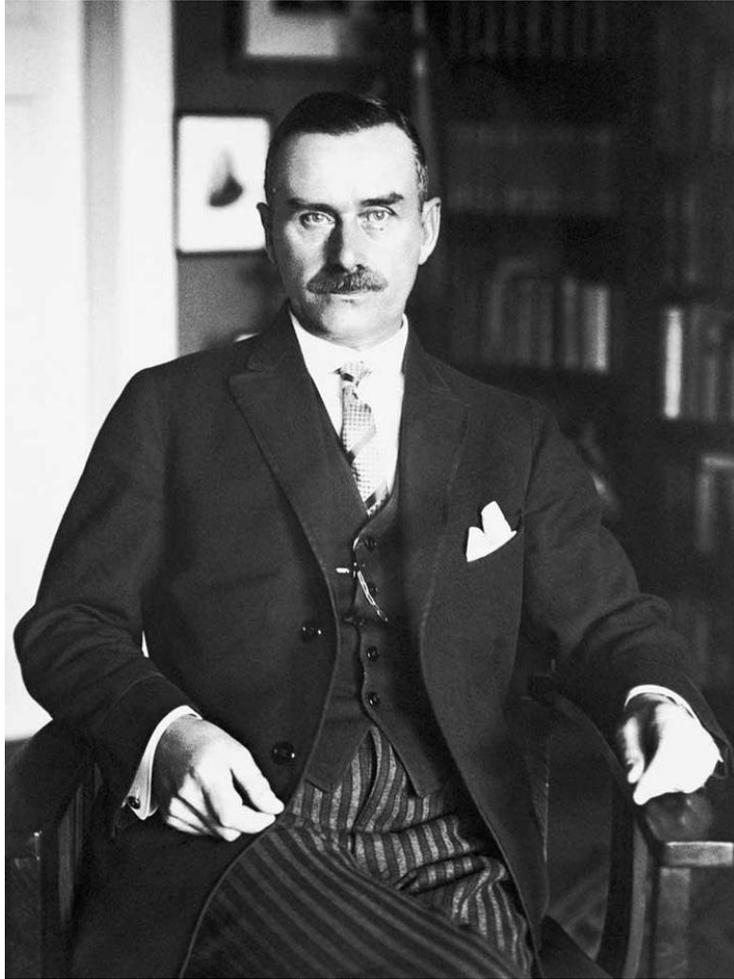


**THOMAS MANN**

**Relato de mi vida**



**ALIANZA EDITORIAL**

Yo nací en Lübeck el año 1875. Fui el segundo hijo del matrimonio formado por Johann Heinrich Mann, mercader y senador de la Ciudad Libre, y de su esposa Julia da Silva-Bruhns. Así como mi padre era nieto y "biznieto de ciudadanos de Lübeck, mi madre, en cambio, había venido al mundo en Río de Janeiro; era hija de un alemán propietario de plantaciones y de una brasileña criollo-portuguesa, y fue trasladada a Alemania cuando tenía siete años. Mi madre poseía un tipo netamente latino, había sido, en su juventud, una belleza muy admirada y tenía una gran sensibilidad para la música. Si me pregunto de dónde proceden, hereditariamente, mis aptitudes, tengo que recordar el famoso verso de Goethe y decir que de mi padre me viene «la seriedad en la conducta», y de mi madre, en cambio, «la naturaleza jovial», es decir, la inclinación hacia el arte y lo sensible, y el «gusto de fantasear», en el más amplio sentido de la palabra.

Fue la mía una infancia mimada y feliz. Los cinco hermanos, tres muchachos y dos chicas, vivíamos en una elegante casa de la ciudad que mi padre había edificado para sí y para su familia; disfrutábamos además de un segundo hogar en la antigua casa de la familia, situada junto a la iglesia de Santa María; en ella residía únicamente mi abuela paterna, y hoy es objeto de la curiosidad de los visitantes, conociéndosela como «la casa de *Los Buddenbrook*». Los períodos más felices de mi infancia eran, sin embargo, las semanas de vacaciones que pasábamos todos los años, durante el verano, en Travemünde. Por la mañana nos bañábamos en la playa de la ensenada que allí forma el Báltico, y las tardes las pasábamos a los pies del témpete de música situado delante del hotel, por el cual sentíamos un amor casi tan apasionado como por los baños. El ambiente idílico, refinado, cobijador y apacible de esta estancia allí, con sus comidas de varios platos en la *table-d'hôte*, me satisfacía de un modo indescriptible, favoreciendo mi inclinación —sólo mucho más tarde medianamente corregida— por la pereza soñadora. Y cuando aquellas cuatro semanas, que al principio parecían interminables, se acababan y teníamos que volver a casa y reanudar la vida ordinaria, un suave dolor de compasión para conmigo mismo me desgarraba el corazón.

Por la escuela sentía aborrecimiento, y nunca me sometí a sus exigencias. La despreciaba como ambiente, criticaba los modales de sus directivos y pronto me encontré en una especie de oposición literaria a su espíritu, a su disciplina y a sus métodos de enseñanza. Mi indolencia, acaso necesaria

para mi particular desarrollo; mi necesidad de disponer de mucho tiempo libre para estar ocioso y leer con tranquilidad; una verdadera pereza de mi espíritu, que todavía hoy padezco, me hicieron odiar la sujeción escolar, llevándome a hacer tercamente caso omiso de ella. Es posible que la rama humanística hubiese estado más acorde con mis necesidades espirituales. Pero como se me destinaba a comerciante —e incluso, originariamente, a heredero de la empresa—, asistía a los cursos no humanísticos del «Katharineum». Sin embargo, permanecí allí sólo hasta conseguir el diploma que me autorizaba a hacer un único año de servicio militar como voluntario, es decir, hasta el momento de pasar al quinto curso. Durante casi todo el tiempo que duró este período estacionario y desagradable de mi vida, una gran amistad me unió con el hijo de un librero, declarado en quiebra y ya fallecido, amistad que se fortalecía con los sarcasmos y las burlas absurdas, de un humor negro, que lanzábamos contra el «todo» y, en especial, contra «el establecimiento» y sus funcionarios.

En la consideración de éstos me perjudicó mucho la circunstancia de que yo «escribiera poesías». En este punto no había sido yo lo bastante discreto, probablemente por vanidad. Un romance dedicado por mí a la heroica muerte de Arria, *Paete, non dolet*, con el que me había estado luciendo ante un compañero, y que éste había entregado, en parte por admiración y en parte por mala idea, al catedrático, hizo advertir claramente a los superiores, ya en el cuarto curso, mi carácter especial y contrario a los reglamentos. Yo había empezado escribiendo comedias infantiles, que representaba, junto con mis hermanos más jóvenes, ante mis padres y tías. Vinieron luego poesías, dedicadas a un querido amigo, el cual ha adquirido cierta vida simbólica en mi relato *Tonio Kröger*, con el nombre de Hans Hansen; en la realidad, sin embargo, este amigo mío se entregó más tarde a la bebida y tuvo un triste fin en África. Ignoro qué se ha hecho de mi compañera de las clases de baile, que lucía unas trenzas morenas y a la que estuvieron consagrados mis posteriores poemas amorosos. Sólo mucho más tarde llegué a componer narraciones, después de haber atravesado incluso una fase en que escribí críticas y ensayos. En efecto, en una revista estudiantil, de carácter poco escolar, titulada *Der Frühlingssturm* [La tormenta de primavera], que, junto con algunos revoltosos alumnos de sexto curso, publiqué en quinto, yo brillaba sobre todo como redactor-jefe, con trabajos de índole filosófico-revolucionaria.

Hace cinco años (con ocasión del séptimo centenario de la Ciudad Libre) volví a encontrarme en Lübeck con mi profesor de alemán y de latín en cuarto curso. A este profesor ya jubilado, de pelo blanco como la nieve, le dije que, desde luego, yo había producido siempre la impresión de ser un completo holgazán, pero que, en el fondo, había sacado mucho provecho de sus clases. Para demostrárselo le repetí la frase, siempre igual, con que acostumbraba a ensalzarnos, como lectura incomparable, las baladas de Schiller: «Esto no es lo primero de lo bueno que ustedes leen; es lo mejor que ustedes pueden leer.» «¿Eso decía yo?», exclamó, y le divirtió mucho.

Mi padre murió relativamente joven, a causa de una septicemia, cuando yo contaba quince años. Gracias a su inteligencia y a su formación intelectual había sido un personaje muy apreciado, popular e influyente en la ciudad, pero desde hacía años no sentía ya ningún gusto en ocuparse de la marcha de sus negocios privados. Por ello, tras sus funerales, que en punto a honores y a concurrencia de gente superaron todo lo que se había visto en este orden desde mucho tiempo atrás, nuestra empresa de cereales, más que secular, fue disuelta. También vendimos nuestra casa de la ciudad, como habíamos hecho ya antes con la de mi abuela. De este modo cambiamos la espaciosa residencia en cuyo salón de baile, de piso de parquet, los oficiales de la guarnición habían cortejado a las hijas de los patricios, por un chalet más modesto, con un jardín, situado en las afueras. Muy pronto, sin embargo, mi madre abandonó la ciudad. A ella le gustaba el sur, las montañas, Munich, que había conocido en el curso de viajes realizados junto con mi padre, y allí se trasladó con mis hermanos menores; a mí, en cambio, para que terminase provisionalmente mis estudios, me dejó como pensionista en casa de un profesor del Instituto, donde conviví con muchachos hijos de aristócratas y de terratenientes de Mecklenburgo y de Holstein que en Lübeck asistían a la escuela.

De esta época conservo un placentero recuerdo. La «institución» no esperaba ya nada de mí; por ello me abandonó a mi propia suerte, que para mí mismo era completamente oscura. Mas su inseguridad no conseguía inquietarme, pues, a pesar de todo, yo me veía sano e inteligente. Asistiría a las clases, pero por lo demás vivía a mi aire, por así decirlo. Con mis compañeros de pensión, en cuyos prematuros banquetes estudiantiles participé algunas veces, con una alegría desbordante y campechana, me entendía bien. Después, una vez conseguida la meta de mi educación escolar, con la cual me conformaba, seguí a mi familia a la capital de

Baviera. Y allí —llevando en mi corazón la palabra «provisionalmente»— ingresé como meritorio en las oficinas de una compañía de seguros contra incendios, cuyo director había dirigido antes en Lübeck un negocio similar y había sido amigo de mi padre.

¡Curioso episodio! Allí, entre empleados que tosían acatarrados, yo copiaba formularios de pólizas y a la vez escribía a escondidas, sobre mi inclinado pupitre, mi primer relato, una novela corta titulada *Gefallen* [Caída], que me proporcionó mi primer éxito literario. No es sólo que se publicase en la misma revista, de tendencias socialistas y naturalistas, titulada *Die Gesellschaft* [La sociedad], de M. G. Conrad, que me había publicado ya una poesía en la época en que aún asistía yo a la escuela, y que aquel relato gustase a gentes jóvenes; es que además me valió una carta calurosa y alentadora de Richard Dehmel, e incluso, poco después, la visita del admirado poeta en persona. Su humanidad, propicia al entusiasmo, había percibido huellas de talento en aquella producción mía, completamente inmadura, pero acaso no falta de ciertas cualidades melódicas, y desde entonces, hasta su muerte, siguió mi carrera con simpatía, amistad y lisonjeras profecías.

Mi actividad burocrática, que desde el comienzo yo había considerado como un expediente provisional para salir del paso, terminó al cabo de un año. Con ayuda de un abogado que aconsejaba a mi madre y que había cobrado confianza en mí, conquisté la libertad. De acuerdo con él declaré que quería hacerme «periodista»; me inscribí, pues, como oyente, en los centros de estudios superiores de Munich, en la Universidad y el Politécnico, matriculándome en cursos que parecían aptos para prepararme, en general, para aquella profesión un tanto imprecisa: clases de historia, de economía política, de historia del arte y de la literatura. A ellas asistí de modo regular durante algún tiempo y no dejé de sacar algún provecho. Me interesó especialmente el curso sobre «Poesía épica cortesana», que daba entonces en el Politécnico el poeta y traductor del alto alemán medio Wilhelm Hertz.

Aunque yo no era en rigor un estudiante universitario, vivía como tal, y así conocí, en la sala de lectura de la Universidad, a algunos miembros de la «Asociación teatral universitaria», pasando a formar parte de una tertulia de café de gente joven con aspiraciones teatrales y poéticas, entre las cuales yo gozaba de un cierto prestigio como autor de *Gefallen* [Caída]. Con el que yo más charlaba, entre todos los compañeros, era con un joven jurista del norte de Alemania apellidado Koch; era un muchacho inteligente, que más tarde ingresó en la administración, llegó a ser alcalde-presidente de Kassel y

desempeñó un papel destacado en política con el nombre de Koch-Weser. Después de la revolución fue ministro del interior del Reich y todavía hoy es jefe del Partido Democrático de Alemania. También aparecían ocasionalmente por aquella tertulia juvenil escritores y poetas conocidos, como O. E. Hartleben, Panizza, J. Schaumberger, L. Scharf, el viejo Heinrich von Reder. El acontecimiento capital durante el tiempo en que pertenezco a este grupo fue el estreno alemán de *El pato silvestre*, de Ibsen, representado por nuestra «Asociación», bajo la dirección de Ernst von Wolzogen; un público conservador exteriorizó su protesta, pero fue un éxito literario. El mismo Wolzogen representó el papel del viejo Ekdal; el escritor Hans Olden, el de Hjalmar, y yo, vestido con el abrigo de pieles y con las gafas de Wolzogen, el del mercader Werle. En posteriores encuentros, el autor de *La liga de los jóvenes* me decía, sin duda bromeando, que me había «descubierto».

Mi hermano Heinrich, cuatro años mayor que yo, que luego escribiría novelas destacadísimas y que han ejercido un influjo inmenso, vivía entonces en Roma, «a la expectativa», igual que yo, y me propuso que me reuniera con él. Realicé el viaje y juntos pasamos —cosa que pocos alemanes hacen— un prolongado y ardiente verano italiano en una pequeña ciudad de los montes Sabianos, Palestrina, ciudad natal del gran músico. El invierno, en que alternaban los días de cortante tramontana con los de bochornoso siroco, lo pasamos en la ciudad «eterna», viviendo como subarrendados en casa de una buena señora que en la Vía Torre Argentina poseía un piso, con el suelo de piedra y sillas de enea. Para las comidas éramos clientes de un pequeño restaurante llamado «Genzano», que luego no he vuelto a encontrar, y donde había buen vino y exquisitas *croquette di pollo*. Por las noches jugábamos al dominó en un café y bebíamos ponche entre tanto. No teníamos trato con nadie. En cuanto oíamos hablar alemán salíamos huyendo. Considerábamos Roma como refugio de nuestra existencia anómala, y yo al menos no vivía allí por amor al sur, que en el fondo no me gustaba, sino sencillamente porque en mi patria no había todavía sitio para mí. Las impresiones estéticas e históricas que aquella ciudad puede ofrecer las acogí con respeto, pero sin tener el sentimiento de que afectasen a mis asuntos ni de que pudieran serme de utilidad inmediata. Las esculturas antiguas del Vaticano me atraían más que las pinturas del Renacimiento. El Juicio Final me conmovió, pues lo vi como apoteosis de mi estado de ánimo, completamente antihedonista, pesimista-moralista. Prefería

visitar San Pedro cuando celebraba misa, con una humildad llena de pompa, Rampolla, el cardenal secretario de Estado. Era una personalidad extraordinariamente decorativa, y por razones estéticas lamenté que motivos diplomáticos impidieran su elevación al pontificado.

Nuestra madre, que disfrutaba la renta de una fortuna burguesa media, cuyos herederos, según el testamento, éramos los hijos, nos entregaba cada mes a los hermanos ciento sesenta o ciento ochenta marcos; y este dinero, que merced al cambio italiano resultaba aún mejor, significaba mucho para nosotros: la libertad social, la posibilidad de «esperar». Como nuestras pretensiones eran modestas, podíamos hacer todo lo que quisiéramos, y lo hacíamos. Mi hermano, que al principio hubiera deseado ser pintor, dibujaba mucho por aquel entonces. Yo devoraba literatura escandinava y rusa, envuelto en la humareda de incontables cigarrillos de tres céntimos, y escribía. Los éxitos que poco a poco fueron llegando me alegraron, pero sin sorprenderme. Mi estado de ánimo era una mezcla de indolencia, mala conciencia burguesa y la seguridad de que en mí había talentos latentes. Una carta de Ludwig Jakobowski, que entonces dirigía en Leipzig la revista *Die Gesellschaft* [La sociedad], y al que yo había enviado una novela corta, comenzaba con esta exclamación: «¡Qué hombre de talento es usted! » Yo me reía de su asombro, que, de manera extraña, me parecía ingenuo.

Más importante fue el hecho de que la Editorial Fischer, de Berlín, aceptase un relato mío, terminado ya en Munich y titulado *Der kleine Herr Friedemann* [El pequeño señor Friedemann]. Oskar Bie, director de la revista *Neue Deutsche Rundschau* [Nueva revista alemana], me escribió interesado, invitándome a enviar a la editorial todo lo que tuviese. Mientras yo residía aún en Roma apareció mi primer libro, un pequeño volumen de novelas cortas, que llevaba como título el de aquel relato. Así pude ver-«me» en los escaparates de las librerías romanas.

Ya en Palestrina, después de minuciosos preparativos, había comenzado a escribir *Buddenbrooks* [Los *Buddenbrook*]. Sin creer mucho en las posibilidades prácticas de la empresa, con aquella paciencia que me imponía mi lentitud innata, una flema que acaso habría que llamar, con más propiedad, nerviosismo refrenado, proseguí la narración en la Vía Torre Argentina. Y así, cuando después de un año aproximadamente de ausencia volví a Munich, llevaba conmigo un manuscrito que había aumentado de un modo inquietante. Al principio me alojé en casa de mi madre, y más tarde viví en pequeños pisos de soltero, que amueblé en parte con piezas familiares y

en parte, también, de modo personal. Con el manuscrito de *Buddenbrooks* [Los Buddenbrook] abierto sobre mi mesa extensible, solemnemente recubierta de tela verde, pasé días enteros mientras, de rodillas, pintaba de rojo sillones de mimbre que había comprado sin pintar. Un piso bohemio de ese tipo lo describí en la novela corta *Der Kleiderschrank* [El armario de ropa], escrita en la Marktstrasse de Schwabing y publicada en la *Neue Deutsche Rundschau* [Nueva revista alemana].

Korfiz Holm, a quien conocía y con quien mantenía amistad desde los tiempos de Lübeck, en donde él, de origen báltico, había estudiado bachillerato, pertenecía en aquella época a la Editorial Langen, cuyo dueño vivía en el extranjero, lo mismo que Wedekind, perseguido por ofensas a Su Majestad. En una ocasión en que me encontré con Holm, éste me sacó de la calle y me dio un empleo en la redacción del semanario *Simplicissimus* con un sueldo de cien marcos al mes. Allí, en los elegantes despachos de la Schackstrasse, trabajé aproximadamente un año, como lector y como corrector, hasta que Langen, desde París, suprimió aquel puesto. Mi tarea consistía en hacer una primera selección entre los manuscritos de las novelas cortas que llegaban al *Simplicissimus* y esperar que la autoridad superior, el doctor Geheeb, hermano del pedagogo rural, adoptase la última decisión sobre mis propuestas. Esta actividad me agradaba. A mí me gustaba aquella revista; desde el principio la había considerado mucho mejor que *Die Jugend* [La juventud], de Georg Hirth, cuya vivacidad me parecía pedantesca, y me había alegrado mucho cuando, ya en dos de sus primeros números, se publicó una juvenil narración mía, *Der Wille zum Glück* [La voluntad de felicidad], cuyos honorarios me había pagado con monedas de oro el joven Jakob Wassermann. El espíritu de la revista fundada por Langen, sus caricaturas literarias, su humor pesimista y fantástico, todo eso lo habíamos anticipado en cierto modo mi hermano y yo en un libro ilustrado que con especial aplicación habíamos compuesto en Palestrina y que, con absoluta falta de tacto, habíamos regalado a nuestra segunda hermana con motivo de su confirmación. Unos pocos dibujos, de imperfecta y cómica ejecución, debidos a mi pluma, han sido dados a conocer al público con ocasión de cumplir yo los cincuenta años.

Así, pues, mis relaciones con aquella extraordinaria revista no dejaban de poseer una legitimidad interna. Mientras trabajé en su redacción, fui colaborador directo. Allí se publicaron por vez primera varias de mis novelas cortas, por ejemplo, *Der Weg zum Friedhof* [El camino del cementerio], y

otras que no he recogido en mis Obras, e incluso una poesía navideña. *Der Weg zum Friedhof* [El camino del cementerio] gustó de modo especial a Ludwig Thoma, que ya entonces estaba vinculado al *Simplicissimus* y a su editorial. Mayor resonancia todavía tuvo, entre Langen y los suyos, mi trabajo tan subjetivo sobre Schiller titulado *Schwere Stunde* [Hora difícil], que escribí para el *Simplicissimus* con motivo del primer centenario de la muerte del poeta. Me causaron sorpresa y me conmovieron los elogios cálidos y serios que el poeta popular de la Alta Baviera tributó a este pequeño trabajo de un escritor que era mucho más joven que él y cuya orientación era tan diferente de la suya. Por mi parte, siempre me han gustado y he admirado de todo corazón sus Historias de un pilluelo y sus Cartas de Filser. En el bar Odeón pasaba yo noche tras noche con él y con otros colaboradores del *Simplicissimus*, Geheeb, Th. Th. Hei-ne, Thóny, Reznicek y otros. Casi siempre Thoma se dormía con la pipa fría en la boca.

Dije antes que mis relaciones con este ambiente audaz y verdaderamente artístico, el mejor «Munich» que ha habido jamás, eran legítimas. Sin embargo, sólo una parte de mi ser participaba en esto; junto a mis actividades de redactor, para las cuales me habían proporcionado un lujoso despacho propio, con un escritorio magnífico, seguía yo cultivando mi asunto personal principal: el trabajo en *Los Buddenbrook*. A él volví a dedicar, de modo exclusivo, toda mi energía y toda mi actividad una vez que abandoné el grupo de Langen. En casa de mi madre, en presencia de mis hermanos y amigos de la familia, leía a veces fragmentos del manuscrito. Era éste un entretenimiento familiar como otro cualquiera; nos reíamos y, si no recuerdo mal, la opinión general era que mi extensa y obstinada empresa constituía un esparcimiento privado, con pocas posibilidades de éxito en el mundo, y, en el mejor de los casos, un prolongado ejercicio de virtuosismo artístico. No sabría yo decir muy bien si mi opinión era distinta.

Por aquella época me unía una cordial amistad con dos jóvenes pertenecientes al círculo de mis hermanas, hijos de E[hrenberg], de Dresde, pintor y profesor en la Academia. Mi simpatía por el más joven, Paul —éste era asimismo pintor, asistía entonces a las clases de la Academia, era alumno de Zügel, el famoso pintor de animales, y tocaba extraordinariamente el violín—, representaba una especie de resurrección de los sentimientos que me había inspirado aquel rubio condiscípulo escolar ya fallecido; pero esta amistad era ahora mucho más feliz, gracias a una mayor afinidad espiritual. Cari, el mayor, músico de profesión y compositor, es hoy

profesor en el Conservatorio de Colonia. Mientras su hermano pintaba mi retrato, él nos tocaba *Tristán*, con aquel estilo suyo admirablemente ligado y melodioso. Como yo también tocaba algo el violín, juntos interpretábamos sus tríos, montábamos en bicicleta, visitábamos, durante el carnaval, los «bailes de campesinos» de Schwabing y con frecuencia celebrábamos, en mi piso o en el de los hermanos, cenas deliciosas los tres juntos. A ellos les debo la experiencia de la amistad que de otro modo difícilmente habría tenido. Con su educada sencillez vencían mi melancolía, *mi esquivéz e irritabilidad*, considerándolas sencillamente como cualidades positivas y como fenómenos concomitantes de talentos que ellos apreciaban. Fue aquella una época agradable.

En aquellos años me gustaba tanto montar en bicicleta que casi no daba un solo paso a pie; y aunque lloviese a cántaros, todos mis recorridos los hacía en ella, calzado con botas de goma y cubierto con una esclavina de paño tirolés. Con la bicicleta a hombros subía los tres pisos hasta mi vivienda, en la que ella tenía reservado un lugar propio en la cocina. Por las mañanas, después de trabajar, acostumbraba a limpiarla, apoyándola en el suelo sobre el sillín. Un segundo trabajo, antes de afeitarme y marchar a comer a la ciudad, consistía en limpiar mi hornillo de petróleo. Una asistente me limpiaba el piso en el tiempo en que yo tomaba mi almuerzo de un marco y veinte peniques. En las tardes de verano me iba con la bicicleta al bosque de Schleissheim, llevando un libro en el guía. Para cenar me compraba yo mismo alguna cosa en una tienda de comestibles de Schwabing, y bebía té o «esencia Liebig» diluida.

Sentimientos de simpatía me unían entonces con Kurt Martens, al autor de novelas y cuentos, que de un modo tan vivo recuerda en sus memorias esta amistad, cuya iniciativa había partido de él. Es una de las pocas personas — se las puede contar con los dedos de una mano— con las que, en el transcurso de mi vida, he llegado a tutearme. También me hacía visitas el dibujante Marcus Behmer, que sentía gran entusiasmo por mi novela corta *Der Kleiderschrank* [El armario de ropa]. Asimismo aparecía por casa Arthur Holitscher, cuya novela *La fuente envenenada* había yo recomendado cuando trabajaba de lector en Lan-gen, y todos juntos hacíamos música. A él y a Martens les leí fragmentos de *Los Buddenbrook*; y mientras que al esteta y futuro comunista Holitscher el espíritu burgués de mi obra difícilmente podría agradarle, Martens manifestaba una asombrosa aprobación, por la que he estado siempre agradecido. Por intermedio de él conocí también a

Hans von Weber, primo suyo, editor y director de *Der Zwiebelfisch* [La breca], así como a Alfred Kubin, cuyos dibujos siniestros y lascivos me causaron una fuerte impresión; él haría más tarde el dibujo grotesco y melancólico para la portada de la primera edición de las novelas cortas reunidas en *Tristán*.

No he evocado aquí ni las experiencias que contribuyeron a formarme en mi infancia y mi primera juventud, ni la impresión imborrable que me causaron los cuentos de Andersen, ni aquellas tardes en que escuchábamos cómo nuestra madre nos leía *Stromtid*, de Reuter, o nos cantaba canciones al piano, ni el culto que profesaba a Heine por la época en que escribí mis primeras poesías, ni las horas apacibles y llenas de entusiasmo que, después de salir de la escuela, pasaba leyendo a Schiller junto a un plato lleno de rebanadas de pan untadas con mantequilla. Mas no quiero pasar del todo por alto ciertas experiencias grandes y decisivas, debidas a lecturas que realicé por los años a que hemos llegado ya en este relato: me refiero a la experiencia de Nietzsche y a la de Schopenhauer.

El influjo espiritual y estilístico de Nietzsche es reconocible, sin duda, ya en mis primeros ensayos de prosa que vieron la luz pública. En las *Betrachtungen eines Unpolitischen* [*Consideraciones de un apolítico*] he hablado de mis relaciones con ese espíritu complejo y subyugante, reduciéndolas a sus condicionamientos y límites personales. El contacto con Nietzsche determinó en alto grado mi forma espiritual, que se estaba fraguando; pero cambiar nuestra propia sustancia, hacer de nosotros algo distinto de lo que somos, eso es algo que no puede realizarlo ninguna potencia educativa. Toda posibilidad de formación en general presupone un ser, el cual posee la voluntad instintiva y la capacidad para seleccionar, asimilar y reelaborar todo de manera personal. Goethe dijo que para hacer algo es preciso ser algo. Pero incluso para poder *aprender* algo, en el sentido elevado de esta palabra, se necesita ya ser algo. Investigar cuál fue el tipo de absorción y de transformación orgánicas que el ethos y el arte de Nietzsche sufrieron en mi caso es algo que dejo a los críticos que crean oportuno hacerlo. En todo caso, fue un proceso complicado, que adoptaba una actitud totalmente despectiva frente a la influencia callejera y popular del filósofo, frente a todo simplista «renacentismo», frente al culto al superhombre y el esteticismo a lo César Borgia, frente a toda palabrería acerca de la sangre y de la belleza que entonces estaba de moda entre los grandes y entre los pequeños. El joven de veinte años que yo era

comprendía la relatividad del «inmoralismo» de este gran moralista; cuando yo contemplaba la comedia de su odio contra el cristianismo, veía también su amor fraterno a Pascal y entendía aquel odio en un sentido completamente moral y no, en cambio, psicológico. Esta misma diferencia me parecía que se daba en su lucha —que marcó una época en la historia de la cultura— contra lo que más amó hasta su muerte: contra Wagner. En una palabra: yo veía en Nietzsche ante todo al hombre que se superaba a sí mismo; no tomaba en él nada a la letra, no le creía casi nada, y justamente esto es lo que hacía que mi amor por él tuviese un doble plano y fuese tan apasionado. Esto es lo que proporcionaba su hondura a ese amor. ¿Es que había yo de tomarle «en serio» cuando predicaba el hedonismo en el arte? ¿O cuando contraponía Bizet a Wagner? ¿Que fué para mí su filosofía del poder y de la «bestia rubia»? Casi un motivo de perplejidad. Su glorificación de la «vida» a costa del espíritu, ese lirismo que ha producido consecuencias tan funestas en el pensamiento alemán, sólo había una posibilidad de que yo me lo asimilase: tomándolo como ironía. Es cierto que la «bestia rubia» aparece también en mis producciones juveniles; pero está casi íntegramente despojada de su carácter bestial y lo único que resta es el pelo rubio, junto con su ausencia de espíritu; yo la hacía objeto de aquella ironía erótica y de aquella afirmación conservadora mediante la cual el espíritu, como él sabía muy bien, se comprometía muy poco en el fondo. Es posible que la transformación personal que Nietzsche sufrió en mí significase un aburguesamiento. Pero éste me parecía, y me parece todavía hoy, más profundo y más inteligente que toda la embriaguez estético-heroica que Nietzsche provocó, por lo demás, en el plano literario. Mi experiencia de Nietzsche representó el presupuesto de un período de pensamiento conservador que acabó en mí hacia la época de la guerra; pero, en última instancia, me dotó de la capacidad de resistir a todos los encantos de un romanticismo malo, que pueden brotar, y que todavía hoy surgen en tantos sentidos, de una valoración no-humana de las relaciones entre vida y espíritu.

Por lo demás, esta experiencia no constituyó un descubrimiento y una recepción rápidos y de una vez, sino que se realizó, por así decirlo, en varias etapas, distribuyéndose en distintos años. El primer efecto que provocó en mí fue una sensibilidad, una clarividencia y una melancolía de índole psicológica, cuya naturaleza yo mismo apenas consigo discernir hoy con

claridad, pero que en aquella época me hizo sufrir de una manera indescrptible. La expresión «náuseas del conocimiento» se encuentra en *Tonio Kröger*. Designa con toda propiedad la enfermedad de mi juventud, que, según creo recordar, favoreció no poco mi receptividad para la filosofía de Schopenhauer, a la que sólo conocí después de conocer ya algo a Nietzsche.

Fue ésta una experiencia *psíquica* inolvidable y de gran categoría, a diferencia de la de Nietzsche, que habría que calificar más bien de artística y cultural. Con sus libros me ocurrió un poco lo que yo hice luego que le pasase a mi Thomas Buddenbrook con el volumen de Schopenhauer que descubre en el cajón de la mesa del jardín. Yo había comprado de ocasión, en casa de un librero, la edición de Brockhaus, y lo había hecho más bien por el gusto de poseer los libros que para estudiarlos; durante años aquellos volúmenes habían estado sin abrir en el anaquel. Pero llegó la hora en que me decidí a leerlos, y así leí día y noche, como, sin duda, sólo se lee una vez en la vida. En el sentimiento de plenitud y de arrebató que yo experimentaba tenía una intervención significativa la satisfacción que me producía aquella poderosa negación y aquella condena moral-espiritual del mundo y de la vida en un sistema de pensamiento cuya musicalidad sinfónica me seducía de la manera más honda. Pero lo más esencial de todo aquello era una embriaguez metafísica, que tenía una gran relación con una sexualidad que estallaba tardía y violentamente (estoy hablando de la época en que yo tenía alrededor de los veinte años), y que era más bien de índole mística y pasional que no propiamente filosófica. No me interesaban la «sabiduría», la doctrina de la salvación, la conversión de la voluntad, aquella adherencia ascético-budista, que yo consideraba como una pura polémica y crítica contra la vida. Lo que me encantaba de una manera sensible-suprasensible era el elemento erótico y místicamente unitario de esta filosofía, la cual había influido también, por otro lado, sobre la música de *Tristán*, que no es, en modo alguno, una música ascética. Y si en aquella época el sentimiento del suicidio estuvo muy cerca de mí, esto se debía precisamente a que yo había comprendido que el suicidio no sería en modo alguno un acto de «sabiduría». ¡Santas y dolorosas turbulencias de la impulsiva época juvenil! Fue una circunstancia afortunada el que se me ofreciese en seguida la posibilidad de insertar mi experiencia supraburguesa en el libro sobre burgueses que estaba acabando y en el cual había de servir para preparar a Thomas Buddenbrook para la muerte.

La novela quedó acabada en los primeros meses del siglo, después de unos dos años y medio de trabajo frecuentemente interrumpido. Envié el manuscrito a Fischer, con el que me sentía compenetrado desde la publicación de *Der Kleine Herr Friedemann* [El pequeño señor Friedemann]. Recuerdo todavía haberlo empaquetado con tan poca habilidad, que dejé caer sobre mi mano lacre ardiendo, lo que me produjo una tremenda quemadura que me atormentó bastante tiempo. El manuscrito era algo imposible. Como estaba escrito por ambas caras —yo había proyectado primero pasarlo a limpio, pero luego renuncié a ello, ante las dimensiones que había adquirido—, engañaba en cuanto a su longitud y dio mucho trabajo, tanto a lectores como a tipógrafos. Precisamente porque había una sola copia, la primera y la única, me decidí a asegurarlo en correos, y así, junto a la indicación del contenido: «Manuscrito», puse en el paquete una cantidad: creo que fueron nada menos que mil marcos. El funcionario de la ventanilla se sonrió.

Las preocupadas deliberaciones en la casa Fischer acerca de mi desproporcionada oferta tuvieron lugar mientras yo cumplía el servicio militar. Tenía que «cumplir mi año», que se redujo a tres meses, pues el declararme apto había sido un error psicológico. Una o dos veces me habían rechazado a causa de insuficiencia torácica y de taquicardia. Pero ahora había alcanzado, evidentemente, una plenitud juvenil que pudo engañar al médico militar de servicio en punto a mis aptitudes para ser soldado. Fui, pues, admitido, me presenté en mi regimiento de infantería y me mandé hacer unos uniformes de vivos colores. Sólo algunas semanas viví en la atmósfera sofocante del cuartel, y mi decisión de liberarme había tomado ya un carácter violento y, como se comprobó, irresistible. Los gritos, la pérdida de tiempo y la disciplina férrea en punto al uniforme me atormentaban más allá de toda medida. Físicamente, el ensayar el «paso de oca» me acarreó una grave y muy dolorosa tendovaginitis en el pie. Fui enviado primero a la enfermería, luego al hospital, y cuando llevaba aquí ya catorce días tendido en cama, con una venda de silicato de potasa, el período de instrucción se había terminado, exactamente igual que había ocurrido en otro tiempo en la escuela. Por otro lado, mi enfermedad del pie volvió a aparecer en cuanto me reincorporé al servicio, si bien en una forma más suave y soportable. Me aferré a ella. El médico de cabecera de mi madre conocía al jefe médico militar competente. Me dieron un permiso provisional, y para el nuevo año me licenciaron de modo ya definitivo. Firmé una renuncia a la indemnización

monetaria por el daño corporal sufrido, ¡y con qué gusto lo hice! En una nueva revisión, la comisión superior de médicos a la que fui enviado me destinó a la «reserva», lo que significaba de hecho el quedar libre. Nunca he vuelto a tener relaciones con el ejército. Tampoco la guerra tocó mi persona física, pues el primer médico militar a que me enviaron era uno de mis lectores; y, poniéndome la mano sobre el hombro desnudo, me dijo: «Usted debe quedar en paz.» Los médicos siguientes suscribieron su diagnóstico.

Las dudas y los escrúpulos, muy justificados en apariencia, que entre tanto habrían atormentado a la editorial de Berlín a causa de mi novela, habían sido vencidos. Sin duda ello se debió en parte a una carta que escribí a Fischer, a lápiz, desde el hospital militar; en ella rechazaba su sugerencia de que recortase la novela, diciéndole que sus dimensiones constituían una propiedad esencial de la misma, y que no se las podía tocar. La carta, escrita de corrido, a lápiz, y en medio de grandes preocupaciones, era una carta emocionada y, por imperio de la necesidad, hábil. Por ello no dejó de causar efecto. Fischer se decidió a publicar mi novela, y a finales de 1900 (con fecha de 1901) apareció *Los Buddenbrook*, en dos volúmenes, con cubierta amarilla, al precio de doce marcos en total.

No se piense que el libro tuvo desde el primer momento un camino fácil. Los temores del editor parecieron confirmarse. Nadie tenía deseos de gastarse tanto dinero en el hosco producto de un autor joven y oscuro. La crítica se preguntaba malhumorada si de nuevo iban a ponerse acaso de moda los mamotretos en varios tomos. Comparaba mi novela con un camión que patinaba en la arena. Es cierto que pronto se dejaron oír , también voces distintas, tanto entre el público como en la prensa. Yo agucé el oído cuando Carl Schüler, buen amigo mío de la época de la «Asociación teatral universitaria» y dueño de la librería «Sucesores de Ackermann», de la Maximilianstrasse, me felicitó, diciéndome que había oído que yo había dado en el blanco. Esta era, en efecto, la opinión mantenida por un crítico judío, enfermo y que murió hace ya mucho tiempo, llamado Samuel Lublinski. Con sorprendente seguridad, éste afirmó, en el *Berliner Tageblatt* [Diario de Berlín], que el libro se haría más grande con el tiempo y que las generaciones venideras lo continuarían leyendo. Nadie, excepto él, había llegado tan lejos en el elogio. En cualquier caso, la edición de mil quinientos ejemplares se agotó en el plazo de un año, después de lo cual mi novela adquirió la forma con que había de comenzar su sorprendente carrera, que su autor era el último en haber previsto. Cediendo a los consejos insistentes

de personas que se apoyaban en el éxito anterior del libro de Frenssen, *Jörn Uhl*, la editorial preparó la edición en un solo volumen, a cinco marcos, con una portada que llevaba un dibujo de Wilhelm Schulzen, realizado en el estilo Biedermeier. Y muy pronto, mientras se multiplicaban los elogios de la prensa, incluso en periódicos y revistas del extranjero, las ediciones comenzaron a sucederse a un ritmo rápido. Era la gloria. Fui arrastrado por un remolino de éxito, como he vuelto a vivirlo luego en otras dos ocasiones hace poco tiempo, a saber: cuando cumplí los cincuenta años y ahora, al serme concedido el Premio Nobel. En todos estos casos he experimentado siempre sentimientos que oscilaban entre el escepticismo y la gratitud. Mi correspondencia aumentó, el dinero fluía hacia mí, mi retrato corría por las revistas ilustradas, numerosas plumas escribieron trabajos sobre el producto de mi tímida soledad, el mundo me abrazó entre elogios y felicitaciones...

Muchos de los estados de ánimo y de los sentimientos experimentados en aquella época se han incorporado poéticamente a los diálogos de mi poco teatral obra de teatro titulada *Fiorenza*. Esta pieza, que no carece de audacia en la intención, pero que, como obra, es algo fallido, no ha cesado, durante veinticinco años, de inquietar ligeramente al teatro y de seducirlo en ocasiones. Mis impresiones forman su elemento más personal y originario. Vibra en ella un juvenil lirismo de la fama, el placer que ella produce y el miedo que causa en una persona sofocada en temprana edad por el éxito. «Oh mundo. Oh placer hondísimo. Oh sueño de amor del poder, sueño hermoso, devorador... No se debería poseerlo. El anhelo es una fuerza gigantesca, pero la posesión enerva.» *Fiorenza* apareció en 1906. Le había precedido un volumen de novelas cortas, en donde iba la narración que todavía hoy es acaso, entre todo lo que yo he escrito, la más próxima a mi corazón y la que aún hoy gusta a los jóvenes: *Tonio Kröger*.

Su concepción se remontaba a la época en que trabajaba en *Los Buddenbrook*, al año en que estuve empleado en la empresa de Langen. En aquella época aproveché un permiso veraniego de dos semanas para realizar, pasando por Lübeck, el viaje a Dinamarca de que se habla en la novela; las impresiones recibidas en el pequeño balneario de Aalsgard, junto al estrecho de Sund, cerca de Helsingör, formaron el núcleo de vivencias en torno al cual cristalizó esta pequeña obra, tan llena de relaciones. La escribí con mucha lentitud. Sobre todo el fragmento central, aquella especie de ensayo lírico, el diálogo con la amiga rusa (completamente fingida), me costó meses escribirlo, y recuerdo que durante una de mis frecuentes estancias en

Riva, junto al lago de Garda, en la «Casa al sol», de R. von Hartung, tuve conmigo el manuscrito sin conseguir avanzar ni una sola línea. Hace ya mucho tiempo que no he vuelto a tener el original en mis manos, pero lo veo con toda claridad ante mí. Entonces empleaba yo una técnica especialmente minuciosa para, una vez que terminaba un trabajo, cubrir con gruesos borrones de tinta todas las correcciones; es decir, cubría de negro lo tachado, para que no dejase oír su voz de ningún modo, y de esta manera conseguía una especie de copia en limpio. Las tachaduras no se las debía secar con papel secante, sino que había que hacerlo al aire; por ello, en esta tarea final el manuscrito entero quedaba extendido, hoja por hoja, sobre todos los muebles y sobre el suelo. También el manuscrito de *Tristán*, que ha sido publicado en facsímil, muestra este mismo procedimiento.

*Tonio Kröger* apareció en 1903, en la *Neue Deutsche Rundschau*, y tuvo una acogida muy calurosa en los círculos literarios de Berlín. La narración supera a *Der Tod in Venedig* [*La muerte en Venecia*], que tiene un gran parentesco con ella, por el encanto de su lirismo juvenil, y, considerada desde una perspectiva puramente artística, es posible que hayan sido sus cualidades musicales las que le han granjeado tantas simpatías. Fue ésta, sin duda, la primera vez que conseguí hacer que la música influyese en mi producción, conformando su estilo y su forma. Por vez primera se concebía en ella la composición narrativa en prosa como un tejido de temas espirituales, como ese complejo de relaciones musicales que más tarde llevé a cabo en *Der Zauberberg* [*La montaña mágica*], en una medida mucho mayor. Aunque se ha definido esta última obra diciendo que ofrece el modelo de la «novela con arquitectura de ideas», mi inclinación hacia una concepción artística de este tipo se remonta a *Tonio Kröger*. Sobre todo, en esta obra el «leit motiv» lingüístico no era tratado ya en forma puramente fisiognómica y naturalista, como todavía ocurría en *Los Buddenbrook*, sino que había adquirido una transparencia de sentimientos ideales que le despojaban de su carácter mecánico, alzándolo hasta lo musical.

La sorprendente marcha triunfal de mi novela de familia no pudo menos de producir cambios en mi vida. Yo no era ya el muchacho joven de otros tiempos que vivía en completa oscuridad. Aquello a cuya «expectativa» había tenido que estar, en mis escondites de Italia y de Schwabing, eso, ahora, no digo que lo hubiese alcanzado ya, pero sí que había comenzado. Ya no constituía para mí un motivo de turbación el tener que decir la vida que llevaba; por lo demás, era innecesario, pues se podía leer en letras de

molde: una guía de Munich, del tipo de «¿Quién es quién?», mencionaba mi dirección como la del autor de *Los Buddenbrook*. Yo estaba acreditado, mi sorda oposición contra todas las exigencias conformistas del mundo estaba justificada; la sociedad me acogía —en la medida en que yo lo permitía—. En estos esfuerzos suyos la sociedad no ha conseguido nunca muchas victorias.

De todas maneras, comencé a aparecer por algunos salones muniqueños de ambiente literario y artístico, sobre todo en el de la poetisa Ernst Rosmer, esposa del famoso abogado Max Bernstein. De allí pasé a la Casa Pringsheim, en la Arcisstrasse, que había sido un centro de la vida social y artística del Munich de la época de Luis II y de la Regencia, la época de Lenbach, a cuyas pomposas honras fúnebres yo había asistido. La atmósfera de la gran casa familiar, que me traía de nuevo a la memoria las circunstancias de mi infancia, me fascinó. Aquello que me era familiar, expresado en el espíritu de la elegancia cultural de los grandes comerciantes, eso mismo lo encontré ahora aquí mundanizado y espiritualizado, elevado al plano de la magnificencia artística y de la literatura. Cada uno de los cinco hijos ya mayores (eran cinco, como nosotros; los dos más jóvenes, gemelos) poseía una biblioteca personal, con libros bellamente encuadernados, para no hablar de la rica biblioteca, llena de obras sobre arte y sobre música, del dueño de la casa, uno de los primeros wagnerianos, que había conocido al maestro, y que sólo por una especie de inteligente autovencimiento no se había dedicado del todo a la música, sino a las matemáticas, que enseñaba en la Universidad. La señora de la casa, procedente de una familia de literatos berlineses, hija de Ernst y Hedwig Dohm, llena de comprensión por mi existencia y por mi obra juvenil, no se opuso a la apasionada inclinación que germinó en mí por la única hija de la familia, inclinación que mi solitaria vida no me había enseñado a disimular ante nadie. Un gran baile celebrado en los amplios salones dorados, de estilo renacentista, de la Casa Pringsheim, una fiesta brillante y concurrida en la que, acaso por vez primera, sentí caer plenamente sobre mí los rayos de la consideración y del aprecio públicos, hizo madurar una serie de sentimientos sobre los cuales podía esperar edificar mi vida.

Ya una vez, varios años antes, había estado a punto de casarme. En una pensión de Florencia mantuve un trato íntimo con dos compañeras de mesa, dos hermanas procedentes de Inglaterra. La mayor de ellas, una morena, me parecía simpática, y a la más joven, una rubia, la encontraba

encantadora. Mary, o Molly, correspondió a mis sentimientos y entre los dos se establecieron unas tiernas relaciones, hasta el punto de que llegamos a hablar de cimentarlas con el matrimonio. Pero lo que a última hora me retrajo fue el sentimiento de que acaso aquello era demasiado prematuro, así como ciertos reparos que se referían a la nacionalidad extranjera de la muchacha. Yo creía que la pequeña inglesa sentía lo mismo; y, en todo caso, las relaciones entre nosotros quedaron en la nada.

Ahora las cosas eran completamente distintas. Es posible que yo mismo, en mi interior, tuviera «intención de casarme», y sin duda aspiraba al matrimonio. Las circunstancias eran favorables, y en febrero de 1905, cuando yo contaba treinta años, intercambié los anillos con una prometida de cuento de hadas.

De esta unión han nacido seis hijos. El mayor de todos, Erika, que hoy forma parte de la compañía del «Münchener Staatstheater», nació en 1906; el más joven, Michael, vino al mundo en momentos peligrosos, mientras retumbaban los cañones, el día en que, tras la caída de la república socialista, las tropas «blancas» entraban en Munich. El hijo penúltimo, una chica, llamada Elisabeth como la madre de mi padre, y que ahora cuenta once años, es la que más próxima a mi corazón se encuentra. Ella es la protagonista infantil de la novela corta *Unordnung und frühes Leid* [Desorden y penas tempranas], dedicada a la revolución y a la inflación. Este relato, producto de un conservadurismo cultural que ironizaba sobre sí mismo, y del amor paternal por un mundo nuevo, fue acogido con simpatía tanto en Alemania como fuera de ella.

El relato citado es de 1925; lo escribí inmediatamente después de terminar *Der Zauberberg* [La montaña mágica], para el número de la *Neue Rundschau* dedicado a mi cincuenta cumpleaños. El primer fruto artístico de mi vida conyugal fue, en cambio, la novela *Königliche Hoheit* [Alteza real], en la que se notan las huellas de la época en que fue escrita. La crítica en general opinó que, después de *Los Buddenbrook*, este ensayo de comedia en forma de novela, que significaba a la vez un pacto con la «felicidad», resultaba demasiado frívolo. Sin duda tenía razón. Sólo que las intenciones y los pensamientos ideales de esta fábula racional eran más hondos de lo que en general se advirtió, y no dejaban de tener un contacto instintivo y premonitorio con lo que se avecinaba. No hablo del análisis de la forma de vida dinástica, análisis que acaso sólo se podía ejercer con la compasión y, a la vez, la simpatía con que yo lo hacía, tratándose de una institución que ya

estaba madura para sucumbir. Pero la «felicidad» de que trataba *Königliche Hoheit* [*Alteza real*] no la entendía yo en un sentido completamente superficial y eudemonista. En forma de novela se daba allí solución a un problema; pero, en cualquier caso, era un problema, y además un problema sentido, no ocioso; un recién casado fantaseaba allí sobre la posibilidad de una síntesis entre soledad y vida social, entre forma y vida, sobre la conciliación de la conciencia aristocrática y melancólica con exigencias nuevas, que ya entonces se podían haber expresado con esta sola palabra: «democracia». Sus fantasías humorísticas tenían un carácter autobiográfico y sentimental, y evitaban toda predicción directa y tendenciosa; sin embargo, quisiera creer que aquel juego tenía su seriedad, y que ciertas sugerencias tuyas, ya casi políticas, ejercieron influjo sobre el mundo alemán de 1905.

Durante el verano pasábamos largas temporadas en el campo, en Oberammergau, donde escribí gran parte de *Alteza real*; luego, durante muchos años, fuimos a nuestra propiedad de Tölz, junto al Isar, que habíamos comprado en 1908. Aquí fue donde, por vez primera después del fallecimiento de mi padre, volvió a afectarme la muerte de un ser próximo, conmoviéndome ahora, comprensiblemente, de manera mucho más profunda que aquel temprano fallecimiento, sacudiéndome hasta el fondo de mí mismo. Mi segunda hermana, Carla, se quitó la vida.

Había escogido la carrera teatral, para la cual estaba sin duda bien dotada por su belleza, pero carecía de un talento original e innato. Cuando contaba pocos años había estado ya muy cerca de la muerte: una terrible combinación de neuralgias dentales, tosferina y pulmonía había hecho perder la esperanza a los médicos. En el futuro su constitución fue delicada, amenazada, frágil. Tenía un carácter orgulloso y sarcástico, desaburguesado, pero noble; le gustaba la literatura, el espíritu, el arte, y fue arrastrada a una desgraciada vida bohemia por una época subdesarrollada, no favorable a su nivel cultural. Un esteticismo macabro, que sin duda cuadraba muy bien con el placer infantil de reír, propio de todos nosotros, la había llevado ya a adornar su habitación de muchacha con una calavera, a la que puso un nombre ridículo. Después poseyó veneno —sólo puede sospecharse por intermedio de quién—; también ésta era, sin duda, una adquisición hecha por juego, fantástica. Sin embargo, yo creo que en ello había intervenido la temprana y orgullosa resolución de no someterse a ninguna humillación que acaso la vida pudiera acarrearle. Careciendo de un talento manifiesto de índole literaria o artística, se dedicó con pasión al teatro, como esfera en que

poder ejercer su actividad y realizarse a sí misma; su falta consciente de dones propios de la vida teatral, de eso que se llama «sangre de teatro», intentó compensarla con una sobreacentuación extraartística de su persona y de su femineidad; por ello, desde muy pronto se tenía el sentimiento oprimente de que mi hermana intentaba realizar una tarea da manera equivocada, desafortunada y con un peligroso maletendido. Su carrera se atascó en los escenarios de provincias. Decepcionada de la escena, deseada por los hombres, pero sin conseguir un éxito apreciable, pensó sin duda en volver a la vida burguesa, depositando para ello sus esperanzas en el matrimonio con el joven hijo de un industrial de Alsacia que la amaba. Sin embargo, mi hermana había pertenecido antes a otro hombre; éste, médico de profesión, había aprovechado su poder sobre ella para ejercer un chantaje erótico. El novio se sintió engañado y le pidió explicaciones. Entonces mi hermana tomó su cianuro, una dosis tan grande que con ella podría haber muerto toda una compañía de soldados.

El hecho tuvo lugar casi ante los ojos de nuestra pobre madre, en el campo, en Polling, junto a Weilheim, en la Alta Baviera, a donde la antes festejada dama de sociedad se había retirado con algunos muebles, libros y recuerdos, al aumentar sus deseos de descanso y soledad. Mi hermana había ido a visitarla, cuando el novio se presentó. Y al salir de una conversación con él, la infeliz pasa de prisa, sonriendo, al lado de mi madre, entra en su habitación, se cierra con llave, y lo último que de ella se oyó fueron las gárgaras de agua con que intentó calmar las quemaduras de su garganta. Todavía tuvo tiempo luego para tenderse sobre el sofá. Oscuras manchas en las manos y en el rostro demostraron que había muerto de asfixia; su muerte, después de un breve retardo del efecto, fue sin duda rápida. Se encontró una cuartilla escrita en francés: «Je t'aime. Une fois je t'ai trompé, mais je t'aime.» Una llamada telefónica, cuyos eufemismos no dejaban lugar a dudas, nos sobresaltó aquella noche; a la mañana siguiente, temprano, marché a Polling, y me arrojé en brazos de nuestra madre, para cobijar en mi pecho los gemidos de su dolor.

Su corazón, débil y enfermo ya por la edad, no superó jamás aquel golpe. En el mío, el dolor por la hermana perdida y la compasión por lo que había tenido que sufrir se mezclaban con la protesta contra el hecho de que hubiera venido a cometer su horrorosa acción en la más inmediata cercanía de aquel corazón débil y con la repulsa de la acción en sí misma. Por su independencia, por su realidad vital rigurosa y horrorosamente definitiva,

esta acción me parecía, en cierto modo, una traición a nuestra comunidad fraternal, a una comunidad de destino que —es difícil expresarlo— yo consideraba, en última instancia, como irónicamente superior a las realidades de la vida. Y, en mi opinión, al hacer lo que hizo, mi hermana se había olvidado de aquélla. Pero en verdad yo no tenía derecho a quejarme. Pues también yo me había «realizado» en gran parte por mi obra, por los honores, por la casa, el matrimonio, los hijos o como se llamen esas cosas de la vida, esas cosas severas y humanamente agradables. Y si en mi caso la realización tenía un aspecto de bienestar y de serenidad, se componía, sin embargo, de la misma materia que la acción de mi hermana y encerraba idéntica infidelidad. Toda realidad tiene un carácter mortalmente serio; y es la moral misma la que, fundiéndose con la vida, nos impide guardar fidelidad a nuestra juventud, no manchada por ninguna realidad.

Esto ocurrió en 1910. Mi madre, cuya fragilidad psíquica fue cada vez mayor, sobrevivió doce años a su hija menor. Los últimos años de su vida, la época de la revolución, de la inflación, del hambre, los dedicó ella, cuyas exigencias eran cada vez más modestas, más aún, que se había vuelto tímida y frugal, por debajo de lo que correspondía a su posición, los ocupó, digo, en enviar desde el campo comestibles a sus hijos. La fama que éstos conquistaron con su trabajo la llenaba de un orgullo infantil, y era preciso ocultarle con todo cuidado cualquier ataque que se les hiciera en público. Murió a los setenta años, después de un breve enfriamiento; su muerte fue dulce; así el destino le ahorró al menos el ver con sus propios ojos el lamentable fin de otra hija suya, su primera hija, llamada Julia, como la madre. Parece que el amor con que ella nos concibió y alimentó nos ha dotado mejor a los hijos que a las hijas para afrontar la vida. Nuestras dos hermanas murieron suicidadas. Hablar ya aquí del destino de la mayor, que se cumplió diecisiete años después de la catástrofe de Polling, es algo que me repugna. Su sepulcro está demasiado fresco; y quiero reservar esa narración para una ulterior y más detallada descripción de mi vida.

Tras acabar *Alteza real* había comenzado a escribir *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull* [*Confesiones del estafador Felix Krull*]. Era éste un tema extraño al que, como han adivinado muchos, me había llevado la lectura de las memorias de Manolescu. Se trataba, naturalmente, de una nueva versión del tema del arte y del artista, de la psicología de la existencia irreal y ficticia. Pero lo que me fascinaba desde el punto de vista del estilo

era el carácter directo de la autobiografía, no ensayado todavía nunca por mí, y que me venía sugerido por mi burdo modelo. Yo encontraba un fantástico atractivo intelectual en la idea del trasponer a lo criminal, parodiándolo, un elemento procedente de una tradición amada: el de la autobiografía goetheana, el elemento de autoformación y de confesión aristocrática. Realmente esta idea es la fuente de una gran comicidad, y yo escribí el *Buch der Kindheit* [Libro de la infancia] tal como lo publicó, como un fragmento del todo proyectado, la «Deutsche Verlagsanstalt», con tanto placer, que no me causó extrañeza el que algunos entendidos afirmasen que este fragmento era lo más afortunado y lo mejor que yo había escrito jamás. Es posible que, en cierto sentido, sea mi obra más personal, pues expone mis relaciones, a la vez llenas de amor y demoledoras, con la tradición, relaciones que determinan mi «mensaje» de escritor. Las leyes internas conforme a las cuales compuse luego mi «novela educativa» titulada *La montaña mágica* eran, en efecto, de naturaleza similar.

Ciertamente resultaba difícil mantener largo tiempo el tono de memorias del «Krull», que es una arriesgadísima proeza de equilibrio; y el deseo de descansar de aquello favoreció sin duda la concepción por la que, en la primavera de 1911, quedó interrumpida la continuación de aquellas *Confesiones*. No era la primera vez que mi mujer y yo pasábamos parte del mes de mayo en el Lido. Una serie de circunstancias y de impresiones curiosas tuvo que coincidir con mi secreta búsqueda de cosas nuevas para que naciese una idea fecunda, que encontró luego su concreción bajo el título de *Der Tod in Venedig* [*La muerte en Venecia*]. Esta novela corta la había yo concebido de un modo tan poco ambicioso como ninguna otra de mis obras; la había pensado como una improvisación a que podría dar fin con rapidez, como una simple interrupción en mi trabajo en la novela del estafador, como una historieta que, por su materia y por sus dimensiones, resultaría apropiada acaso para el *Simplicissimus*. Pero las cosas —o cualquiera otra palabra que pudiera emplearse aquí, más próxima al concepto de lo orgánico— tienen su voluntad propia y se desarrollan de acuerdo con ella. *Los Buddenbrook*, proyectada, según el modelo de Kielland, como una novela de comerciantes de doscientas cincuenta páginas a lo sumo, había seguido su voluntad propia; *La montaña mágica* impondría la suya, y también la historia de Aschenbach mostró ser «obstinada», sobrepasando en mucho el sentido que yo había querido atribuirle. En realidad cada obra constituye, ciertamente, una realización fragmentaria,

pero cerrada en sí misma, de nuestro ser; y semejante realización es el único y penoso camino que nos permite hacer experiencias con éste; por ello no es extraño que aparezcan aquí sorpresas. En este caso, muchas cosas cristalizaron, en el auténtico sentido literal del término «cristalizar», para producir una obra que, destellando a la luz de múltiples facetas, agitándose en el seno de numerosas relaciones, podía sin duda hacer soñar a la mirada del que vigilase activamente su génesis. A mí me gusta la palabra «relación». Para mí su contenido coincide completamente con el de lo significativo, aunque hay que entender esto último de manera muy relativa. Lo significativo no es otra cosa que lo lleno de relaciones; y recuerdo muy bien la agradecida conformidad con que oí mencionar el nombre de mi historia cuando Ernst Bertram nos leyó, extraído del manuscrito, el profundo capítulo de su mitología de Nietzsche dedicado a Venecia.

En la periferia de la fábula las cosas no ocurrieron de manera distinta que en su interior. Todo concordaba de una manera singular; y lo que aquí me traía al recuerdo mis experiencias con *Tonio Kröger* era el simbolismo innato y la rigurosa composición de los detalles, incluso mínimos, sugeridos por la realidad. Se pensaría que, en aquella novela juvenil, escenas como la de la biblioteca popular o la del policía fueron inventadas a propósito, por amor al chiste. No es así, y están tomadas sencillamente de la realidad. De igual manera, en *La muerte en Venecia* no hay inventado absolutamente nada: el paseante del cementerio norte de Munich, el siniestro navío de Pola, el viejo presumido, el sospechoso gondolero, Tazio y su familia, la marcha impedida por el error con el equipaje, el cólera, el sincero empleado de la oficina de turismo, el maligno saltimbanqui, o cualquier otro detalle que pudiera citarse: todo, todo estaba allí, y lo único que faltaba era colocarlo en su lugar para que mostrase, de un modo asombroso, su capacidad interpretativa dentro de la composición. Es posible que se relacione también con esto el hecho de que, mientras trabajaba —con mucha lentitud, como siempre— en este relato, experimentase en algunos instantes el sentimiento de un caminar absoluto, la impresión soberana, nunca antes conocida por mí, de ser llevado en brazos. Por razones que en seguida diré, cuando di fin a la historia vivía solo con mis hijos en Tölz, y el profundo interés que sentían los amigos que venían a visitarme, cuando por las noches les leía el manuscrito en mi pequeño cuarto de trabajo, me preparó, sin duda, para la impresión casi tumultuosa que iba a producir en los lectores cuando se publicó. Entre el público alemán, que en el fondo sólo aprecia lo serio y lo

grave, esta obra produjo, a pesar de su tema tan escabroso, una cierta rehabilitación moral del autor de *Alteza real*. En Francia, este *petit roman* encontró una acogida muy benévola. Edmond Jaloux escribió un agudo prólogo para su traducción.

En el año 1912 mi mujer había contraído una afección pulmonar, y por dos veces, una en ese mismo año y otra luego, dos años después, tuvo que pasar varios meses en las montañas de Suiza. En mayo y junio de 1912 la visité en Davos, por un período de dos semanas, y entonces recogí — aunque esta expresión no corresponde nada bien a la pasividad de mis vivencias— aquellas prodigiosas impresiones ambientales de las cuales la idea del Hörselberg se concretó en una simple novela corta, pensada, también ahora, como un rápido intermedio en las confesiones del estafador, que me incitaban a continuarlas, y como un drama satírico añadido a la tragedia del envilecimiento, que yo acababa de tratar en mi anterior relato. La fascinación ejercida por la muerte, el triunfo del desorden supremo sobre una vida cimentada en el orden y consagrada a él, todo eso pretendía yo aquí empequeñecerlo y rebajarlo al plano de lo cómico. Un protagonista sencillo, un curioso conflicto entre el deber burgués y la aventura macabra — por el momento el desenlace no estaba seguro, pero ya se encontraría—. Y, sin ninguna duda, lo que yo proyectaba se podría llevar a cabo de manera cómoda, agradable y en un marco reducido. Vuelto a Tölz y a Munich, comencé a escribir los primeros capítulos de *Der Zauberberg* [*La montaña mágica*], e incluso en una ocasión llegué a leer en público algunos fragmentos, en la Galería Caspari, en presencia de Wedekind, cosa que todavía recuerdo.

En el fondo de mí mismo difícilmente se me ocultaban las posibilidades e inclinaciones expansivas del tema, y muy pronto tuve el sentimiento de que éste se encontraba en un peligroso centro de «relaciones». No averiguaré jamás —y hago mejor en no tocar ese punto— hasta qué grado es un autoengaño inconscientemente querido, y necesario para la creación, el que me presenta cada nueva idea de trabajo bajo la luz inocente de algo relativamente modesto, realizable en breve tiempo y con pocos esfuerzos. Pues el confesarse de antemano y el ver con precisión las dificultades de una tarea, las energías y el tiempo de vida que exigirá, es algo que indudablemente produciría tal horror que me impediría ejecutarla. Mas a esto se opone todo un aparato de sugestión que no actúa, probablemente, sin el concurso de fuerzas ocultas de la conciencia. Que la historia de Davos tenía

una «voluntad» propia, que ella pensaba de sí misma de modo distinto a como yo tenía que hacerlo para decidirme a escribirla, eso es algo que percibí muy pronto. Ya en lo referente a lo puramente externo me lo había dado a entender, pues el tono cómodo que yo empleaba aquí —para descansar, por así decirlo, de la severidad de *La muerte en Venecia*— y el estilo humorístico y difuso exigían sencillamente espacio. Fue una suerte, para la forma de *La montaña mágica*, el que la guerra me forzase a realizar aquella revisión general de mis principios, aquel arduo trabajo de conciencia titulado *Betrachtungen eines Unpolitischen* [*Consideraciones de un apolítico*]. La novela quedó así aligerada de la parte peor y más pesada de sus consideraciones especulativas, o, al menos, para su provecho, llegó a estar madura para el libre juego de la composición. Pero los problemas de esta narración, lo mismo que los del libro de confesiones y los de la obra polémica, existían y estaban ya vivos en mí antes de la guerra —todo estaba ya allí antes de ésta, y lo único que la guerra hizo fue actualizarlo e iluminarlo con la luz viva y confusa del incendio.

Los días que precedieron a la movilización, al estallido de la catástrofe mundial, aquellos días capaces de hacer saltar los nervios, los pasamos en nuestro retiro de Tölz. Lo que ocurría en el país, en el mundo, lo comprendimos cuando acudimos a la ciudad para despedir a mi hermano menor, que tenía que marchar inmediatamente al frente, como artillero, y nos vimos rodeados por el calor veraniego y por la confusión de las estaciones abarrotadas, por la efervescencia de una humanidad sobreexcitada y desgarrada entre el miedo y el entusiasmo. La catástrofe se iniciaba. Yo compartía la emoción fatal de una Alemania intelectual cuya fe encerraba tanta verdad y tanto error, tanta justicia y tanta injusticia, y que se encaminaba a recibir unas enseñanzas tan terribles, pero, vistas las cosas desde lo alto, saludables y favorables para la maduración y el crecimiento. Yo recorrí aquel difícil camino juntamente con mi pueblo; las etapas de mis vivencias fueron las suyas; pienso que fue mejor así. Y así como mis actitudes y mis tradiciones culturales, que eran de tipo moral y metafísico, y no político y social, no me permitían distanciarme —cosa que a otros acaso les resultaba natural— de aquel entusiasmo, de aquella fe, así también sabía que yo no estaba hecho, por mi constitución corporal, para ser soldado ni militar, y sólo por un instante, al comienzo, intenté negar esta certeza. «Sufrir con vosotros»: en los años siguientes hubo, también en mi casa, muchas ocasiones de hacerlo, tanto en el aspecto físico como en el espiritual. Y las

*Consideraciones de un apolítico* fueron una movilización del pensamiento, en la cual, como yo decía en el prólogo, no me habían «alistado» ni el Estado ni el ejército, sino la época misma. Durante la guerra sólo tuve un único contacto con los medios propiamente militares: fue en la Bruselas ocupada, a donde me habían invitado a ir y en la que, después de un viaje lleno de aventuras, asistí a una representación de mi *Fiorenza*, dada por la Agrupación teatral alemana en el «Théâtre Royal du Parc». Comí con el gobernador de la ciudad, el general bávaro Hurt, entre sus oficiales, gentes elegantes y amables, todos los cuales llevaban sobre su pecho, sabe Dios en razón a qué méritos, la Cruz de Hierro de primera clase. Uno de ellos — que había sido chambelán en una corte de Turingia— me escribió más tarde una carta en la que me llamaba «señor camarada de guerra»; y, realmente, también yo sufrí las durezas de aquella guerra, lo mismo que los mencionados caballeros.

En enero de 1914, mientras mi mujer se encontraba retenida aún en Arosa, me instalé con mis hijos en la casa familiar que habíamos hecho construir en el barrio de Bogenhausen, a orillas del Isar; en ella vivimos los años de horror y de sórdida miseria, la derrota de una revolución indudablemente auténtica, pero políticamente desaconsejable e históricamente equivocada, la corrupción, la decadencia; en ella experimentamos el sentimiento odioso y enervante de estar entregados a manos extranjeras, y allí sufrimos los disturbios de la disolución interior. Desde el comienzo fue muy fuerte en mí el sentimiento de un cambio, de una ruptura entre dos épocas, y este sentimiento, que también había de irrumpir hondamente, de manera inevitable, en mi vida personal, fue la razón de la embriaguez fatal que otorgó su positivo carácter alemán a mis relaciones con la guerra. No había que pensar en modo alguno en continuar los trabajos artísticos comenzados. O mejor: ese trabajo, que varias veces intenté reanudar, mostró ser psicológicamente imposible. Lo primero que improvisé, nutriéndome de una reserva de estudios acumulada desde mucho tiempo atrás, fue el artículo «Friedrich und die grosse Koalition» [Federico y la gran coalición]. En él, el retrato plenamente naturalista del rey daba testimonio de que, a pesar de todo el arrebató, mi sentido crítico de prosista había permanecido despierto. Y después comencé a trabajar, en varias etapas, en las *Betrachtungen* [Consideraciones]. Fue ésta una lucha desesperada para abrirme un camino en medio de la maleza, y había de durar dos años. Jamás he emprendido ningún otro trabajo que a mis propios ojos llevase tanto el sello de la obra

privada, carente de todo porvenir público. Yo me debatía solo con mi tormento. A ninguno de los que me preguntaban conseguía yo siquiera aclararles qué es lo que propiamente estaba haciendo. Ernst Bertram era el confidente de mis desmesuradas especulaciones políticas y antipolíticas. Cuando se encontraba en Munich, yo le leía parte de lo escrito, y él lo consideraba como un violento y apasionado examen de conciencia, y aprobaba su protestantismo y su conservadurismo. En lo que a este último se refiere, recuerdo muy bien que yo mismo lo vivía más como una conquista artística y un análisis de la atmósfera melancólica y reaccionaria que como expresión de mi ser más íntimo. Era un fenómeno psicológico, o, si se quiere, un fenómeno patológico, en el sentido literal del término. Mis pensamientos se encontraban bajo el signo y la presión de la guerra, y hablaban más de ésta que de mí. Sin embargo, se daba una solidaridad y una unión dolorosísimas del escritor con su objeto, tan difícil de precisar. El problema del ser alemán, que allí se trataba, era, sin lugar a dudas, mi propio problema. En esto consistía el nacionalismo del libro, que, a pesar de todo el tormento y de toda la pasión polémica, reveló, en última instancia, su sentido educativo para la vida. «*Que diable allait-il faire dans cette galère?*» Este lema le convenía muy bien a mi obra. Y también el verso del Tasso: «Compárate. Conoce lo que eres», se encontraba, con toda razón, en su comienzo. Habría tenido que añadir una tercera frase, que sólo más tarde pude encontrar: «Nadie permanece íntegramente el que es después de haberse conocido.»

Las *Consideraciones de un apolítico* se publicaron en 1918, en un momento que —visto desde fuera— era totalmente desfavorable, más aún, imposible: el momento de la derrota y de la revolución. Pero, en realidad, era el momento oportuno. Yo había sufrido y expresado anticipadamente todas las angustias y problemas espirituales que ahora se precipitaron sobre la burguesía alemana, y a más de un lector esto le sirvió, y no sólo para mantenerse firme; quiero pensar, por ello, que el libro conserva su sentido y su valor histórico y espiritual sobre todo como una batalla última, suprema, valiente de la burguesía romántica, al emprender su retirada ante lo «nuevo».

La transición hacia nuevas ocupaciones artísticas vino representada por el estudio sobre animales titulado *Herr und Hund* [Señor y perro], que sobre todo en Inglaterra despertó muchas simpatías, gracias a su excelente traducción, y un ensayo de idilio un tanto excéntrico, escrito en hexámetros: *Gesang von Kindchen* [Canción de la niña], que más adelante, en una

situación más favorable, quedó superado y rectificado por *Unordnung und frühes Leid* [Desorden y penas tempranas]. *La montaña mágica* comenzó de nuevo a moverse, pero algunos ensayos críticos, los tres más extensos de los cuales: *Goethe und Tolstoi* [Goethe y Tolstoi], *Von deutscher Republik* [Sobre la república alemana] y *Okkulte Erlebnisse* [Vivencias ocultistas], eran derivados inmediatos de la novela, acompañaron mi trabajo en ella y lo hicieron prolongarse. Sin duda jamás, podré proteger mi labor de creación, aunque sea mucho más «agradecida», contra las enojosas interrupciones y retrasos producidos por mi inclinación hacia el ensayo e incluso hacia la polémica, que tiene raíces muy lejanas y que forma evidentemente una parte inalienable de mi ser. Cuando cedo a esa tendencia, experimento acaso con más fuerza que cuando novelo el sentimiento de Goethe de «haber nacido precisamente para escritor». La distinción entre «creador» (poeta) y «escritor», que a los alemanes tanto les gusta emplear, a mí no me satisface en el fondo por la razón de que, sin duda, el límite entre ambos no transcurre por fuera, entre los fenómenos, sino en el interior de la personalidad, y aquí mismo es completamente impreciso. En mi conferencia de 1929 sobre Lessing dije lo siguiente: «Un arte que se sirve del lenguaje como instrumento producirá siempre creaciones extremadamente críticas, pues la lengua es en sí misma una crítica de la vida: la nombra, la toca, la designa y la juzga, en la medida en que le otorga vida.» ¿Debo confesar, sin embargo, que a mí el «escribir» —a diferencia de la libre composición musical del narrador— me parece siempre una especie de ociosidad apasionada y como una sustracción autoatormentadora a tareas más felices? Interviene en ello una gran cantidad de sentimiento ingenuo del deber y de «imperativo categórico», y se podría hablar de la paradoja de una ascética acompañada de mala conciencia, si no se mezclase con ella —como, por lo demás, con toda ascética— una buena parte de placer y de satisfacción. En todo caso, parece que el ensayo, en cuanto control crítico de mi vida, debe continuar siendo un accesorio de mi productividad. *Los Buddenbrook* fue el único relato de tipo amplio que no se vio interrumpido por artículos; pero muy pronto le siguió uno: *Bilse und ich* [Bilse y yo], estudio polémico sobre la relación entre el poeta creador y la realidad, es de 1906; y los años 1908 y 1910 trajeron consigo dos disertaciones bastante amplias, el *Versuch über das Theater* [Ensayo sobre el teatro], cuyo tema volví a exponer en 1928, en la inauguración de los Festivales de Heidelberg, y *Der alte Fontane* [El Fontane viejo], que apareció primero en la revista *Die Zukunft* [El porvenir],

de Harden, y que continúa siendo para mí la más querida, sin duda, de todas las digresiones de este tipo. Y ahora, tras la guerra, en una época atormentada por una muchedumbre de problemas y forzada duramente a pensar, no podía dejar de ocurrir que de fuera me llegasen abundantes peticiones en este sentido; y el autor de *Consideraciones de un apolítico* era, entre sus colegas, el que menos derecho tenía a esquivarlas. Así, del encuentro entre una necesidad íntima y los deseos de la época surgieron los discursos, recensiones, introducciones y réplicas que componen los tres volúmenes de ensayos titulados *Rede und Antwort* [Discurso y respuesta], *Bemühungen* [Esfuerzos] y *Die Forderung des Tages* [Las exigencias del día]. Algunos de estos trabajos, sobre todo las conferencias, empezando por *Sobre la república alemana*, que pronuncié en la Sala Beethoven de Berlín, en el invierno 1922-23, señalan, por encima de lo literario, momentos culminantes de mi vida personal.

Quiero recordar aquí una feliz experiencia teatral que tuve en Viena, poco tiempo después de acabada la guerra: una representación de *Fiorenza*, inolvidable para mí, pues todas las circunstancias le fueron tan favorables que por vez primera no sentí los remordimientos de conciencia teatral que en general atormentan a su autor en ensayos de este tipo. El doctor Friedrich Rosenthal, entonces primer director artístico del «Volkstheater», y a quien le gustaba mi frágil producción, montó la obra, por encargo de una asociación teatral, y lo hizo, además, con una escogida compañía, compuesta por actores del «Burgtheater» y del «Volkstheater»; es decir, había hecho un reparto tal que incluso el papel más modesto estaba encomendado a un artista de la palabra, a una personalidad cautivadora. El lugar de la representación fue el «Akademietheater», provisto de un amplio escenario y de un acogedor patio de butacas, que estaba lleno de un público internacional, muy bien predispuesto espiritualmente. Yo asistí al espectáculo desde un palco, y mi propio interés me causó asombro. La situación histórica del momento beneficiaba del modo más notable a aquella temprana creación mía, de cuyos fallos y de cuya ambigua naturaleza tenía yo en todo momento clara conciencia, y le ayudó a producir un impacto que se extendió también, sinceramente, al mismo autor. El hundimiento de una época esteticista y la aparición de un mundo de sufrimientos sociales, del triunfo de lo religioso sobre lo cultural: todo el mundo estaba dispuesto a aceptar tal hecho, y aquella noche ha conservado para mí algo memorable, pues me sugirió algunas ideas sobre la naturaleza de mi sensibilidad, la cual

no es ciertamente agitadora, sino sólo indicadora, como un sismógrafo, que se me presentaba como una forma distinta, más tranquila e indirecta, de saber político.

Entretanto se habían abierto las fronteras hacia los países neutrales y hostiles a la guerra. Comenzó a hacerse visible, entre las humaredas del incendio, la imagen de una Europa empequeñecida por la guerra, por así decirlo; de una Europa encogida que se había vuelto íntima. Inicié mis viajes de conferencias por el extranjero; éstos me llevaron primero a Holanda, a Suiza y a Dinamarca, en cuya capital fui huésped del embajador alemán, el escritor filósofo Gerhart von Mutius. En la primavera de 1923 realicé un viaje a España. Lo hice en barco, evitando Francia, cosa todavía obligada, yendo desde Génova a Barcelona; más tarde, Madrid, Sevilla y Granada; luego, atravesando de nuevo la península, fui al norte, a Santander, y a través del golfo de Vizcaya, tocando en Plymouth, volví a Hamburgo. Recordaré siempre el día de la Ascensión en Sevilla, con la misa en la catedral, la magnífica música de órgano y la corrida de fiesta por la tarde. Pero, en conjunto, el sur andaluz me atrajo menos que el territorio español clásico, Castilla, Toledo, Aranjuez, la granítica fortaleza-monasterio de Felipe II, y aquel viaje a Segovia, dejando a un lado El Escorial, al otro lado del Guadarrama coronado de nieve.

En el viaje de vuelta no habíamos hecho otra cosa que tocar en la costa inglesa. Al año siguiente fui huésped de honor del Pen-Club de Londres, fundado recientemente; Galsworthy me dedicó un brindis cordial y fui objeto de las más vivas muestras de un deseo de reconciliación cultural. Sólo dos años más tarde llegó el momento propicio para visitar París, por iniciativa de la sección francesa de la Fundación Carnegie. De esta visita llevé un diario, publicado en un pequeño volumen con el título de *Pariser Rechenschaft* [Balance parisiense].

El año 1927 trajo consigo un viaje a Varsovia, cuya sociedad acogió al escritor alemán de un modo inolvidable, con una hospitalidad magnánima y llena de amistad. Hablo de la sociedad de Varsovia, pues no sólo los escritores miembros del Pen-Club me prodigaron, durante toda una semana, las más cordiales atenciones, sino que a ellos se unieron la nobleza y las autoridades, y yo obtuve la impresión de que dominaba en todo momento un sincero respeto y agradecimiento a la cultura alemana, el cual aprovechaba

con fervor la ocasión humana para sobreponerse a las dificultades y antinomias políticas.

En el otoño de 1924, después de innumerables peripecias y obstáculos, apareció por fin la novela que me había tenido cautivo, no siete años, sino, en conjunto, doce. Aunque hubiera sido acogida de un modo mucho más desfavorable, habría superado completamente mis esperanzas. Estoy habituado a entregar al público un trabajo ya acabado con un resignado encogimiento de hombros y sin la más mínima confianza en sus posibilidades de éxito en el mundo. La fascinación que antes ejercía sobre mí, que cuidaba de él, ya se ha gastado totalmente desde mucho tiempo atrás; y acabar el trabajo era un simple asunto de ética creadora, de obstinación, en el fondo. A mi parecer, el encarnizamiento con que durante tantos años me dediqué a aquel trabajo estaba demasiado condicionado por esa obstinación; esa creación me parece un placer demasiado privado y problemático como para que yo me atreva a esperar que muchas personas se interesen por ese residuo de mis extrañas mañanas. Cuando, sin embargo, como me ha ocurrido varias veces en el curso de mi vida, ese interés se manifiesta de un modo turbulento, yo «caigo de las nubes», y en el caso de *Der Zauberberg* [La montaña mágica] esta agradable caída fue especialmente profunda y sorprendente. ¿Quién habría podido suponer que un público agobiado y acosado por dificultades económicas iba a estar dispuesto a seguir las soñadoras combinaciones de esta sinfonía de pensamientos que se extendía a lo largo de mil doscientas páginas? («La alfombra gigante de su canción / dos veces cien mil versos»: esta frase del *Fidursi* de Heine había sido mi cita preferida mientras trabajaba en la novela; y luego aquella otra frase de Goethe: «El que no puedas acabar, eso te engrandece».) ¿Sería posible encontrar, en las circunstancias de hoy, más de unos pocos miles de personas dispuestas a pagar el precio de dieciséis o de veinte marcos por una distracción tan extraña que casi no tiene nada que ver con la lectura de una novela en el sentido habitual de la palabra? Lo cierto es que sólo diez años antes aquellos dos volúmenes ni hubieran podido ser escritos, ni tampoco podrían haber encontrado lectores. Para ello habían sido necesarias experiencias que el autor había compartido con su nación. Este había tenido que dejar que en su interior adquiriesen, con el tiempo, la suficiente madurez artística para presentarse con su audaz producto en el momento más favorable, como ya había ocurrido en otra ocasión. Los problemas de *La montaña mágica* no eran, por su propia naturaleza,

apropiados para la masa, pero a las personas cultas les parecieron problemas candentes, y la indigencia general había proporcionado a la receptividad del gran público aquella exacta «exaltación» alquimista que había constituido la auténtica aventura del pequeño Hans Castorp. Sí, ciertamente, el lector alemán se reconocía de nuevo en el sencillo pero «pícaro» protagonista de la novela; podía y quería seguirle.

Yo no me engañé sobre el carácter de este extraño éxito. No era tanto de naturaleza novelesca como lo fue el éxito de mi obra de juventud; estaba más condicionado por la época. No por ello era, sin embargo, más superficial y efímero, pues se basaba en la simpatía para con el dolor. Esta vez el éxito fue más rápido que en aquella primera ocasión. Ya las primeras noticias de los periódicos eran alarmantes. El obstáculo de su elevado precio fue superado arrolladoramente, y sólo se necesitaron cuatro años para que el libro alcanzase su centésima edición. Una traducción húngara apareció casi al mismo tiempo que la edición original; vinieron después la holandesa, la inglesa, la sueca; y ahora, contra todas las leyes y usos del mercado de París, se ha decidido hacer también una edición francesa íntegra, en dos volúmenes; su acogida me viene felizmente garantizada por una emocionada y emocionante carta de André Gide en que me habla de que ha pasado varias semanas ocupado con mi libro. Yo creo en la verdad de la hermosa frase de Émile Faguet: «L'étranger, cette postérité contemporaine.»

En la apacible novela corta, varias veces citada, que publiqué en el año 1925, después de la novela grande, ofrecí una especie de indulgente homenaje al «desorden». Pero yo amo el orden en cuanto naturaleza y en cuanto espontaneidad profundamente disciplinada, como fatalidad silenciosa y como claridad que corresponde plenamente a un plan de vida creadora. Por ello me complace ver cómo, en mi vida, los dos relatos principales se relacionan con las dos novelas grandes, y éstas se relacionan entre sí: *Tonio Kröger* se corresponde con *Los Buddenbrook*, *La muerte en Venecia* lo hace con *La montaña mágica*, y, a su vez, ésta constituye el contrapunto creativo de la novela de mis veinticinco años, exactamente de igual manera que la historia veneciana de la muerte es el contrapolo de la narración juvenil que se desarrolla en el norte. *La montaña mágica* no consintió en estar acabada antes de que yo cumpliera los cincuenta años, pero no dejó de estar terminada para esta hora de plenitud de la vida, cuyo recuerdo quedará ligado para mí a la meditación agradecida sobre el vivo interés del público alemán.

Al año siguiente el Dr. Becher, ministro prusiano de Asuntos Culturales, fundó la sección literaria de la Academia Berlinesa de las Artes. Las autoridades me habían invitado a formar parte del pequeño comité de electores primarios. Y en aquella sesión solemne y plenaria de la Academia presidida por Liebermann, sesión que dio tanto que hablar a causa de la agresividad de Arno Holzen, tan irrazonable en aquel momento, fui yo el encargado de dar las gracias al ministro, en nombre de la sección, por sus palabras de salutación y de introducción. No dejé de señalar los obstáculos que en los medios intelectuales alemanes se oponen al pensamiento académico y de aludir a la posibilidad de superarlos desde dentro. El que yo dijese que había que seguir adelante, desde el punto de vista social, se debía a mi sincera aprobación de una idea para la cual, según mi parecer, se había elegido también con exactitud la hora histórica. El reconocimiento oficial del espíritu literario como órgano de la vida nacional, su incorporación, por no decir su «elevación» al plano oficial, era una consecuencia lógica del desarrollo político-social de Alemania y no hacía más que confirmar realidades ya existentes. No por azar se me había encargado a mí que hablase. Acaso como ningún otro había yo experimentado en mi propio cuerpo, en violentos conflictos, cómo la época forzaba a pasar del plano de lo metafísico e individual al plano de lo social. Los argumentos intelectuales que muchos literatos alemanes invocaban para justificar su repulsa me eran familiares a mí también. Pero mi convicción de que el escritor debe sobreponerse, con el coraje de su buena voluntad, tanto a las objeciones de su propia ironía como a los sarcasmos populares venidos de fuera — sarcasmos v que en el fondo son fáciles y reaccionarios—, este convencimiento, digo, tenía su historia. Pues, en última instancia, al creador le produce un fuerte y secreto estímulo vital, incluso la conciliación decorativa de lo inconciliable, la unión de lo demoníaco con lo oficial, de la soledad y el espíritu aventurero con la representatividad social.

Por esta misma época, o poco antes, un pintor de Munich, amigo de juventud de mi esposa, me mostró una carpeta de dibujos realizados por él que representaban, con gran elegancia gráfica, la historia de José, el hijo de Jacob. El artista me pidió que escribiese unas frases de introducción para su obra; y yo, dispuesto a medias a hacerle este favor de amistad, tomé mi antigua Biblia familiar, en la cual muchas frases subrayadas con tinta, que ahora se había vuelto pálida, daban testimonio del piadoso estudio de antepasados fallecidos mucho tiempo antes; entonces leí, digo, aquel mito

seductor del que Goethe dice: «Este relato natural es sumamente encantador, sólo que parece muy corto, y uno se siente llamado a acabar de completar los detalles.» Aún no sabía yo hasta qué punto esta frase de *Poesía y verdad* había de convertirse en el lema de mi trabajo durante los años siguientes. Pero la hora crepuscular estaba impregnada de una atmósfera meditativa que me inclinaba a los ensayos, a las pruebas, a las audacias. Y así, el pensamiento de algo completamente nuevo, a saber: la idea de apartarme de toda la modernidad y la burguesía acostumbradas y de remontarme profundamente, en una narración, a lo humano, ejerció sobre mí una indescriptible atracción sensible-espiritual. Las tendencias de la época coincidían con las inclinaciones de mi edad para hacer que aquel tema me sedujera.

El problema del hombre ha adquirido una peculiar actualidad, merced a las decisivas experiencias que el ser humano ha hecho consigo mismo; la pregunta por su esencia, su origen y su meta despierta en todas partes un nuevo interés humano —tomando el término «humano» en su más objetivo sentido científico, libre de tendencias optimistas—. Ciertos avances del conocimiento, bien hacia las oscuridades del pasado, bien hacia la noche del inconsciente, ciertas averiguaciones que se tocan y coinciden en un determinado punto, han dilatado poderosamente el saber antropológico hacia atrás, hacia las profundidades del tiempo, o, lo que es lo mismo, hacia abajo, hacia las honduras del alma. Por ello todos nosotros sentimos una curiosidad muy viva por el elemento más primitivo y antiguo del hombre, por lo anterior a la razón, por lo mítico, por la historia de las religiones. Tales graves preferencias de la época coinciden bien con el gusto de un estado personal de madurez que desea empezar a desinteresarse de lo individual y particular para orientarse hacia lo típico, y esto quiere decir hacia lo mítico. Es verdad que la conquista del mito, y desde la situación en que nos encontramos, no puede significar jamás, sin engaño de uno mismo, la regresión y el retorno psíquicos a él. Y la negación ultrarromántica del desarrollo del cerebro, la maldición lanzada contra el espíritu, que hoy vemos está a la orden del día en filosofía, no es cosa de cualquiera. La unión de simpatía y razón con una ironía que no necesita ser sacrílega: pienso que un artificio así, una actitud interior de ese tipo sería, sin duda, lo natural en la realización de la tarea que proyecto. Mito y psicología —los santones antiintelectualistas quisieran ver estas dos cosas muy separadas entre sí—.

Y, sin embargo, me parecía que podía ser divertido intentar trazar una psicología del mito por medio de una psicología mítica.

La fascinación se hizo cada vez mayor. Mucho contribuyó a fortalecerla la idea de la integración, de la continuación, de la continuidad, de la colaboración a algo humano tradicional; a mi edad esa idea se hace cada vez más atractiva. El tema era un antiquísimo patrimonio de la cultura y de la fantasía, un objeto predilecto de todas las artes, reelaborado miles de veces, en el Este y en el Oeste, tanto en imágenes como en palabras. Mi obra, buena o mala, tendría su lugar histórico en esa lista, en esa tradición, y llevaría el sello de su tiempo y de su país. Lo más importante, lo más decisivo, es la legitimidad. Estos sueños hundían sus raíces en mi infancia. Cuando yo comencé a buscarles una base, mediante indagaciones y estudios sobre arqueología oriental, no hice otra cosa que proseguir queridas lecturas infantiles y una temprana pasión por el «país de las pirámides», unos conocimientos escolares que, en la clase de tercero, me permitieron dejar perplejo a un profesor, pues, al preguntarme cómo se llamaba el buey sagrado de los egipcios, le contesté no con la forma helenizada, sino con la forma original del nombre.

No hace falta decir que lo que yo proyectaba era una novela corta, concebida como una de las alas de un tríptico histórico, cuyos otros dos cuadros habrían de tratar temas españoles y alemanes; había pensado que el tema histórico-religioso fuera común a los tres cuadros del tríptico. ¡La vieja canción! Apenas había comenzado a escribir, después de dudar mucho y de andar con muchos rodeos, cuando no fue posible ocultar ya por más tiempo las exigencias de autonomía espacial del relato. Pues mi pedertería de narrador, mi manía de arrancar *ab ovo*, me habían obligado a introducir en mi trabajo la historia anterior, la de los progenitores; y así la figura de Jacob, del padre, sobre todo, adquirió una posición tan predominante que el título *Joseph und seine Brüder* [José y sus hermanos], al que me aferraba por amor a la tradición, acabó por revelarse inadecuado, y tendrá que ceder su puesto a este otro: *Jaakob und seine Söhne* [Jacob y sus hijos].

Una preocupación prematura. Que la novela, en cuya realización me parece haber avanzado ya hasta la mitad (pero acaso esto sea una «astucia de la razón», para decirlo con palabras de Hegel), y de la cual he publicado unos extractos en la *Neue Rusdschau* [Nueva revista] y en *Die literarische Welt* [El mundo literario], no podrá seguir adelante sin las usuales detenciones y pausas, para dejar paso a intermedios improvisados, esto es algo que yo

debería admitir de antemano. En realidad, una buena parte del volumen *La exigencia del día* se compone de tales intermedios, sobre todo el minucioso trabajo sobre el *Amphytrion*, la querida creación de Kleist, un homenaje analítico que carecía de todo precedente en Alemania, la cual no ha tenido ningún Sainte-Beuve. Así como en mis años jóvenes me sentía siempre atado al modelo y no me atrevía a dar un solo paso adelante sin un permanente contacto con ejemplos admirados, así también, con el tiempo, el obstinado prescindir de modelos, la audacia absoluta, el crear personalmente algo nuevo se ha convertido para mí en la quintaesencia del arte. Ningún tipo de elogio sé yo apreciar hoy más que la aprobadora afirmación de André Gide a propósito de *La montaña mágica*: «Cette oeuvre considerable n'est vraiment comparable à rien.»

No quiero decir que las semanas de amorosa profundización en la comedia de Kleist y en los prodigios de su agudeza metafísica fueran ociosas, pues relaciones subterráneas de toda índole unían este trabajo crítico con mi «ocupación principal», y el amor no es nunca un despilfarro. Pero estoy contento de que, entre las improvisaciones a las que tuvo que dejar paso hasta ahora la novela, se cuente también un relato independiente. Me refiero a *Mario und der Zauberer. Tragisches Reiseerlebnis* [*Mario y el mago. Vivencia trágica de un viaje*]. Quiero pensar que pocas veces algo vivo ha debido su origen a causas tan mecánicas como en este caso. Unánimemente acostumbrados a no dejar pasar ningún verano sin una estancia junto al mar, mi mujer y yo, junto con los hijos más jóvenes, pasamos el mes de agosto del año 1929 en el balneario de Rauschen, en Samland, en el Báltico. Esta elección había sido determinada por ciertos deseos procedentes de Prusia oriental, en especial por una invitación, varias veces renovada, de la «Sociedad Goethe», de Königsberg. No era recomendable llevarme en este viaje cómodo, pero tan largo, el material acumulado del *José*, el manuscrito no pasado aún a máquina. Pero como yo no soy capaz de acomodarme a un «descanso» sin trabajo, y ello me produce más perjuicios que provecho, decidí emplear las mañanas en elaborar con ligereza una anécdota cuya idea se remontaba a una estancia en Forte dei Marmi, cerca de Viareggio, y a impresiones recibidas allí; es decir, quise llenar el tiempo con un trabajo para el que no se necesitaba ningún preparativo y que, por así decirlo, se podía «sacar de la cabeza», en el sentido más cómodo de la frase. Comencé a escribir en mi habitación, como de costumbre, durante las mañanas, pero el nerviosismo que me

producía el alejamiento del mar no parecía nada favorable a mi actividad. Yo pensaba que no podría trabajar al aire libre. Cuando escribo necesito sentir un techo sobre mi cabeza para que mis pensamientos no se diluyan en ensueños. El dilema no era fácil. Sólo el mar lo había podido plantear, y, afortunadamente, se puso de manifiesto que su especial naturaleza era capaz también de solucionarlo. Me decidí a trasladar a la playa mi trabajo de escribir. Yo arrimaba mi asiento de mimbre muy cerca del borde del agua, que estaba llena de bañistas. Y de esta manera, garrapateando sobre las rodillas, teniendo ante los ojos el abierto horizonte, que continuamente era cortado por paseantes, en medio de personas que se divertían, rodeado de niños desnudos que me quitaban los lápices, ocurrió que, sin yo quererlo, de la anécdota me brotó la narración, del simple relato salió la narración espiritual, de lo privado surgió el símbolo ético —mientras constantemente me sentía lleno de un feliz asombro por el hecho de que, a pesar de todo, el mar consiguiese absorber todas las perturbaciones humanas y supiera diluirlas en su amada inmensidad.

Por otro lado, esta estancia tuvo unas consecuencias personales, además de las literarias. Desde allí visitamos la Kurische Nehrung, cuyo paisaje nos habían alabado mucho; en realidad, puede gloriarse de haber sido recomendado por un personaje tan importante como W. von Humboldt. Pasamos unos cuantos días en Nidden, aldea de pescadores perteneciente a la región de Memel, bajo administración lituana, y quedamos tan impresionados por la indescriptible peculiaridad y hermosura de esta naturaleza, por el fantástico mundo de las dunas móviles, por los bosques de pinos y de abedules, habitados por alces, situados entre la laguna y el Báltico, por la indómita grandiosidad de la playa, que decidimos construirnos una residencia fija en un lugar tan alejado, como contrapeso, por así decirlo, a nuestra otra residencia en Alemania del sur. Iniciamos las negociaciones, compramos a la administración forestal lituana una parcela de dunas, con unas grandiosas e idílicas vistas, y encargamos a una empresa de construcción de Memel que nos edificara una casita; ésta ha sido ya cubierta, y en ella queremos pasar, de ahora en adelante, las vacaciones veraniegas de nuestros hijos, todavía en edad escolar.

El año no acabaría sin que tuviéramos una serie de experiencias tumultuosas y sin que el mundo invadiera perturbadoramente nuestra vida. La sensacional distinción que la Academia Sueca tiene que conceder y que después de diecisiete años volvía a corresponder a Alemania, se había

cernido ya más de una vez sobre mi cabeza, en lo que yo sabía, y no me cayó de improviso. Se encontraba sin duda en mi camino; digo esto no por vanidad, sino porque poseo una visión tranquila, si bien no desinteresada, del carácter de mi destino, de mi «papel» en la tierra, del cual forma parte el brillo equívoco del éxito, y que yo contemplo de una manera totalmente humana, sin hacer muchos aspavientos mentales. Con esta tranquilidad que toma las cosas pensativamente he aceptado, como algo perteneciente a mi vida, este clamoroso incidente, con ocasión del cual tantas muestras de honor y de amistad me han sido deparadas, y lo he afrontado con la mejor actitud posible, también interiormente, que es la más difícil. Con un poco de imaginación y cierta condescendencia para consigo mismo sería posible, sin duda, extraer dulces emociones de esta aventura de verse acogido solemnemente, y ante todo el mundo, en el círculo de los inmortales, y poder llamar iguales a Mommsen, France, Hamsum, Hauptmann. Mas para templar esa ensoñadora exaltación es muy adecuado pensar en los que no han recibido el premio.

Por lo demás, es claro, y así se deduce también del documento, bellamente redactado, que me entregó el rey Gustavo, que el premio lo debo sobre todo a las simpatías escandinavas por mi novela juvenil sobre la familia de Lübeck. Y no puedo dejar de sonreír al recordar cómo, mientras trabajaba en ella, subrayaba conscientemente la similitud de atmósfera de mi ciudad natal con el mundo escandinavo, para aproximar así lo que yo escribía a mis ideales literarios de entonces. Y, sin embargo, el comité del Premio Nobel difícilmente me habría otorgado el premio sin algo realizado por mí después. Si el premio lo merecía sólo por *Los Buddenbrook*, y ya por ese libro, ¿por qué no lo había recibido veinticinco años antes? Las primeras señales de que en el Norte se comenzaba a relacionar mi nombre con esa institución me llegaron en el año 1913, tras la publicación de *La muerte en Venecia*. No cabe duda de que el comité del Premio Nobel adopta sus decisiones con libertad; pero, sin embargo, no lo hace enteramente a su arbitrio. Se siente ligado a la aprobación del mundo, y yo creo que, tras *Los Buddenbrook*, yo tenía que producir todavía algo más antes de que pudiera darse esa aprobación, aunque sólo fuera en el grado en que se ha dado.

Lo decidido en Estocolmo otorgó un carácter especial, solemne, a un viaje de conferencias por Renania, convenido ya desde mucho tiempo antes. El acto celebrado en el Aula Magna de la Universidad de Bonn, cuya Facultad de Filosofía me había nombrado doctor *honoris causa* poco después de la

guerra, sigue siendo inolvidable para mí por la afluencia juvenil que, según decían algunos preocupados catedráticos, sometió a una dura prueba el piso del viejo salón. Pero el mencionado viaje tuvo lugar en un momento desfavorable, pues casi inmediatamente después vino el viaje al Norte, que exigió tanto de mi actividad. Ciertamente debo decir, agradecido, que esta experiencia viajera fue la más amable y elevada de mi vida. No hablo del digno esplendor del acto de entrega de los premios, en el cual —es éste un gesto extraordinario— el rey y la corte, junto con el público, se levantan de sus asientos en honor de los últimos galardonados con el Premio. Todo aquel que llega a Suecia como representante de Alemania en algún sentido, es allí bien recibido. Se encuentra en la nación extranjera más germanófila, como me lo reveló mi brindis en el gran banquete celebrado después de la solemne ceremonia. Con emoción recuerdo la calurosa simpatía con que era acogida cada una de las palabras que en él dediqué a mi país y a mi pueblo, tan lleno de destinos. Y en el plano individual, aquellos días solemnes enriquecieron mi vida, pues me permitieron conocer a una serie de hombres destacados, como, por ejemplo, al sabio y bondadoso arzobispo de Upsala, Nathan Soderblom; al amable príncipe Eugenio, autor de los bellos frescos del nuevo Ayuntamiento; a Selma Lagerlöf, al editor Bonnier, al Premio Nobel de química Hans von Euler-Chelpin y al historiador de la literatura y académico Frederik Böök.

Sólo lentamente, después de volver al hogar, ha comenzado a bajar la marea alta en que ese incidente había situado mi vida. Lo que enerva es el hecho de que habiendo entrado de modo totalmente público en posesión de una suma de dinero tal como la que muchos industriales dilapidan cada año sin llamar por ello la atención, uno se encuentra de repente enfrentado cara a cara con toda la miseria del mundo, la cual, espoleada por la cifra, asedia en incontables formas y variaciones la conciencia moral del afortunado beneficiado. El acento de exigencia, la expresión con que una necesidad de mil cabezas alarga sus manos hacia ese dinero, proclamado ante todo el mundo, posee un carácter un tanto amenazador y odiosamente demoníaco que no es para describir. Y así uno tiene que elegir entre representar el papel del hombre «endurecido por Mammón» o el del infeliz que dilapida para nada una suma destinada a otros fines.

No puedo decir que mis cualidades de organización hayan estado a la altura de las exigencias que la vida exterior me ha ido imponiendo de una manera lenta y constantemente creciente. Para corresponder a ellas habría sido

necesaria, en algunos momentos, una gran oficina, con secciones de traducciones, críticas de libros y manuscritos, departamentos de beneficencia, de consejos humanos, etc., en una palabra: una organización de las obligaciones, que evitase el sufrimiento de no poder dominar todos los problemas y dedicarse a ellos. También en este aspecto nunca estaré bastante agradecido a la mujer que día a día, desde hace casi veinticinco años, comparte mi vida, esta vida difícil que exige sobre todo paciencia, pero que fácilmente se cansa y se irrita. Yo no sé cómo esta vida habría podido mantenerse como lo ha hecho sin la asistencia sabia, valerosa, suave y enérgica a la vez de esta extraordinaria mujer.

Está muy próximo el día en que celebraremos el veinticinco aniversario de nuestro matrimonio; será ése un año de números redondos, como todos los que dominan mi vida. Cuando vine al mundo era mediodía; cumpliré mis cincuenta años en medio de un decenio y me casé en medio de un decenio, una mitad después de su mitad. Mi sensibilidad para la claridad matemática aprueba esto, de igual manera que aprueba el orden en que mis hijos vinieron al mundo, formando como tres parejas, dispuestas al modo de una rima y de un anillo: chica, chico —chico, chica — chica, chico—. Yo supongo que moriré en 1945, a la misma edad que mi madre. [Con agradecida satisfacción comprueba el lector que esta sombría sospecha del autor se ha revelado como un método sublime para enfrentarse al destino. Añadido a la reimpresión de 1954.]

Entretanto estamos haciendo los preparativos de un viaje que me ha de llevar a los lugares en que se desarrolla mi novela, a Egipto y Palestina. Pienso que después de tres mil años encontraré allí, idénticos todavía, el cielo y muchos elementos humanos.

## Erika Mann: El último año de mi padre

En estas páginas me propongo contar, sólo contar; contar cosas de él, de sus proyectos, de su último año, de los últimos días y las últimas horas.

«Cuando uno es viejo y debe morir —me dijo una vez, estando todavía en California— hay tantas cosas que le agobian a uno... Una angustia grande y una melancolía inmensa se ciernen sobre mis días postreros.»

Esto ocurría allá y entonces, pero por fin —ésta es mi confiada creencia— este sentimiento se había desvanecido, como la niebla vespertina que se diluye y vuelve transparente cuando el cielo se precipita amistosamente en la noche. Y la frase de Próspero, esa frase terrible: *And my ending is despair*, que le desgarraba el corazón cuando pensaba en su propio fin, al final no volvimos a oírse.

La muerte fue bondadosa con él, y ya el año en que murió estuvo iluminado y caldeado por la gracia, por la misma gracia que se le concedió a José a lo largo de toda su vida: la gracia que coronaba al «elegido» y que, al fin, también le fue concedida a él, porque fue fiel y se había realizado enteramente. La gracia era palpable. Todos los que le vieron hacia el final, todo el que estuvo con él en Stuttgart o en Weimar, en Lübeck, en Kilchberg o en Zurich, en Amsterdam o en La Haya, todos ellos sintieron la luminosidad que emanaba de él y que condicionaba cada uno de sus actos. Como es sabido, él era un magnífico orador, un virtuoso de alta categoría. Sin embargo, ni por el talento ni por el virtuosismo, ni tampoco por la suma de ambos, se explica la extraordinaria emoción que producía, sobre todo en los últimos tiempos. Lo que en él conmovía a las gentes y le hacía ganarse el corazón de ellas, casi sin excepción alguna, era su personalidad, con su enigma, al más profundo y alto de los cuales, en el caso de este octogenario, no se le puede dar otro nombre que el de «gracia».

Su último año —un año de bendición y de cosecha, a pesar del trabajo impertérrito, de infinitos esfuerzos y preocupaciones— comenzó en agosto de 1954 en la Engadina. Una vez más nos habíamos alojado en el hotel «Waldhaus Sils-Maria», y allí encontramos a los Hesse, que eran clientes habituales. Antes, cuando no veníamos a Europa más que ocasionalmente, en viajes desde California, nos habíamos visto con más frecuencia que ahora, tras nuestro «retorno» a Suiza. Montagnola: ésta había sido siempre una meta importante de nuestros viajes a Europa, e innumerables horas

habíamos pasado en la fortaleza de Hermann Hesse situada encima del lago de Lugano. Pero ahora nos encontrábamos «sencillamente» en el país, y así el sentimiento de la constante vecindad debía suplir muchos encuentros.

Por ello nos resultó tanto más agradable esta posibilidad de estar juntos en verano —«de vacaciones», como dicen los suizos—. A mi padre le gustaba esta expresión, que comunicaba a todo período de descanso algo del mágico resplandor de las verdaderas vacaciones infantiles y le permitía pensar en el mar, en el Báltico natal de la bahía de Travemünde.

De hecho, desde que comenzó a escribir Thomas Mann no había tenido «vacaciones». Sólo cuando emprendía viajes para dar conferencias o cuando guardaba cama, es decir, cuando tenía fiebre, interrumpía su trabajo, que ahora en Sils condicionaba su jornada, lo mismo que en casa.

Las galeradas del «Krull» llegaban constantemente y consumían tiempo. Pero las primeras horas de la mañana estaban consagradas al «asunto principal», que, por el momento, se llamaba *Versuch über Tschechow* [Ensayo sobre Chéjov]. Cuando lo acabó, nos lo leyó en su bonito cuarto de la esquina, con la terraza y el panorama que hacia abajo se hundía en la Chasté, y, hacia arriba, se remontaba hacia el Fextal.

Antón Chéjov, el maestro ruso de la *short story*, el autor de *Tío Vania* y *La gaviota*, ¿podría creerse que Thomas Mann se interesase tanto por su vida y por su obra como lo hizo en el *Ensayo*? La simpatía más natural se expresa en estas páginas, que dicen sobre quien las escribió casi tanto como sobre su tema.

«Deseo manifestar —dice al final— que he escrito estas líneas con profunda simpatía. Esta obra creadora me ha seducido. Su ironía frente a la gloria, su escepticismo frente al sentido y el valor de su obra, su falta de fe en su grandeza poseen una grandeza silenciosa, modesta. 'El descontento consigo mismo —dijo— constituye un elemento básico de todo verdadero talento.' Pero en esta frase la modestia se expresa de manera positiva. 'Alégrate de tu descontento —dice—. El demuestra que tú vales más que los autosatisfechos; que tal vez eres incluso grande.' Pero esto no introduce cambio alguno en la sinceridad de la duda, de la insatisfacción. Y el trabajo, el trabajo fiel, incansable, hasta el final, teniendo conciencia de que no se sabe dar respuesta a las preguntas últimas, y sintiendo remordimientos de engañar al lector: todo eso sigue siendo una extraña obstinación.»

De improviso el «él» se ha cambiado aquí en un «se» impersonal, y aunque éste no acaba de transformarse en un «yo», tal repersonificación sólo deja de mostrarse en el plano gramatical; pero en cuanto al contenido, sí se ha realizado. «Así es —concluye mi padre—; uno deleita con historias a un mundo perdido, sin señalarle jamás la huella de una verdad salvadora. Para la pregunta de la pobre Katia (en *Una historia aburrida*, de Chéjov): '¿Qué debo hacer?', sólo se tiene una respuesta: 'Por mi honor y mi conciencia, yo no lo sé.' Y, sin embargo, se trabaja, se cuentan historias, se da forma a la verdad y con ello se divierte a un mundo necesitado, con la oscura esperanza, casi con la confianza de que la verdad y la forma placentera producen sin duda un efecto liberador en el alma, y de que uno puede preparar al mundo para una vida mejor, más bella, más ajustada al espíritu.»

Más tarde, al comienzo de la primavera de 1955, T. M. leyó públicamente este *Ensayo* (para la Asociación de Escritores de Zurich). Tengo ante mis ojos el ejemplar que utilizó entonces, con los cortes señalados en tinta roja y algunas palabras subrayadas con rojo. Uno de estos subrayados está en la última frase, debajo de la partícula «casi»: «casi con la confianza...» Fue un don de la gracia que él experimentaba el que, al final, esta sílaba le resultase imprescindible; en lugar de subrayarla, habría debido cambiarla, sin duda, por un «más aún».

El *Versuch über Tschekow* [Ensayo sobre Chéjov] nos conmovió mucho, pues no nos encontrábamos preparados para su carácter de confesión, apenas encubierto. Mi padre no dejó ver entonces su propia emoción. Sentir emoción en una primera lectura, en la lectura «privada» —hasta el punto de temblarle la voz—, eso es algo que, según creo, sólo le ocurrió en total en tres ocasiones: al leernos los sufrimientos y la muerte del niño Eco en *Doktor Faustus*, al leernos el discurso con motivo del septuagésimo aniversario del nacimiento de mi madre y al leernos el discurso en honor de Friedrich Schiller, aquel *Ensayo* al cual dedicó el último gran esfuerzo y para el cual empezó a hacer preparativos tan pronto como acabó el consagrado a Chéjov.

Mi padre se sentía bien en Sils. Se había restablecido tan completamente, ya desde mucho tiempo atrás, de la operación de pulmón que nueve años antes había puesto en peligro su vida, que los 1.800 metros de altura no le afectaban en nada, y así emprendía, junto con la compañera de su vida, grandes caminatas hacia «lugares favoritos» siempre nuevos.

Cuando mis padres estaban fuera, yo me tendía a escribir en su balcón, en el cual, a otras horas, no podía molestarle. Yo oía cómo ellos iban y venían allá abajo, siempre hablando, en un diálogo tan vivo y animado como si se tratase de dos amigos íntimos que, tras larga separación, tienen muchísimas cosas que decirse. Pero así había sido siempre. Durante más de cincuenta años de vida en común, ellos dos no se habían aburrido ni un solo momento estando juntos.

En el comedor, Hesse y su señora se sentaban no lejos de nosotros; sin embargo, era cosa tácitamente convenida el tomar la comida por separado. Sólo después de la cena, por la noche, nos reuníamos, y aunque sin duda hubo muchas conversaciones serias, esas horas me han quedado en el recuerdo sobre todo como horas alegres y contemplativas. A Hesse le gusta mucho reír, y puede ser muy divertido, a la manera reposada y campesina, haciendo amplios movimientos con las manos, que ilustran con exactitud su pensamiento; y mi padre era el más agradecido de los públicos. También él, por su parte, contaba cosas, desempolvaba historias de la escuela y sacudía la ceniza de su puro mientras Hesse mandaba traer otro vaso de vino tinto del país. Extraordinariamente ameno y hablador, comunicativo e incluso galante: así conocemos nosotros al «lobo estepario», cuya timidez y necesidad de soledad se volatilizan tan pronto como se sienta con unos amigos alrededor de una mesa. Y amigos eran, sin duda, Hesse y mi padre, hermanos de espíritu, que no dejaban que nadie les enfrentase y que se defendían enérgicamente tan pronto como alguien quería hacerlo.

Hacia el final de nuestra estancia en Sils el tiempo cambió. Tempestades de lluvia azotaban los lagos, y un poco más arriba comenzó a caer la nieve. El puerto estaba completamente cubierto por ella y la carretera estaba cortada. Unos cuantos días más «invernamos» en el hotel «Waldhaus». Después volvió el verano tardío, de modo que pudimos partir, haciendo el trayecto familiar desde antiguo, que pasa a través del Julier, desciende hacia Tiefencastel, sube a Lenzerheide, vuelve a bajar totalmente hasta Chur y se remonta luego a pico hasta el Kerenzenberg. Yo conducía el coche, mi padre iba sentado junto a mí y, como ocurría siempre en estos viajes, mi madre ocupaba, en la parte de atrás, el poquito de espacio amenazado que le dejaba libre nuestro montón de equipaje. Mi padre prefería el coche a todos los otros medios de locomoción; y el sentimiento de estar completamente cobijado, que le sobrevinía tan pronto como el automóvil se ponía en

marcha, se comunicaba muy agradablemente a la conductora, en la cual confiaba como un niño.

Por última vez: Sils, los Hesse, el querido trayecto por la montaña, el asombro siempre renovado y el ligero escalofrío al contemplar el paisaje lunar y volcánico de las cumbres más altas, la vuelta a Lenzerheide: todo por última vez. No se lo podía una imaginar entonces; nada lo indicaba, ningún signo o presagio disponía para ello.

En el otoño apareció el «Krull», *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull. Der Memoiren erster Teil* [Confesiones del estafador Felix Krull. Primera parte de las memorias]. Y por vez primera —también esto ocurría, por tanto— T. M. había hecho depender una de sus decisiones internas de la acogida que se dispensase a una obra suya. Este libro, pensaba él, debía proporcionar alegría a la gente; debía distraerla y hacerla reír; sólo si lograba esto merecía la pena continuarlo. En caso contrario, quedaría fragmentario —punto y aparte, y se acabó.

De hecho se quedó en fragmento. Pero no fue porque el éxito faltase: éste se inició de manera inmediata, fue más irresistible y, si nos atenemos a las cifras, más rápido que el de todos los demás libros anteriores. Si, a pesar de ello, y a pesar del agradecido placer con que T. M. siguió la ruta de éxitos de su Felix, no ha quedado ni una sola línea de continuación, la culpa de ello la tienen sus planes de trabajo, que, en una carta del 7 de junio de 1954, me había descrito como sigue:

«Estoy pensando hacer algo así como una pequeña galería de personajes de la época de la Reforma, instantáneas de Lutero, Hutten, Erasmo, Carlos V, León X, Zuinglio, Münzen, Tilmann Riemenschneider, para mostrar cómo, de un lado, los lazos de la contemporaneidad, y, de otro, la total diversidad de los puntos de vista, de las situaciones personales, del destino individual, se contraponen hasta producir algo cómico...»

Muy pronto renunció a trazar la «galería» en esta forma, para pensar en una obra de teatro, en la cual, desde luego, insertaría muchas «instantáneas» de la época de la Reforma. *Luthers Hochzeit* [La boda de Lutero], un tema que había tentado ya a Wagner (en lugar de *Los maestros cantores*), fue elegido para este fin, y mi padre se ocupó de él hasta el final.

¡El teatro! Lo amó durante toda su vida y esperó siempre poder un día corresponder a sus exigencias mejor de lo que pudo hacerlo el autor de veintinueve años que escribió *Fiorenza*. ¡Cuánto teatro había visto él desde entonces, y con qué entrega a cada instante del mismo! ¡Con qué atención

había observado a todos los servidores y encargados del teatro y cuán a fondo había estudiado sus efectos —también, y en especial, los de los autores dramáticos! Pensaba que por fin sabía cómo se construye, desde el punto de vista de la carpintería, una obra sólida. Entre sus modelos, la lectura de Shaw le parecía especialmente útil. Todavía en sus últimas «vacaciones» se había llevado a Noordwijk varios volúmenes de la edición alemana de las *Obras Completas* de Shaw, y leyó con verdadero placer la traducción, con frecuencia difamada, de Siegfried Trebitsch.

Tras volver de Sils mis padres pasaron en casa sólo una semana. Después vino el viaje a Renania, el primero desde el comienzo de la época nazi.

En Colonia se celebraba el curso internacional de verano de la Universidad, al cual mi padre presentaba unos fragmentos del «Krull». También tuvo lugar una discusión con los estudiantes, una *question-period*, según el modelo americano. A continuación habló en Dusseldorf. Quedan fotos de este viaje, instantáneas que le regalaron coleccionadas en magníficos álbumes. Al hojearlas se cree ver una película. Tan viva y directa es la presencia del «protagonista», que en estas páginas parece todo menos un protagonista «pintado».

Un ensayo sobre Kleist había precedido al trabajo sobre Chéjov. Mi padre había escrito esta introducción para un volumen de narraciones con el cual se quería dar a conocer a Kleist en América. A finales de otoño de 1954 leyó este trabajo ante los estudiantes de la ETH (Escuela Técnica Superior de la Confederación Helvética).

La lectura despertó tempestades de entusiasmo, y ello sin duda, no tanto por la dificultad del tema y por su maestría literaria, sino, más bien, por la lectura en sí misma, una hazaña artística en la que T. M. no tenía competidores. Fue un fenómeno extraño y, como tal, merece ser señalado. Un escritor de edad avanzada que ofrece al público no, por acaso, unas muestras compactas de un lirismo arrebatador, sino simples fragmentos de una prosa voluntariamente seca —¿quién pensaría que un autor así pudiera despertar entusiasmos?

El trabajo en el *Versuch über Schiller* [Ensayo sobre Schiller] continuó —o, mejor, se trataba de los preparativos, que a mi padre le ocupaban todavía y de los que no se libraría tan pronto—. Leía, hacía resúmenes, se sumergía con verdadera pasión no sólo en todo lo que Schiller había escrito, vivido y proyectado, sino, además, en todo lo que tuviera alguna proximidad con el tema o se ocupase de él. Al final le hubiera gustado escribir varios

volúmenes. Y lo que se iba elaborando lentamente, en medio de dificultades como pocas veces las había conocido —el escrito, el *Versuch* [Ensayo], comprendía 120 folios a máquina, en lugar de los 22 que eran el máximo necesario para la conferencia. Schiller estaba próximo a él —lo había estado desde siempre—. Y nada —casi nada— le hubiera costado redactar libremente, improvisando, sin ninguna de aquellas lecturas *ad hoc*, un trabajo con el cual podría haberse presentado perfectamente tanto en Stuttgart como en Weimar. Pero no lo quería —sin duda no podía quererlo en absoluto—. Tenía que ser el Schiller íntegro. Si no era posible meter en todos sus aspectos al hombre y al artista, la vida y la obra en su *Ensayo* de espacio limitado, al menos la figura tenía que hallarse, en su integridad, detrás del texto y estar viva entre líneas. No quería dejar olvidado ningún detalle, ningún reflejo de luz en la luminosa corona que nimbaría con nuevo resplandor la cabeza de Schiller, ningún rasgo de ese rostro orgulloso y aristocrático y, a la vez, indeciblemente conmovedor.

Pasaron los meses. Como si presintiese que se trataba de su última obra, T. M. luchaba con la sobreabundancia del tema. «Ay —sollozaba desde lo más profundo del alma—, el trabajo me causa tanta preocupación.» Si le decíamos que con cada trabajo le había ocurrido lo mismo y que, sin embargo, los había acabado todos, contestaba que esta vez la cosa era especialmente difícil. «Por otro lado —añadía, y al hablar sonreía a la vez de un modo tierno, como si pidiese disculpas—, por otro lado, sin embargo, el trabajo es mi única alegría.»

Si no ciertamente su única alegría, el trabajo era, desde luego, la alegría que condicionaba todas las demás. El trabajo, el sentimiento de avanzar en él y de elevar continuamente la obra comenzada hasta la altura de su concepción: esto era lo que hacía posible cualquier otra alegría que él experimentase. Presupuesta aquella alegría, mi padre era la propia receptividad en persona. La música, el teatro, las personas y las cosas hermosas, un bello día, un niño, un simpático animal: de todo ello sabía él obtener mucho gozo, presupuesto siempre que el trabajo que traía entre manos le produjese alguna alegría. Sin ella —es decir, sin la «esperanza activa»— no habría podido vivir; y la humillación más horrorosa habría sido para él una vida en que, al reducirse sus fuerzas, no hubiera podido estar, en algo decisivo, a la altura de sus propias exigencias. En efecto, la angustia mortal de Peeperkorn ante el fracaso del sentimiento la podía mi padre hacer sentir, porque una angustia semejante le era muy familiar: la angustia del

hombre creador ante su incapacidad para modelar la materia, «...nuestra obligación —dice Peeperkorn—, nuestra obligación religiosa para con el sentimiento. Nuestro sentimiento, entienda usted, es la fuerza viril que despierta la vida. La vida yace dormida. Quiere ser despertada para celebrar sus nupcias embriagadoras con el divino sentimiento. El hombre no es sino el órgano mediante el que Dios celebra sus nupcias con la vida despertada y embriagada. Si el hombre falla en el sentimiento, surge el oprobio de Dios, es la derrota de la fuerza viril de Dios, una catástrofe cósmica, un terror inimaginable».

Sin duda este modo de pensar y de expresarse es adecuado al «formato» grandioso, a la «personalidad» de Peeperkorn, con su «manía del honor», pero no a su creador. Pero T. M. estaba profundísimamente convencido de que él tenía la obligación, la religiosa obligación de impregnar de espíritu la materia dormida, de animarla y hacer que adquiriese una figura. Y aunque, sin duda, él no era una persona a quien en cosas del arte —y mucho menos del suyo propio— le gustase ser tan grandilocuente como para poder hablar de «oprobio de Dios» y de «catástrofe cósmica», sin embargo, todo fallo de su fuerza viril ante la tarea de dar vida a la palabra y de alzar hasta la luz lo que antes yacía informe en las tinieblas, tras haberle dado una bella figura, le habría llenado asimismo de un «terror inimaginable». Para las Navidades el *Ensayo* estaba concluido. «A Friedrich Schiller, con amor»; ya la dedicatoria define por sí sola el ensayo que el ironista había dedicado al patético, un ensayo en cuyos momentos culminantes renuncia a toda ironía. El trabajo le había agotado, y era hora de que viniese algo para hacerle descansar.

El 16 de enero abandonamos Zurich en dirección a Chur —esta vez por ferrocarril, pues las nevadas carreteras de montaña resultaban poco atractivas para los automovilistas—. En casa habíamos tenido mucha niebla. En Arosa el cielo resplandecía inmaculado, y la nieve reverberante devolvía al azul los rayos solares. El aire invernal no olía a nada, y, por ello, parecía más puro que el del verano de la Engadina, impregnado del cálido olor de los pinos y los alerces. ¿Podían desarrollarse en este lugar microbios causantes de enfermedad, portadores de virus infecciosos, o cualquiera que sea lo que haya que entender por una denominación tan vaga? Es posible que el virus que atacó a mi padre a la cuarta noche de nuestra estancia viniese, incomprensiblemente, del aire puro. Es posible, por otro lado, que el esfuerzo excesivo exigido por el trabajo le hubiera hecho a mi padre

invulnerable, de modo que llevase ya el bacilo dentro de sí, de manera latente, y que el ozono de la altura, que es bueno contra la enfermedad, demostrase ser, lo mismo que en *Der Zauberberg* [*La montaña mágica*], bueno también para provocarla. En todo caso, mi padre cayó enfermo. La cosa comenzó con violentos escalofríos, fiebre alta y un gran malestar. Fuertes dosis de diversos antibióticos rebajaron en pocas horas la temperatura de 39,4 grados a 36,5, y la presión arterial de 180 a 90. Esto no era bueno. El descenso había sido demasiado brusco como para que el corazón no hubiera peligrado, debilitando al enfermo de modo excesivo. «Estoy intranquilizadamente tranquilo», dijo éste varias veces, por otro lado.

Desde nuestra vuelta de California había estado enfermo en repetidas ocasiones, y ya por segunda vez habían sido las queridas «vacaciones» las que, al parecer, no le sentaban bien. El año anterior, tras acabar el «Krull», había contraído en Taormina una odiosa gripe; y ahora, apenas acababa de terminar el Schiller, guardaba cama aquí, «entre los de arriba». En todos estos casos yo tuve siempre el sentimiento de que la tensión en que él vivía mientras producía un trabajo que le importaba, apartaba de él las flechas de la enfermedad, como si llevase una coraza. Cuando había escrito *finis*, en cambio, surgía —sin que él se lo hubiera propuesto— un estado de distensión, entonces la naturaleza, demasiado cansada, se vengaba dando entrada a virus contra los cuales estaba inmunizado en la vida «normal». Sólo en el caso del *Doktor Faustus* las cosas habían ocurrido de manera diferente. Ya fuera que, como pensaba su autor, el libro le pusiera enfermo o que el germen se encontrase ya en él antes de comenzar a escribirlo, lo cierto es que se vio obligado a interrumpir el trabajo por motivos de enfermedad, lo cual era algo nuevo. Pero en lo que se refiere a la curación, cuyo ritmo y radicalidad superaron nuestras más osadas esperanzas (y las de los médicos), no cabe ninguna duda de que se la debimos a la novela.

«La novela —escribe en *Die Entstehung des Doktor Faustus* [El nacimiento del Doctor Faustus]— yo la llevaba firmemente arraigada en mi corazón... Mi buen comportamiento como enfermo, la rapidez de mi curación, casi incompatible con mi edad, todo este deseo mío de superar esta tardía e inesperada prueba impuesta a mi naturaleza, ¿no tenía todo esto una finalidad secreta? ¿No se hallaba al servicio de esa finalidad, y no saqué yo fuerzas del 'inconsciente' para seguir adelante y poder acabar esta obra?»

En Arosa, sentada junto a su lecho, yo había recordado con frecuencia estas líneas, y me preguntaba, no sin temor, cómo superaría esta vez la crisis, pues ahora no «llevaba en su corazón» una obra que pudiera compararse, en punto a urgencia, con *Doktor Faustus*. Es cierto que yo podía decirme —y, claro está, lo hacía— que tampoco esta enfermedad podía compararse con las tribulaciones del año 45, y que, además, había en perspectiva nuevas «pruebas», y que él estaba sin duda profundamente decidido a superarlas.

El corazón no falló. El infarto que habríamos debido temer no hizo su aparición, y pasada una semana se pudo bajar al enfermo, en ambulancia, a Chur, al Hospital Cantonal. Un minucioso *Over-All-Chekup* —examen general— no reveló nada alarmante, excepto una debilidad general, tan comprensible como pasajera, del organismo, debida a la enfermedad.

Naturalmente, mi madre se encontraba a su lado. Yo me quedé en Arosa. No se debía ello sólo a que mi compañía podría haber despertado en él la impresión de hallarse más grave de lo que de hecho estaba; es que, además, él mismo estaba muy interesado en el trabajo que me ocupaba por aquellos días, y yo debía terminarlo, ante todo, con tranquilidad y concentración.

Al entregarme el «Schiller» para que lo acortase, me había dicho: «Yo no sé cómo podrás hacerlo esta vez.»

Yo reí. «Conozco tus cosas», dije con confianza. Y, ciertamente, no tenía miedo de que al final conseguiría lo deseado. Con un poco de habilidad y mucho amor a la tarea, en este modesto campo la práctica es la que de hecho hace al maestro. Ciertamente yo sabía que era experta sólo en resumir los ensayos de T. M., para su lectura en público, en una tercera parte —o, en el peor de los casos, en la mitad—, pero no en dejarlos en una simple quinta parte, como tenía que hacer ahora. Con todo, la diferencia era, en última instancia, cuantitativa, no esencial. Tendría que leer, por tanto el *Ensayo* no veinte veces, como había hecho con anteriores trabajos, sino cincuenta o sesenta veces; primero en su integridad, para eliminar aquello que resultase claramente innecesario para la conferencia, y luego, una y otra vez, en todas sus formas de transición, cada una de las cuales me facilitaría nuevas «condensaciones» insospechadas antes.

Casi diariamente yo llamaba por teléfono a «Kilchberg», daba noticias de cómo marchaba mi trabajo, que no podía menos de calificar de «tormento destructor», y me informaba sobre los progresos de la curación.

El día 11 de febrero celebramos las bodas de oro del matrimonio de mis padres. Como se aproximaba el «octogésimo», para esa fecha queríamos reunirnos todos, de los «niños» sólo acudieron, además de mí, Elisabeth («Medi») y Golo. Pero sobre todo estaba allí Nico, el caniche negro, el lanudo regalo de fiesta, que presentamos con toda pompa, en el desayuno, a la pareja que celebraba sus bodas de oro, adornado con un collar de cuero dorado florentino y con franjas de oro colocadas en todos los lugares en que habíamos podido hacerlo. Nico, así se llamaba un predecesor suyo, muy amable y muy sabio a causa de sus años, que un automóvil nos atropelló en América. Hacía tiempo que el «Mago» soñaba con un nuevo Nico, y éste se encontraba por fin allí. Con gran sorpresa de mi padre condujimos al animal, que gimoteaba, a la «sala de té», donde no tardaron en establecerse las más amistosas relaciones entre señor y perro.

Al primero lo podíamos considerar ya restablecido, a pesar de cierta pérdida de peso, que no había logrado recuperar del todo. Pero ya desde la vuelta de Chur a casa, el día normal había vuelto a exigir sus derechos. La jornada se encontraba bajo el signo de Lutero, al que desde ahora estuvieron dedicados preferentemente los pensamientos de trabajo de T. M. Cuarenta y seis folios en octavo, escritos con letra pequeña y apretada, de aproximadamente 340 palabras la página, atestiguan hasta qué punto había penetrado ya mi padre en el tema de Lutero, *Die Hochzeit* [La boda], cuando la pluma cayó de sus manos. Las anotaciones hechas —resúmenes, indicaciones, conjeturas, conclusiones, nombres, fechas y hechos históricos— están, con frecuencia, subrayadas en rojo, atestiguando una actividad asidua y apasionadamente investigadora, la cual da una cierta idea, bien que no de la obra proyectada, sí, sin embargo, según creo, de la táctica circular mediante la cual el escritor (como en el caso de *Lotte in Weimar* [*Carlota en Weimar*]) proyectaba situar a su héroe y hacerlo tangible.

La correspondencia, que se había retrasado considerablemente a causa de la enfermedad, consumía entonces mucho tiempo. También había que dar paseos —tanto en interés propio como en interés del fogoso Nico—, y lo que quedaba del día se reservaba para trabajos menores. El último año surgieron así, entre otras cosas, las felicitaciones dirigidas a Hans Reisiger, que cumplía setenta años, y a Siegfried Trebitsch, que celebraba los ochenta y cinco; la introducción a *La pequeña casa de fieras*, de Alexander M. Frey (publicada, con grabados de Hans Arp, en Limes-Verlag, Wiesbaden); el artículo necrológico sobre Ernst Penzoldt, la conmemoración del décimo

aniversario de la muerte de Bruno Frank y la *Lübecker Ansprache* [Alocución de Lübeck], compuesta con motivo de haber sido nombrado ciudadano de honor.

A comienzos de marzo enviamos a Bonn, al presidente de la República Federal, y a Stuttgart, a la «Sociedad Schiller», el discurso sobre Schiller, todavía no la versión definitiva, sino un anticipo de 34 páginas. El profesor Heuss había manifestado su deseo de ver cuanto antes el manuscrito para poder así evitar repeticiones en su propia conferencia. Y en la «Sociedad Schiller» se había comenzado ya a imprimir los trabajos de todos los colaboradores en la solemnidad.

Por esta época T. M. se encontraba de bastante buen humor. Aunque pensaba continuar el «Krull», «algún día, más tarde», por el momento se sentía liberado de los «gigantescos pesos narrativos» que había acostumbrado a llevar sobre sus hombros desde edad temprana. Sin embargo, *Die Hochzeit* [La boda], aunque ciertamente le llevaría también mucho tiempo y le daría preocupaciones, era una obra que, desde un punto de vista puramente espacial, no debía sobrepasar unas ciertas dimensiones, y por ello podíamos prever las fatigas que la comedia le costaría. Además, se encontraba todavía en los preparativos, en aquel estadio en el que casi todo lo que guarda alguna relación, cualquier cosa perteneciente al «asunto» parece importante, provechoso y terriblemente interesante, y no hay todavía necesidad de pensar en los suplicios de la elección y de la renuncia.

Cuando conseguí reducir el «Schiller» a 28 páginas, le llevé la copia «condensada»:

«¿Listo?», me preguntó con alegría.

«¿Yo? Sí. ¿El discurso? No.» Y le expliqué que de ahora en adelante no se podía reducir más, «de suyo», ninguna parte sin que perdiese su función. Había que sacrificar todo un pasaje de seis folios —éste, por ejemplo, o aquél—, y, al hacerlo, sin duda resultaría inevitable construir un «puentecillo» que enlazara con lo que venía después.

Había estado con él a mediodía, después de comer. Vinieron luego la siesta y el té, como de ordinario. Pero entre el té y la cena no hubo hoy correspondencia. Siete folios enteros del «Schiller» cayeron durante ese tiempo, víctimas de las tachaduras en tinta roja de su autor; y yo me alegré de que se permitiera introducir de nuevo, acá o allá, algunas frases cuya pérdida me entristecía demasiado.

A pesar de ello, T. M. no estaba, naturalmente, satisfecho con el discurso. Si pensaba en todo lo que había que decir, en aquello que —según su parecer— sólo era rozado en el ensayo, el discurso le parecía pobre, y le inquietaba la idea de que los oyentes pensasen que se les había dado poco y se les había «engañado». Este último sentimiento no había podido dejar de temerlo nunca Chéjov en sus lectores. Y, sin embargo, había escrito: «El descontento consigo mismo constituye un elemento básico de todo verdadero talento.» Ahora bien, en el «talento» de mi padre ese elemento básico había sido desde siempre sumamente eficaz. Y, a la vista de las inminentes conmemoraciones schillerianas, no se podía poner en entredicho la «sinceridad de su duda», lo mismo que en incontables ocasiones anteriores, una de las cuales fue —en tiempos ya lejanos— *Der Tod in Venedig* [*La muerte en Venecia*]. El relato había sido pensado, más aún, había sido escrito para la *Neue Rundschau*. Pero cuando lo hubo acabado, T. M. lo retuvo en casa. Aquella novela corta, pensaba, no era bastante buena para la *Rundschau*. Y sólo las protestas amorosamente indignadas de mi madre le hicieron cambiar de parecer.

Hay que repetir que mi padre poseía una modestia natural, totalmente involuntaria, más aún, inconsciente, que a menudo le hizo olvidar la gran importancia que el público atribuía a cada una de sus palabras, tanto para lo bueno como para lo malo.

Podía decirnos: «He escrito a X y no me he callado nada.»

Nosotros objetábamos que se debería haber copiado la carta antes de enviarla. X era un periodista; la carta estaba destinada a medias para su publicación, y al menos se debería estar en condiciones de comprobar, en caso necesario, si la reproducían literalmente. También nos asustaba un poco el que T. M. dijese tan despreocupadamente que había obrado de aquella manera. Le preguntábamos si en la tal carta a X había pesado y medido sus palabras.

«Nadie hará eso —decía confiadamente mi padre—, pues casi nadie lee el periódico *Feldhuter Bote*.»

Así era él. Hasta el final no se dio nunca verdaderamente cuenta de que tenía poca importancia la tribuna desde la que hablase, y que, aunque fuese el oscuro *Feldhuter Bote* el medio de comunicación a que se confiaba, las agencias internacionales de noticias recogían, en ciertas circunstancias, todo lo que él decía y lo transmitían por radio a todas las capitales del mundo. Una frase rápida, dicha acá o allá, una expresión que se prestaba a ser

malentendida: lo que se encontraba en el fondo de tales improvisaciones no era otra cosa que una modestia de buena fe. A pesar de todas las pruebas en contra, él seguía pensando aún que uno podía llamarse T. M. y que no despertaría ni atención ni hostilidad al escribir al *Feldhuter Bote* sin «callarse nada».

A comienzos de la primavera de 1955 iba a dar una lectura (del *Ensayo sobre Chéjov*) para la Asociación de Escritores de Zurich, y los organizadores le rogaron que aceptase el que se eligiese para este acto una sala amplia. Pero él recordaba la lectura dada por un colega más joven, precisamente para esa Asociación, en el salón de reuniones de un hotel de Zurich, lectura a la cual él había asistido. Allí, decía, todo había resultado muy simpático, íntimo y familiar. Y exactamente como había transcurrido el acto de aquella noche deseaba él que transcurriera el suyo. En vano protestaron los delegados; él no cedió. Y así ocurrió que no sólo se llenaron la salita prevista y otra próxima, que hubo que agregar, sino que además hubo que despedir a innumerables personas interesadas que querían asistir. La atmósfera estaba tan cargada que se la podía cortar con un cuchillo; el calor y los efluvios de tanta gente dificultaban la respiración. Esto no molestó al orador. Cuando terminó de expresar su asombro y su desencanto porque las cosas habían sido tan distintas de la lectura del colega X, sorprendió a su auditorio por la vivacidad sostenida e incoercible de su lectura. Hacía poco que había dejado atrás la «enfermedad de Arosa», y se habría debido temer que todo aquello excediera de sus fuerzas. Cuando todo hubo acabado felizmente y de la mejor manera, mi madre pensaba llevar a casa al «Mago», prepararle allí una taza de chocolate (cosa que le gustaba mucho cuando se había hecho tarde fuera, «en el mundo») y llevarle por fin a la cama. ¡Tremendo error! Dos horas completas estuvo todavía charlando con sus colegas abajo, en el restaurante del hotel, y tampoco al día siguiente se notó en él ningún síntoma de fatiga.

Esto ocurría pocos meses antes de cumplir sus ochenta años. He contado esto no tanto para elevar un canto de agradecimiento y de alabanza a su asombrosa vitalidad, sino, más bien, para hacer ver la modestia que este incidente atestigua y que se compaginaba muy bien con la necesaria estima de sí mismo y con el responsable sentimiento de la propia dignidad espiritual.

También la honda preocupación con que veía acercarse los próximos actos en honor de Schiller se basaba en aquella modestia —aparte de en la

obligada insatisfacción del talento consigo mismo—. Y hablaba totalmente en serio cuando —tanto en el discurso como en el ensayo— empezaba con esta pregunta: «¿Quién soy yo para tomar la palabra en alabanza suya (de Schiller), teniendo ante mis ojos las montañas de doctas críticas y comentarios sobre su vida y su obra, que durante siglo y medio han acumulado los sabios investigadores?»

«Doctas críticas», «sabios investigadores»: no había el menor asomo de malicia o de coquetería en el hecho de que él, «docto» por su parte en tantas cosas y tan super-«sabio» en innumerables terrenos, se inclinase ante los profesores. Toda inteligencia altamente educada en una especialidad, toda intelectualidad profesional bien entrenada le encontraba dispuesto no sólo a apreciarla en cuanto tal, sino a dejarse impresionar por ella, más aún, a dejarse intimidar. «Todo esto es tan *inteligente*», decía, mientras dejaba caer de sus manos, tal vez, el último número de una revista archiintelectual que metía en un mismo saco la sociología, la música y la filosofía, formando con todo ello un manjar repetido e indigesto; «a uno le daría miedo leerlo». Y hablaba en serio cuando decía tales cosas.

Si me preguntasen cuáles fueron los tres rasgos más importantes de mi padre en su vejez, no vacilaría en mencionar, como los más esenciales, la modestia, la bondad y el humor. Cuando digo esto no olvido, naturalmente, que el «hombre» y el artista son inseparables, y sé también que no podríamos imaginarnos ni al uno ni al otro sin añadir un gran número de otras cualidades. Sin embargo, y aunque parece que con esto hago una síntesis de una simplicidad divergente, insisto en mi respuesta.

En lo que se refiere al humor, sin duda no hay un solo libro suyo en el que éste no sea perceptible. Incluso su obra más sombría, el *Doktor Faustus*, posee humor a manos llenas. Y quien estuvo muy cerca del «Mago», y conoció sus propias y estupendas «bufonadas», y le ha visto derramar lágrimas riendo con los chistes de otro (nunca se cansaba de ellos), sabe doblemente el papel tan central que el humor desempeñó en su vida.

Su modestia he intentado probarla con una serie de ejemplos, que podría aumentar *ad infinitum*. No lo haré, pero repito que se puede querer llegar muy alto y seguir siendo, sin embargo, muy modesto.

¿Y la bondad de T. M.? Muchos la han experimentado en sí mismos. Otros la conocen por sus escritos, y recuerdan cómo la defendió expresamente; creía en la bondad, aunque —o, más bien, porque— «puede subsistir sin fe y ser realmente el producto de la duda». Esa bondad ilumina y torna cálido un

talento artístico que intentaba, ante todo, «propagar entre los hombres un poco más de alegría, conocimiento y superior serenidad».

Amaba a los hombres, y mereció sin duda lo que Hermann Hesse dijo de él cuando murió: «Con profundo dolor —se despedía Hesse— del... querido amigo y gran compañero, del maestro de la prosa alemana, de un nombre muy mal conocido, a pesar de todos los honores y de todos los éxitos. El corazón, la fidelidad, la responsabilidad y la capacidad amorosa que se escondían dentro de su ironía y de su virtuosismo, y que durante decenios el gran público alemán no comprendió, eso es lo que mantendrá vivos su obra y su recuerdo, mucho más allá de nuestra confusa época.»

Y es verdad: amaba a los hombres de un modo fiel y con conciencia de su responsabilidad, y los amaba, además, bajo el signo de la *solidaridad*. Así dijo: «¿No se basa todo amor al hombre en el conocimiento fraternal, compasivo y lleno de simpatía, de su situación difícil y casi desesperada? Sí, hay un patriotismo de la humanidad que se funda en esto: se ama al hombre porque su vida es difícil y porque uno mismo es hombre.»

«Patriotismo de la humanidad»: esta expresión podría ser de Schiller, «cuyo corazón, igual que el del marqués de Posa, latió para la humanidad entera, para el mundo y para todas las generaciones venideras». Pero el que se ame al hombre «porque su vida es difícil y porque uno mismo es hombre» es algo que difícilmente se le habría ocurrido a Schiller. Es puro T. M.: es una expresión nada patética, sincera y modesta a la vez, pues aquí se renuncia a toda problemática particular, a la vista de «la situación casi desesperada» del hombre en cuanto tal.

Estaba muy próximo el domingo 7 de mayo, día en que partiríamos. Cuanto más se acercaba, tanto más encarecidamente intentaba mi padre asegurarme que no me echaría la menor culpa de la «pobreza» de «nuestro» discurso.

Decía: «Sabe Dios que tú has hecho lo que has podido; y, por otro lado, en cincuenta y cinco minutos no se puede decir, de ninguna manera, mucho más.»

Sin embargo, el «Schiller» continuaba inspirándole dudas, y mi padre se hundía cada vez más en una silenciosa excitación como hasta la fecha apenas la habíamos conocido en él. Nosotros comprendíamos: se había entregado totalmente al tema querido, a «aquel espíritu dispensador de felicidad que camina dejando huellas de luz», que «podría ser el médico del alma de nuestra época enferma, si ésta reflexionase adecuadamente sobre

sí». Mi padre se había obligado demasiado hondamente a contribuir a esa reflexión, provocando una sacudida. Y —¿acaso?— en alguna de las múltiples capas de su ser resonaba con demasiada fuerza una voz que le decía que el inminente acontecimiento iba a ser el último; por ello ni podía esperar tranquilo lo que se avecinaba. Días antes, e incluso ya semanas antes, se apoderó de él la fiebre de la partida. Y, por fin, antes de que hubiéramos empezado siquiera a cargar el equipaje, él estaba ya allí preparado, en el vestíbulo de nuestra casa, con su abrigo y su gorra, con el sombrero y el bastón en la mano y la manta sobre el brazo.

El día estaba nublado; sin embargo, no era desapacible, y la estación del año («su» estación, lo mismo que la estación de la «engañada») cuidaba de proporcionarle en abundancia impresiones bellas y suaves. Todo florecía, todo tenía un brillo primaveral, todo era multicolor y límpido.

En Rottweil hicimos un alto para comer. Ya antes nos habíamos detenido unos minutos en la carretera, para tomar el aperitivo, que llevábamos con nosotros. T. M. tenía la costumbre de beber, antes de sentarse a la mesa, una copita de vermouth. Por ello, una al menos de las dos botellas gemelas del elegante maletín de cuero que nos acompañaba en los viajes iba siempre llena de Cinzano.

No conocíamos Rottweil, o habíamos olvidado cuán encantador y atractivo es. Frente a nuestro restaurante, la antigua farmacia podía hacerle pensar a uno que se ponía «las botas de la felicidad» y que se encontraba transportado a un siglo radicalmente distinto.

Me parece que ha llegado ahora el instante preciso en que quisiera hacer una observación fundamental sobre estas notas mías, tanto las anteriores como las que vendrán. Este relato no tiene ambiciones de ninguna especie, no pretende ser otra cosa que una fiel narración y, en todo caso, sólo aspira a mezclar lo importante con lo menos importante, lo extraordinario con lo habitual, lo inolvidable con lo que se olvida fácilmente, de manera parecida a como el tiempo y la vida lo mezclaron. Además, este texto abriga, eso sí, la esperanza de que el lector no considere como pretencioso lo que no pasa de ser precisión y exactitud, ni saque la conclusión de que, cuando se trata de T. M., la autora considera extraordinariamente interesante incluso el detalle más ínfimo. Esto es algo en lo que yo no he pensado; ahora bien, como no puedo pretender ser completa, parece tanto más obligado establecer unas proporciones armoniosas. Y con esto volvamos a Rottweil —o, más bien, «a casa», al coche.

Al proseguir el viaje después de comer, lo primero fue descansar. El equipaje, colocado en la parte trasera del coche, estaba distribuido de tal modo que sobresalía un poco por detrás del asiento derecho de delante; así se podía apoyar en él la pequeña almohada de aire en que el que descansaba dejaba reposar su nuca y la parte trasera de la cabeza. Ibamos de prisa. Cuando trabajos de construcción, o un paso a nivel, o la imposibilidad momentánea de adelantar a un camión nos obligaban a aminorar la marcha, o incluso a detenernos, yo pensaba siempre que mi padre se iba a despertar sobresaltado para averiguar qué ocurría. Pero él no prestaba ninguna atención a los incidentes del viaje. Con los ojos cerrados descansaba despreocupada y profundamente. Conocíamos en él esta transición de un poco de fiebre viajera antes de partir, a un descansado bienestar apenas se emprendía el viaje. Pero en esta ocasión, una vez emprendida la marcha, lo que le había calmado no era sobre todo el viajar a través de los campos, cosa que tanto le gustaba. Era, más bien, que la enervante espera se encontraba ya a sus espaldas. La «cosa» había comenzado y la silenciosa excitación de las semanas anteriores había cedido el paso a la esperanza confiada de que lo que comenzaba tan agradablemente terminaría asimismo bien.

Las lilas florecían en el patio del Parkhotel de Stuttgart. Un ligero aroma ascendía hasta nuestras habitaciones de sus umbelas de color blanco y violeta pálido. De manera extraña y conmovedora, ese aroma conseguía sobreponerse a los gases de los escapes de los coches que abajo salían y entraban en abundancia.

Un aviso del presidente de la República Federal Alemana decía que quería saludar hoy mismo a mi padre, a quien no conocía personalmente. Y así, después del té, T. M. bajó al piso de abajo para presentar sus respetos al profesor Heuss. El encuentro, nos decía poco después, había transcurrido de manera agradabilísima; también nosotros, por lo demás, tendríamos repetidas ocasiones, en el transcurso del día siguiente, de charlar con él.

La velada anterior a la conmemoración schilleriana la pasamos con unos pocos amigos. Hans Reisinger, «Reisi», el poeta y traductor, que ahora se había instalado en Stuttgart junto con su esposa, se encontraba con nosotros; y de Francfort habían venido los directivos de la editorial S. Fischer, los Bermann (Dr. Gottfried Bermann y señora) y el Dr. Rudolf Hirsch. En una mesa próxima, a la cual acudíamos a veces uno u otro de nosotros, se sentaba Siegfried Trebitsch, que había venido en avión desde Zurich, a

pesar de sus ochenta y cinco añitos. Nosotros comimos huevos de gaviota y disfrutamos con la delicadeza primaveral de su coloración y de su sustancia (en los huevos duros lo blanco permanece un poco vítreo, mientras lo «amarillo» toma un tinte de color rosa).

Nos separamos pronto. Todos habían hecho el viaje aquel mismo día, y al siguiente nos esperaban múltiples fatigas. «Nos volveremos a ver en el campo del honor», dijo T. M. al despedirse.

El 8 de mayo fue un día magnífico. El aire, que de suyo era frío, absorbía los rayos de un fuerte sol veraniego, sin recalentarse demasiado, y la bandera negro-rojo-gualda de la Alemania entera, que había sido izada en el Parkhotel en honor del presidente de la República Federal, ondulaba dulcemente al viento.

Nosotros acudimos con mucha puntualidad al teatro, antes que Heuss, a quien esperaba delante del hotel una muchedumbre inmensa.

Una vez llegados, condujeron a mi madre al lugar que había de ocupar, mientras que yo, como casi siempre, no me aparté del lado de mi padre hasta que llegó el momento de que hablase. En seguida nos invitaron a ir al palco del presidente, que llegó poco después de nosotros. Después de que los inevitables periodistas cumplieron con su deber, fijando en sus películas, con gran crepitar de relámpagos, a los dos principales oradores del día, los caballeros (Heuss, el doctor Gebhard Müller, presidente del Consejo de Ministros de Württemberg, el Dr. Wilhelm Hoffmann, presidente de la «Deutsche Schiller-Gesellschaft», y T. M.) ocuparon sus sitios en la parte delantera. Inmediatamente detrás de ellos se sentaba el Dr. Walter Schäfer, intendente general de los teatros oficiales de Württemberg.

La fiesta comenzó con música. Bajo la batuta del director general de música, Ferdinand Leitner, la orquesta de los teatros oficiales de Württemberg tocó con mucho brío la obertura en re mayor de Bach. La acústica del edificio es buena, e incluso las notas en pianissimo de los violines se expandían perceptiblemente en la silenciosa sala. Vinieron luego las palabras de introducción y de saludo del Dr. W. Hoffmann y del Dr. Gebhard Müller. Cuando estaban para terminarse estas breves alocuciones, el jefe de la casa, el intendente general, Dr. Schäfer, indicó a mi padre que había llegado el momento de acudir al escenario.

Desde mi puesto situado entre los bastidores de la izquierda, escuché al «Mago» y seguí con gran interés las reacciones del auditorio, invisible para mí. T. M. «se hizo» con la gente desde el primer momento. Sin desnaturalizar

su voz ni su pronunciación, un magnífico altavoz llevaba cada una de sus palabras hasta los rincones más apartados de la gran sala. Ningún chirriar de las sillas, ninguna tos en las filas últimas de arriba, es decir, ninguna dificultad para captar lo dicho ni para comprender lo oído. Pero esto significaba, además, tensión, entrega y emoción. Ciertamente, nada de esto era imaginable sin que asimismo, o mejor, ante todo el conferenciante se hubiera entregado a su propia emoción. Todo lo que él había invertido en este trabajo, ahora lo recuperaba de nuevo: amor inteligente, simpatía emocionada, y un conocimiento respetuoso y suficientemente profundo para evocar con una fidelidad sin disimulos la figura de aquel que ciento cincuenta años antes había ingresado en la patria de la inmortalidad:

Sólo el cuerpo pertenece a los poderes  
que tejen el oscuro destino;  
pero, libre de toda violencia del tiempo,  
la compañera de juego de los bienaventurados,  
la Forma, discurre allá arriba, en las campiñas luminosas,  
divina entre los dioses.

«Nuestro discurso» yo me lo sabía de memoria, palabra por palabra, y, sin embargo, lo escuchaba con no menos fervor que la multitud de extraños de allá abajo. Me pareció que el «Mago» raramente había hablado así, que pocas veces había encontrado con tanta exactitud aquel punto medio en que vivencia y elaboración se unifican, para formar un todo a cuyo nacimiento se pensaba estar asistiendo.

¡Basta! ¿O acaso es ya demasiado? Queda por decir que con este discurso sobre Schiller T. M. consiguió ejercer una impresión más poderosa que con ninguna otra de sus anteriores apariciones personales. Al final el auditorio se levantó de sus asientos como un solo hombre; gentes desconocidas, que habían seguido el discurso por radio, confesaron luego por carta que habían llorado al escucharlo; otros escribieron que se pusieron a escucharlo dispuestos a rechazarlo de plano no sólo porque no les gustaba el orador, sino además porque lo consideraban, en especial, completamente incapaz de hacer justicia al genio de Schiller. Estos pedían perdón por su desconfianza, de la que T. M. nada sabía. Fue extraordinario. ¡El canto de cisne de mi padre! ¿No debería haberse angustiado mi corazón mientras aquel canto resonaba de una manera tan impresionante? Pero yo era feliz. Y

feliz —la palabra no es suficientemente fuerte—, feliz era también mi padre cuando terminó y yo le recogí entre los bastidores, después de su última «salida».

En el restaurante del teatro habían preparado un pequeño refrigerio para él. Después subimos juntos al palco familiar. Abajo hablaba Heuss; T. M. le siguió con atención y con visible interés. Estaba sentado muy tranquilo; tenía paz, tenía la profunda serenidad del que ha hecho lo mejor que ha podido, y puede estar seguro de una cosa: de que lo hecho era suficientemente bueno.

Reuniones sociales, teatro, visita al museo (el Schiller-National-Museum en Marbach), personas, personas —los días estaban llenos hasta el borde y me parece imposible referirme aquí a todos los detalles—. En sencillas anotaciones mi diario consigna cómo transcurrió nuestro «viaje Schiller», y así me tomo la libertad de ofrecer aquí una selección de tales anotaciones. Tan sólo elimino algunas cosas, y también completo un nombre, acá y allá, mas sin cambiar ninguna palabra.

### *8 de mayo*

...comida al mediodía con el presidente del Consejo de Ministros (Dr. Müller). Pequeño y bello palacete, construido en 1912, con un jardín encantador, dispuesto a manera de parque... La comida, magnífica. Me siento junto al Dr. Schütz (Dr. Werner Schütz), ministro de Asuntos Culturales de Renania del Norte-Westfalia. Schütz me sorprende por el conocimiento tan exacto que posee de las cosas del M. Me reprocha, medio en broma, los cortes que hice en *Doktor Faustus*; conoce, por *Die Entstehung des Doktor Faustus* [El nacimiento del Doctor Faustus], que yo «dejé fuera a todo un catedrático, juntamente con sus lecciones»; y además se sabe de memoria otras muchas cosas —pasajes enteros del «Krull»...— Reencuentro —¡al cabo de veintiséis años!— con el Dr. Neinhaus (Dr. Karl Neinhaus, presidente de la Cámara Baja de Baden-Württemberg), actualmente alcalde-presidente de Heidelberg, lo mismo que en el año 29, cuando el M. inauguró allí los Festivales (Discurso sobre el teatro)... Café en el jardín. Me siento un momento junto a Heuss, que está jovial y de buen humor. El M. está feliz, excitado y, al parecer, no se cansa. Por la noche, María Estuardo. La representación, buena, dadas las actuales circunstancias; pero ¿qué importa esto? Isabel (Flickenschildt), verdaderamente buena. Entreacto con Heuss. Después, reunión de sociedad con él, en su salón del hotel. Su hijo (Ludwig

Heuss, industrial de Lorena) y su nuera comieron en Rottweil en la mesa próxima a la nuestra. ¿De qué estábamos hablando en aquel momento? Nada malo en lo referente a Heuss. ¿Pero qué otra cosa? Reunión de hoy en un ambiente familiar, muy alemán. Heuss cuenta anécdotas. Le gusta su popularidad... Me retiro pronto, pues mañana temprano hay que grabar en magnetófono una discusión (*Süddeutscher Rundfunk*: «Los felices años veinte. Mito y realidad»)...

### *9 de mayo*

Hoy es verdaderamente el aniversario de la muerte... El M., encantado porque los diversos encuentros con Heuss han transcurrido de manera tan agradable. En la República de Weimar una cosa así hubiera sido, sin duda, inimaginable. Esto depende ahora también, ciertamente, de la personalidad del hombre que ocupa la Jefatura del Estado. De todos modos, los ministros y senadores de «asuntos culturales», en la medida en que hasta ahora los hemos conocido —muy pocos—, despiertan asimismo confianza... Los papas han ido a Marbach... Por la tarde, gran recepción en casa de Pecher (el Dr. Rudolf Pecher). Está presente todo el mundo: mis interlocutores de esta mañana (radio); el excelente Eberle (doctor Josef Eberle, *Stuttgarter Zeitung*), Hermann Kasack, Hoffmann naturalmente, cuyos méritos en la organización de la fiesta son considerables. Heuss no asiste a causa de otras obligaciones, y los asistentes lo lamentan sinceramente. Excepto él, están allí todos o casi todos.

### *10 de mayo*

Viaje a Kissingen. Trayecto corto y hermoso; las carreteras están, en parte, fatales. Es bueno disponer de algunos días aquí. El M. necesita descansar.

### *11 de mayo*

Mal tiempo. El parque, bonito y agradable. La comida, regular. En todos los balcones faltan los esperados tiestos de flores. Triste panorama, difícilmente conciliable con la idea del «milagro económico». El M. es malo para «descansar». En el fondo aspira siempre a ir «más allá, más allá», como durante los viajes de lecturas en Norteamérica. Se acuerda (ahora) —y vuelve a reírse de ello— de mi telegrama de consolación al comienzo de uno de aquellos viajes: «No se trata de un tormento, sino sólo de un agradable

viaje de lecturas». Ha sentido siempre debilidad por Hinkel (*Gockel und Gackeleia*).

### *12 de mayo*

Los Janka vienen a cenar (Walter Janka, director de la editorial Aufbau, Berlín-Este). Es bueno así. Mañana nos «guiarán». El límite de la zona está mal señalado en el mapa de viaje. La carretera de acceso allí prevista es impracticable. ¡Qué situaciones...!

### *13 de mayo*

Los Becher (el ministro Johannes R. Becher y señora) nos esperan en Wartha con un gran cortejo para recibirnos. Afluencia popular. Banderas en las calles. Todo esto podría estar «preparado». Seguimos adelante despacio, sin quererlo, formando una caravana imponente. La «población», que acude de todos lados, muestra verdadera alegría. Apuntan hacia el M. y exclaman, en magnífico dialecto sajón: «Das is er, das is er» (Ese e, ese e). No hay «pueblos Potemkin». Ni grupos pagados. Ni rostro de «ensayo». El M. dice que todavía en el 49 las cosas eran distintas. Naturalmente, también quedan «equipos». Niños, muchos cientos, si no miles, a lo largo de las horas. Con las mejillas coloradas, divertidos, bastante bien vestidos, muchos de ellos venidos por propia iniciativa. Escuelas con sus maestros. Maestros y alcaldes que pronuncian discursos. Nos preceden policías de tráfico, con uniforme blanco. Detienen toda la circulación en ambas direcciones, para que no moleste a nuestra caravana. Contemplo con atención las expresiones de los detenidos —rostros curiosos, pero también divertidos—; ninguno de ellos está irritado o internamente furioso... Comida en Eisenach. ¡Cuánto tiempo hemos empleado para recorrer un camino tan corto! El M., paciente como siempre. También esta vez se ha alegrado de la gran animación y de la fantástica lluvia de rosas... Weimar está engalanado... Por la noche, con los Becher. Su afecto por el M. es sincero y «entendido». La ciudad está llena de «invitados Schiller». Muchos han venido de muy lejos; peregrinos del Este y del Oeste...

### *14 de mayo*

También esto ha transcurrido felizmente. Después de la música (cuarteto en re menor de Schubert, primer movimiento), habla primero Becher, bien, breve y concreto. El M., con un poco de dificultad a causa del mediocre altavoz. Toses en el público. ¿Muy pocos estudiantes? Sin embargo, el acto

y la impresión de conjunto, *quite satisfactory*. Al final, música otra vez (Beethoven, cuarteto en fa mayor, primer movimiento). Becher, antes y después, muestra una conmovedora solicitud por atender de la mejor manera posible al M... Al marchar, la plaza del teatro (con el monumento de Goethe y Schiller) llena de gente que ha escuchado la retransmisión. Grandes aplausos. Gente en todas las ventanas; muchos con gemelos de teatro y con anticuados anteojos de campaña. Esto es algo que no se puede preparar... Comida, tipo banquete, en «El elefante», pero sin Mager. Asisten algunos rusos. El M. alude a ellos en sus palabras de agradecimiento, llamándolos «vuestros amigos soviéticos». No hay duda de que algunos fanáticos del Pacto Atlántico le acusarán de haber dicho «mis amigos soviéticos». No importa... Por la noche, *La doncella de Orleáns*. Nivel de representación, véase «Stuttgart». Carlos VII (Horst Schulze), realmente bueno... El M. está, sin embargo, cansado. Nos retiramos antes de terminar.

### *15 de mayo*

Mientras hago el equipaje y repaso el coche, nombran al M. doctor *honoris causa* en el castillo. ¿Su decimoséptimo doctorado? (Hay que comprobarlo.) Catedráticos de la Universidad Friedrich Schiller, con el rector a la cabeza, venidos de Jena. Todos con traje de gran ceremonia. El germanista (profesor Joachim Müller) habla sorprendentemente bien. Los papás dicen que también *chez nous* habría alcanzado el máximo honor. El M. da las gracias improvisando y agradece también la fundación de un «Archivo T. M.» en el seno de la Academia de Berlín (Academia Alemana de las Ciencias). Se recoge en magnetófono... Momentos antes de partir, John (el doctor Otto John) consigue todavía, con su fastidiosa insistencia, una breve entrevista, por lo demás sin objeto, con el M. Asisto a ella. Es un hombre que parece inseguro, un poco «acomplejado», también demasiado «bonito», con manos muy pequeñas... (Poco después el doctor John publicó una «Conversación con Thomas Mann», en la que, en lo esencial, todo era pura invención. La respuesta de mi padre, a través de la United Press, fue inmediata.)

Volvemos a recorrer el mismo trayecto de ayer (hasta Wartha), pero esta vez por la autopista. Los Becher, los Janka y otros van delante. Yo pido que aceleren, pues nos esperan en Gotinga. Becher: «¿A qué velocidad?» Yo: «¿A noventa?» El: «Yo no soporto una velocidad mayor.» Pero luego conduce, o manda al mecánico que conduzca, a ciento veinticinco. Espera sin duda, por broma, dejarme colgada. ¡Qué crío! Sonrientes y enardecidos

nos encontramos en el límite de la zona. Al despedirnos, Becher está extrañamente emocionado, tiene lágrimas en los ojos... «Los aduaneros del Oeste» son amables, no encuentran, evidentemente, «nada extraordinario...»

Gotinga: Cena, en «Alte Krone», con Wegeleben, Thiele, Roth (Gottfried Wegeleben, segundo productor; Rolf Thiele, director artístico, y Ekkehard Roth, asesor de la «Filmaufbau-Gesellschaft», que rueda *Alteza real*); invitan los muchachos. Calculamos que entre los tres juntos apenas alcanzan la edad del M. Abich (Hans Abich, el productor) está de viaje...

### *16 de mayo*

Roth y Wegeleben se presentan temprano en el hotel. Son tan simpáticos que nos acompañan, con todo el equipaje, a la estación. Vamos en nuestro coche. El M. está triste de tener que bajar de él. De repente pienso si debería llevarle yo misma a Lübeck. Mas no tendría sentido, pues el viaje de Lübeck a Zurich es demasiado fatigoso para los papás, y yo debo volver lo más pronto posible a casa. El subir y bajar del tren en Gotinga es siempre una horrorosa pesadilla. De ordinario el tren se detiene muy poco. El orden de los vagones no es el mismo que estaba indicado en el anuncio. El mozo no está situado, por tanto, en buen sitio. Estamos junto a él, y todos corremos hacia la parte delantera. Los papás, con su equipaje, suben por fin; yo, con un pie en el estribo, me dispongo a despedirme. El tren arranca. No ha habido ninguna señal previa. Casi soy arrastrada y arrollada. Odiosa peculiaridad de Gotinga, ciudad agradable, por otro lado...

Así como de mis padres, así también me separo aquí de las anotaciones de mi diario. Antes de que yo volviese a verlos o a recibir noticias de ellos, los periódicos trajeron noticias más o menos detalladas sobre la visita de T. M. a Lübeck, sobre la reconciliación definitiva entre él y su ciudad natal y sobre su agradecimiento por el nombramiento de ciudadano de honor. El discurso había sido jovial, casi exuberante, sobre un trasfondo de emoción. Preocupada de que confiase demasiado en sus fuerzas, yo había intentado apartarle de este viaje, pero había notado en seguida que para él significaba mucho. Su fidelidad, siempre indefectible, era tanto más viva cuanto más profundas eran las raíces de ella, y ningún alejamiento —en el espacio, en el tiempo o en los sentimientos— habían podido distanciarle realmente del paisaje ni del carácter de las gentes de allá arriba. Así como, después de recorrer el mundo entero del pensamiento, había vuelto finalmente, en el

*Doktor Faustus*, a la ciudad de *Los Buddenbrook* (pues es ella, aunque ahora se llame Kaisersaschern), así ahora él había vuelto personalmente a su patria, y estaba allí, en el Ayuntamiento de Lübeck, precisamente en el mismo lugar en el que había sido elegido senador su padre y donde éste había actuado y «gobernado». El último dirigente de la antigua empresa Mann, que había continuado siendo siempre el modelo de su hijo en materia de «disciplina», se habría sin duda alegrado y extrañado al ver la distinción que hoy se concedía al vástago que había desertado hacia el terreno del arte. Saber esto hacía más grande y más hondo el agradecimiento con que T. M. recibió su diploma de ciudadano de honor. Tampoco su propia alegría carecía, por otro lado, de un sentimiento de asombro. El que ahora se tocase para él la obertura de *Lohengrin* en el Stadttheater, donde a sus catorce años había escuchado por primera vez aquella obra, es algo que se parecía demasiado al cumplimiento de un sueño como para que no le emocionase de manera peculiar. El mismo dio, con fines caritativos, una lectura de obras suyas, y pudo entregar una suma considerable —la colecta íntegra del acto— para el venerable «Hospital del Espíritu Santo», un asilo de ancianos. La lectura duró hora y media, pero al parecer no produjo fatiga alguna ni al público ni al lector.

Lübeck: pequeña, pero importante etapa en los viajes de este año de cosecha y de muerte, tú no tienes ninguna culpa de la catástrofe del 12 de agosto, como tampoco la tiene ningún otro de los lugares en que se detuvo y se entregó. El reloj de su vida —ese instrumento tan preciso, tan resistente a pesar de su delicadeza y su sensibilidad, que funciona fielmente en todos los peligros y que permanece al parecer intacto— había comenzado insensiblemente a apresurarse, y ninguna «prudencia», ningún cuidado habrían podido producir una demora o prestar ayuda.

Ni siquiera dos semanas separaban a Lübeck de su ochenta cumpleaños, una «fiesta de la vida», que mi padre veía acercarse no sin inquietud.

«El día de ayer», me escribía el 7 de junio de 1954, «ha transcurrido de manera agradabilísima, entre flores y bajo una dulce lluvia de cartas y telegramas. Pero esto es, sin duda, tan sólo un débil prelude del loco barullo que habrá el próximo año y que veo venir no sin cierto temor...»

Se podría decir —y sin duda alguien lo hará— que nadie está obligado a dejarse festejar, pues todo el mundo es libre de irse de viaje y de reírse, desde un escondite seguro, del «loco barullo» que, acaso, y a pesar de todo, se desencadenaría.

Pero T. M. no se escondía. Ya se tratara de defender una buena causa o de atacar una mala; de rendir homenaje a otros o de lamentar su pérdida; de exponerse a un ataque o a una distinción: él «no se iba de viaje», no se evadía, y tan sólo el que le desconociese del todo podría pensar que la vanidad le llevó a desempeñar durante tres días enteros la figura del jubilante.

Con ocasión de cumplir los cincuenta años dijo: «Hay diversos modos de comportarse en días como estos... Se oye hablar de jubilantes que en tales días desaparecen en el campo; se van al desierto, por así decirlo, para 'escapar a los honores', y esto se considera sin duda como señal de modestia y de repudio de las vanidades exteriores. Ustedes ven que yo no he obrado así; y, desde luego, no lo he hecho por un deseo invencible de dejarme homenajear y festejar, sino porque pienso que... se debe ser obediente a la vida, mostrarse valiente y celebrar también las fiestas, tal como vienen.»

Así actuó hasta el final; y «se mostró valiente», él, que conocía sin duda la inquietud, la duda y la depresión más honda, pero no el miedo. Con plena conciencia le atribuyo esto: T. M. carecía de miedo —carecía de él hasta un grado que podría sorprender en una persona con una constitución tan nerviosa como la suya y con una fantasía tan fácilmente excitable.

Jamás olvidaré, por ejemplo, nuestro viaje en avión desde Suecia a Inglaterra, pasando por Holanda, en septiembre de 1939, poco antes de que estallase la guerra. Mis padres iban sentados juntos, y yo, al otro lado del pasillo central; mi padre, claro está, ocupaba el lugar junto a la ventana. Apenas prestaba atención a la conversación que mi madre y yo manteníamos en inglés con la azafata, y tampoco se enteró, sin duda, de lo que ésta nos decía, a saber, que durante los últimos días los aviadores de la Luftwaffe habían obligado repetidas veces a nuestro avión a aminorar la marcha, y desde muy cerca habían mirado a través de las ventanillas, evidentemente para atisbar a los enemigos de los nazis que acaso pudiera haber entre los pasajeros. Nosotros nos asustamos. Naturalmente, en la Alemania de Hitler, lo mismo que en todas partes, se sabía que T. M. había ido a Estocolmo al congreso internacional del Pen-Club, y que por aquellas fechas debía volver «a casa», a América. Y parecía muy verosímil el que la atención de aquellos aviadores estuviera dedicada a él en especial.

Mi padre leía. Mi madre le interrumpió, pidiéndole, de manera sorprendente, que la dejase sentarse ahora a ella junto a la ventana. Alzando las cejas, mi

padre le cedió su asiento. Un hombre bastante grueso que iba sentado cerca había escuchado evidentemente lo que la azafata decía. Se deslizó casi hasta el suelo, sobre el respaldo inclinado del asiento, gimiendo y con la frente bañada en sudor. La azafata se ocupó del desgraciado.

«Se encuentra mal», dijo mi padre; «sin embargo, el avión casi no se mueve...»

En esto tenía razón. Mas aunque no hubiesen llegado a sus oídos las noticias de la azafata, tenía que saber, sin embargo, que éste era un vuelo extraordinariamente inseguro y amenazado. Y sabía también que habíamos abandonado nuestro proyecto de hacer el viaje por barco porque la prensa había mencionado su nombre a este respecto. Asimismo sabía perfectamente que en Malmö se nos había juntado un alemán, el cual había abandonado el aparato ya en Copenhague. Ahora bien, entre Malmö y Copenhague el único medio de transporte adecuado era el barco: recorrer una distancia tan corta en avión es cosa que no hacía apenas nadie, a no ser que tuviese que hacer o que buscar algo concreto precisamente en este trayecto y en este aeroplano.

Nada de ello parecía preocupar a mi padre. El leía, bromeaba con nosotras dos y saboreaba la comida.

Al día siguiente, durante el mismo vuelo, fue asesinado absurdamente un ingeniero americano. Un aviador alemán mató de un tiro, disparado a través de la ventanilla, al yerno del editor Hübsch, de Nueva York, víctima completamente «carente de interés» para los nazis. Es muy verosímil que el «elegido» no fuese aquel hombre, sino que el verdadero objetivo fuese, más bien, T. M. Este último recibió la noticia con gran sentimiento e indignación, mas sin referirla a sí mismo ni excitarse por ello. Tampoco el caballero que galopaba sobre el lago de Constanza experimentó posteriormente ningún temor.

He contado esto incidentalmente, y tan sólo porque la absoluta carencia de miedo formaba parte de la naturaleza de aquél de quien estoy hablando. El, que era tan vulnerable, que se enfadaba y deprimía tan fácilmente, no hacía caso alguno del peligro de muerte. Se aferraba a la vida porque se aferraba a su trabajo —también en todos los años que pasó «allá» «había sentido una cierta afición a esta verde tierra». Pero, llegado el caso, moriría sin hacer demasiados aspavientos. Y así fue como de hecho murió.

El octogésimo aniversario de su nacimiento sometió a duras pruebas sus fuerzas, sus nervios y su presencia de ánimo. Una y otra vez tuvo que

hablar, que improvisar pequeños discursos y agradecer las muchas cosas que tales días le aportaron.

Encima de todos los muebles de la casa se amontonaban los periódicos, llenos de artículos de felicitación, a los que él, de otro lado, no hacía otra cosa que lanzar una distraída mirada: «La alabanza», decía, «es un manjar extrañamente empalagoso; tiene, sin duda, un sabor dulce, pero uno se harta inmediatamente». Si se piensa, continuaba diciendo, hasta qué punto puede ser duradera la preocupación que los comentarios pérfidos y malignos le causan a veces a uno, entonces parece triste el que se pueda disfrutar tan poco de las alabanzas solemnes.

Yo no quiero decir con esto que mi padre no se alegrase de corazón por las innumerables pruebas de simpatía que le llegaron. Cada media hora el cartero traía montones de telegramas, y, finalmente, la casa de correos de Kilchberg le escribió que «el edificante trabajo de telégrafos» en aquella semana la «excitaba» también a ella a felicitar expresamente al destinatario. T. M. contestó en seguida, diciendo que podía comprender perfectamente que en la casa de correos se estuviese «excitado»; por ello le alegraban tanto más sus felicitaciones.

La fiesta del vecindario de Kilchberg (celebrada la tarde del cuarto día, en el Conrad-Ferdinand-Meyer Haus) tuvo particular relieve, debido a la presencia y al discurso del presidente de la Confederación Helvética, el Dr. Max Petitpierre. Se nos aseguró que, en lo que recordaba la memoria humana, jamás había ocurrido que el jefe del Estado acudiese personalmente a un pueblo para honrar a uno de sus habitantes. Por cortesía y amabilidad, el Dr. Petitpierre, un simpático suizo de la zona occidental, empleó el idioma alemán en su discurso. Sólo la cita de Gide del final, ingeniosamente escogida, la «trajo» en francés. Y aunque antes había hablado bien y con facilidad, ahora pareció como si se deslizase feliz, en el agua pura, un pececillo que hasta aquel momento lo había estado pasando mal fuera de ella. He podido comprobar muchas veces que nadie que tenga el francés como idioma materno se acostumbra jamás del todo —ni siquiera en la conversación ordinaria— a ningún otro idioma, a no ser que haya sido trasplantado muy pronto a él o que haya recibido una educación bilingüe. Poseer el francés como lengua materna equivale a tener una patria junto a la cual no puede haber ninguna otra.

Con ocasión de la fiesta de Kilchberg mi padre cosechó un nuevo doctorado *honoris causa* —entendiendo aquí «nuevo» no sólo en el sentido de «uno

más», sino también y sobre todo en el sentido de «peculiar». El profesor doctor Karl Schmid, rector de la ETH, nombró al homenajeado doctor h. c. en ciencias naturales, entregándole con ello el primer título de la Confederación Helvética que recibía en su vida, así como también el primer diploma de doctor que no se refería a ninguna de las disciplinas humanísticas.

En el Schauspielhaus de Zurich (la noche del quinto día) la participación de Bruno Walter conmovió de un modo especial a mi padre. El que su querido amigo y director predilecto, como es notorio, este gran mediador entre él y la música, hubiera atravesado el océano para festejar su cumpleaños, y el que ahora «la celestial *ratio* de Mozart cantase bajo su batuta con un rigor y un encanto completamene puros» (Walter dirigió la *Kleine Nachtmusik*), esto era un regalo de una categoría inusitada. Y cosas «inusitadas» hubo tantas, que estos apuntes no ofrecen espacio suficiente para reseñarlas. De América había venido no sólo Walter, sino también Alfred A. Knopf, el editor y amigo, el cual se interesó de la manera más cordial por aquella fiesta y por aquel discurso —sin entender nada, pues no conocía una sola palabra de alemán.

Desde hacía mucho tiempo T. M. se sentía ligado al Schauspielhaus de Zurich por tantas veladas placenteras. Ahora aquella casa adquirió derechos especiales a su gratitud, pues hizo desfilar ante el público su obra, mediante fragmentos sabiamente escogidos, hasta el instante en que él mismo, introducido por Fritz Strich, pisó el escenario para «farfullar algo» a los presentes, después de todas aquellas pruebas de arte declamatorio que se habían sucedido. Strich, el eminente germanista e historiador de la literatura, fue también el que ahora sirvió de enlace entre los actores y sus textos de T. M., escribiendo transiciones, «viñetas» encantadoras y muy bien dibujadas, a las que puso como colofón, en forma concisa, el retrato espiritual del octogenario. También Strich era un amigo de los días de Munich, y su participación, lo mismo que la de Bruno Walter y la de Therese Giehse, fueron sin duda las principales culpables del «lapsus» que se le escapó a T. M. en su discurso de agradecimiento. Siempre, dijo a los zuriqueses, había él sabido apreciar mucho la inteligente capacidad receptora del público teatral de Munich... Y no sólo los que aquella noche estaban presentes en el Schauspielhaus, sino también muchísimos suizos y extranjeros que le escuchaban por radio tomaron a bien, en lo que nosotros sabemos, un juego que, como es notorio, era cualquier cosa menos «maligno». Munich: T. M. había tenido allí su casa durante cuarenta años, y ahora en Zurich se sentía tan en su casa, que en un instante de alegría por el presente, cargado de

evocación meditativa del pasado, las dos «ciudades-casa» se fundieron en su pensamiento, y así, al final, esto podía hacer justicia a cada una de ellas.

En la gran recepción tenida en nuestra casa para felicitarle (en la mañana del sexto día) estaban representados tanto el «este» como el «oeste» de Alemania. Walter Janka, Stephan Hermlin y el profesor Gustav Seitz comparecieron en nombre de la DDR (República Democrática Alemana); la delegación del «oeste» la formaban los senadores de asuntos culturales W. Dehnkamp (Bremen) y el doctor H. H. Biermann-Ratjen (Hamburgo), así como el ministro Arno Henning (Ministerio de Educación y Cultura Popular de Hesse).

Todos ellos portaron obsequios: el busto monumental hecho por el escultor profesor Seitz, para el que mi padre había posado (en nuestra casa de Kilchberg) a finales de otoño del año anterior, estaba ahora acabado y se levantaba, gigantesco, en medio del «edificio» de los regalos. Los delegados de la DDR presentaron, además, su edición de *Obras Completas* en doce tomos, que también acababa de concluirse y que de hecho contenía casi íntegra la obra de T. M. El senador Dehnkamp (entonces presidente del Consejo permanente de los ministros de asuntos culturales), en nombre de sus colegas de todas las regiones de «Alemania Federal», tomó la palabra para comunicar a mi padre la «Beca T. M.», suma destinada a ser distribuida, en su nombre, entre escritores de talento que lo mereciesen y lo necesitasen. Eran cincuenta mil marcos. Los Lander habían reunido tal cantidad con ese fin, y sobre su empleo había de decidir ante todo T. M. Esto era algo hermoso, y era preciso agradecerlo —constantemente había que estar dando gracias.

Los hijos y los nietos se encontraban allí reunidos y festejaron al «Mago» de manera apropiada. Los Bermann-Fischer dieron una gran recepción; los amigos suizos (Emmie Oprecht, Richard Schweizer y Georges Motschan), una cena encantadora; Knopf invitó a una comida de excepción; el teléfono no dejaba de sonar; los jarrones no bastaban para contener las flores; y entre tantos regalos, hay muchos que sólo ahora, hace muy poco tiempo, han vuelto a aparecer, sumergidos como estaban en el torbellino que en aquel momento los engulló.

Como un niño se alegraba mi padre de los regalos que recibía. Muchas veces, cuando por la noche bajaba yo a la planta baja para buscar un vaso de soda, veía brillar la luz en la biblioteca. Esta era la habitación en la que se encontraba el «edificio» de los regalos, y como el «Mago» no solía estar

nunca allí —a no ser que entrase para tomar «prestado» algún libro o para dejarlo—, yo tenía la certeza de que hasta una hora avanzada T. M. «había estado jugando con sus cosas» y al final había olvidado apagar la luz.

Lo que más le había gustado había sido el anillo —nuestro principal regalo—, que venía a satisfacer un deseo sentido por él desde mucho tiempo atrás. A mi padre le gustaba contemplar joyas transparentes —especialmente mientras trabajaba— y varias veces había dicho que le gustaría poseer un hermoso anillo, adornado con una piedra impecable, tal vez de color rojo, o no, mejor de color verde. Y así nos habíamos dedicado a buscar una piedra de ese tipo. Las esmeraldas de primera clase resultaba tan difícil encontrarlas como adquirirlas. En cambio, la turmalina que por fin compramos se encontraba dentro de nuestras posibilidades. Era un ejemplar de gran pureza, muy bien pulido, y también el anillo que aquella exornaba parecía expresamente hecho para su futuro portador.

Como he dicho, mi padre se alegró mucho, y se consumía de impaciencia hasta que marchó con mi madre a la ciudad para tomarse medidas, pues el anillo le venía un poco grande. «¿Está usted contento?», le preguntó el joyero. «Mucho —aseguró mi padre—. Y además es realmente sorprendente cómo puede formarse una piedra de éstas, que contiene tantas cosas —por ejemplo, un poco de cloro, y...» El vendedor parpadeó desconcertado. Podía notarse que no tenía ninguna idea del contenido de cloro de su turmalina y no había podido imaginar que iba a recibir tal enseñanza de parte de mi padre. Pero T. M. había «mirado en el diccionario» tan pronto como pudo decir que la piedra era suya. Quería poseerla íntegramente y penetrar de verdad aquella cosa transparente en todas sus propiedades y elementos.

El «octogésimo cumpleaños» no había agotado exageradamente a mi padre. Pero, en todo caso, los demás participantes en la fiesta parecíamos apenas menos cansados.

Las tarjetas de agradecimiento nos causaron mucho trabajo y preocupación. Ya el 7 de junio se mandaron a la imprenta las tarjetas, destinadas para la mayor parte de los que mandaban una felicitación. Su texto decía lo siguiente:

«Tengo que dar muchas gracias, demasiadas como para que me sea físicamente posible hacerlo a mano, escribiendo a cada persona en particular. En estos días en que cumplo mis ochenta años, de todo el mundo me han llegado manifestaciones de simpatía, de conmovedor interés por mi existencia, por mis esfuerzos y trabajos, en forma de cartas, telegramas,

flores magníficas y delicados regalos; su número es tan increíble, y todavía hoy inabarcable, que me turba, me avergüenza, me hace feliz y me obliga a recurrir al procedimiento sumario de estas líneas impresas para decir, a todos los que me han felicitado, mi alegría por el hecho de que me haya sido dado el ganar tantos amigos para mi vida y para mi obra, cuya imperfección conozco, para mis esfuerzos, con la palabra, en favor del bien y de la justicia.

'La benevolencia —dice Goethe—,  
la benevolencia de nuestros contemporáneos  
es la felicidad que se prueba en último lugar.'

»A todos los que reciban esta tarjeta les ruego que olviden su carácter lacónico y consideren que mi agradecimiento se dirige de manera directísima a él —o a ella.»

En la medida de lo posible se firmaron las cartas. Con frecuencia T. M. añadía algunas frases a mano a las «líneas impresas». Y además era preciso contestar con una carta personal a un gran número de amigos. Mi padre dedicó a esta labor todas las tardes que siguieron, muchas noches y en ocasiones también algunas mañanas. Sin embargo, pronto pudo verse que no se podría dar cima, ni con mucho, a tal tarea cuando —el 30 de junio— tomásemos el avión para Holanda.

Ahora, después de las fatigas pasadas, vendrían las «vacaciones», merecidas esta vez de un modo especial; y allí, en la playa de Noordwijk, se hallaría tiempo para todo —tiempo para dar las gracias y tiempo para el trabajo, para la «esperanza activa»—, pero también tiempo de aquella otra especie, profundamente familiar, tiempo de mar, sin límites ni dimensiones, en el cual, «allá lejos es igual que aquí cerca, antes es como ahora y como luego; el tiempo se anega en la infinita monotonía del espacio, el movimiento de un punto a otro punto no es ya movimiento; cuando domina la uniformidad, y cuando el movimiento no es ya movimiento, no existe el tiempo». Estas frases pertenecen a *La montaña mágica*, al capítulo titulado «Paseo sobre la arena», al que volveremos luego. Por el momento, en cambio, domina el tiempo terrestre, el tiempo distribuido de manera exactísima, el tiempo de la «llanura», que —en esta ocasión— se llama Holanda.

La actuación de mi padre en Amsterdam y en La Haya significó su contribución al «Festival de Holanda», el cual este verano presentaba —por

vez primera después de la guerra— una obra alemana (*Cábalas y amor*), sumándose también al «Año Schiller» gracias a T. M.

Para la mañana del 1.º de julio los organizadores habían preparado una conferencia de prensa en el Amstelhotel (en el que nos albergábamos, como siempre). Durante toda una hora T. M. respondió a las variadas preguntas de todo un ejército de reporteros que, por lo demás, se habían declarado dispuestos a considerar el alemán como «lengua de negociación». Esto era sorprendente. Pues, desde la época de la ocupación, predominaba en Holanda una decidida hostilidad contra todo lo alemán, una susceptibilidad a flor de piel, que podía sentirse ofendida ya con el mero sonido de nuestro idioma.

Nada de ello pudo percibirse durante la conferencia de prensa. Y en lo que se refiere a la velada, el discurso de T. M. sobre Schiller, pronunciado en el aula magna de la bella Universidad antigua, no pudo transcurrir de mejor manera, de un modo más armónico y feliz. Un público formado casi exclusivamente por holandeses siguió el discurso con tanta facilidad y buena voluntad, fue tan vivaz y agradecido en captar cada una de las más delicadas alusiones e incluso los más ligeros matices humorísticos, que se habría podido pensar que se estaba homenajeando allí, en el idioma del país, a un genio local propio muy querido. En lugar de esto, era un alemán el que ensalzaba a otro alemán, y se trataba de Schiller, el «extraño soñador» (como dice Felipe de Posa), cuyo *pathos* y cuyo apasionado intelectualismo estaban lo más lejos posible de la manera de sentir y de pensar de aquel auditorio.

Tras una introducción del profesor Dr. N. A. Donkersloot, vino luego la conferencia; y tras ella, unas breves palabras del ministro holandés de Asuntos Exteriores, el Dr. J. W. Beyen, que, en nombre de la reina, impuso al invitado una elevada distinción holandesa. La Cruz de la Orden de Orange-Nassau (en el grado de comendador), que el ministro colgó del cuello de mi padre, es una joya tan honrosa como decorativa, bellamente trabajada en oro y esmalte, y los asistentes aplaudieron con tanto entusiasmo que pasó bastante tiempo hasta que T. M. fue capaz de hablar. Entonces dijo:

«Excelencia, recibid mi emocionado agradecimiento por vuestras palabras tan amistosas, así como por el alto honor que el gobierno holandés me concede y que me llena de orgullo. Quisiera rogaros que transmitáis mi

agradecimiento también a su Majestad la Reina, pero me propongo presentárselo personalmente, si se ofrece la ocasión para ello.

»Yo no escribo en el idioma de este país, y por desgracia tampoco lo hablo. Sin embargo, recibo esta distinción de este país. Me alegro de ello no por vanidad, sino porque soy muy sensible para los símbolos y porque esta Orden será para mí símbolo de la simpatía holandesa, de una simpatía a la que correspondo de todo corazón. Desde mi juventud he amado y admirado a Holanda: no sólo su cultura, su literatura y su arte, no sólo su plácido paisaje, sino también sus cualidades morales, puramente humanas, que se pusieron especialmente de relieve cuando una Alemania horrorosamente degenerada, a la que yo quisiera denegar el nombre de Alemania, ocasionó también a los Países Bajos, precisamente a ellos, sufrimientos terribles, difíciles de olvidar. La resistencia heroica, inquebrantable, que el pueblo holandés, fielmente unido a su Casa Real, opuso entonces al mal, me entusiasmó, como entusiasmó al mundo entero. Fue un gran consuelo para nosotros, que entonces evitábamos Alemania, porque ya no era Alemania, sino tan sólo un monstruoso rostro de medusa. Ser honrado por un país que ha soportado tantos sufrimientos sin doblegar la cabeza significa un alto honor, que hasta el fin de mi vida me llenará de orgullo y de alegría.»

Esta fue la última vez que yo le oí hablar en público. ¡Y cuán fresca, cuán descansada —después de la larga conferencia— resonaba su voz! Los dos «días de reposo» en La Haya transcurrieron de cualquier modo menos de manera tranquila. A la cena y a la recepción dadas por el embajador alemán (Dr. Mühlefeld) se añadió luego —muy agradablemente— una tardía asistencia al teatro: escuchamos dos actos de *La italiana en Argel* (Rossini). Esta representación de la Scala de Milán, escenificada de manera atrevida y divertida, llevada por su joven director principal Cario María Giulini, y en la que colaboraban, por otro lado, la orquesta holandesa Residentie y el Nederlands Kamerkoor, era sin duda el espectáculo de mayor éxito del «Festival de Holanda». Hubo visitas. Representantes de la prensa extranjera deseaban ser recibidos, y hubo que visitar nuevamente algunas de las innumerables curiosidades de la amable ciudad, muy dañada, por desgracia.

Al igual que había hecho antes en Amsterdami (y siempre que la velada estaba consagrada a mi padre), yo había inspeccionado la sala, la gran iglesia en que él iba a hablar. Le di cuenta de las disposiciones técnicas que había tomado, pero no pude ocultarle que el local era mucho más ancho que largo y que, en consecuencia, era «difícil». El que, hablando en aquel lugar,

quisiera no perder de vista a su público, tendría que mover mucho la cabeza y —sin olvidar el inmóvil micrófono— volverse consecutivamente hacia la izquierda, hacia el frente y hacia la derecha. A pesar del altavoz, la acústica no parecía ser, por otro lado, óptima.

«La cosa marchará —me dijo despreocupadamente el 'Mago'—. ¡Lástima que tengas que marcharte! ¿Cuándo tomas el avión?»

Mi avión salía hacia las cuatro. Por tanto, todavía podíamos comer juntos y comentar de nuevo el proyecto para cuya activación mi padre me enviaba a Londres.

El plan no era cosa del día anterior. Lo habíamos meditado durante mucho tiempo —tanto su idea fundamental como asimismo la «manera» aproximada de llevarlo a cabo. Todo lo demás debería hacerse con el consejo y la colaboración del grupo que T. M. esperaba ganar para su empresa.

Su intención era ésta: un pequeño número de personalidades destacadas —poetas, historiadores, filósofos, gentes conocidas en la esfera humanística— dirigirían en común una llamada y una advertencia a los gobiernos y a los pueblos de la tierra. El honor de la humanidad, la justificación moral de su existencia estaban en juego con la continuación física de la especie humana —esto era lo que había que resaltar—. Si por culpa del hombre se pusiera un fin violento a la vida en la tierra, todo sería un fracaso: cualquier mérito que el hombre pudiera haber conquistado en su historia entera, y también sus obras más altas, más puras, más felizmente cercanas a lo perfecto, realizadas a través de los milenios.

«En lo más profundo de mi alma —escribe mi padre—, abrigo la sospecha de que tanto aquel 'hágase' que sacó el cosmos de la nada, como la creación de la vida a partir del ser inorgánico, tuvieron como finalidad al hombre, y que, con él, se hizo un gran ensayo, cuyo fracaso por culpa humana equivaldría al fracaso de la creación misma, a su refutación. Sea o no sea esto así, sería bueno que el hombre se comportase como si lo fuera.»

Esta era la nota dominante, o, mejor, una de las notas dominantes del proyectado manifiesto. En él, naturalmente, no bastaba con quedarse en el puro terreno de la ética. Había que incluir propuestas prácticas, más aún: era preciso colocar éstas en un primer plano; para favorecerlo habría que acudir a lo mejor, lo más bello, lo más terrible, lo más serio, lo más animador y convincente que pudiera decirse en tal circunstancia y en tal contexto. Había que elaborar un texto en prosa, tan breve como apremiante; y su finalidad era no sólo el advertir a cada individuo, a los muchos millones de individuos

a quienes aquella llamada llegase, del peligro final (desde hacía mucho tiempo estaban advertidos de él), sino que había que decidirlos a tomar una actitud, a obrar en razón de la responsabilidad que todos nosotros tenemos y cuyo carácter inabdicable quería proclamar el manifiesto.

Mi padre no ponía, desde luego, esperanzas exageradas en el éxito palpable de una empresa de este tipo. Mas aunque en apariencia no condujese a nada y no produjese ningún efecto perceptible, ¿no podría acaso ejercer su influjo silencioso sobre los espíritus? Y, admitiendo incluso que no se produjese ningún resultado, ¿no era bueno y justo, más aún: no era *necesario* el que, en esta hora del mundo, el espíritu humanista (o, al menos, una *pars pro toto* suficientemente representativa) se hiciese oír en común y adoptase una posición, la posición que estaba obligado incondicionalmente a defender?

La lista de personalidades a quienes T. M. esperaba atraer en primer término era breve. Ordenada por orden alfabético, era la siguiente: Pearl S. Buck (USA), William Faulkner (USA), E. M. Forster (Inglaterra), Hermann Hesse (Suiza), Francois Mauriac (Francia), Gabriela Mistral (Chile), lord Bertrand Russell (Inglaterra), Albert Schweitzer (Lambarene), Arnold Toynbee (Inglaterra). Faltaban todavía nombres importantes. En Alemania, Italia, España, Portugal, Holanda, los países escandinavos y otros territorios T. M. no había encontrado todavía lo que buscaba. Sin embargo, no había terminado todavía en modo alguno su búsqueda. Y, con ayuda de los primeros participantes, sin duda se encontrarían finalmente por todos lados «candidatos apropiados» también en tales países. La Unión Soviética y sus aliados tenían que quedar descartados por principio. De igual manera había que excluir también, entre los representantes de las naciones «occidentales», al elemento comunista. Era preciso que, por una vez, se hiciese un llamamiento a la paz, en la parte de acá de las fronteras «rojas», sin que ciertos campeones de la «co-catástrofe» (o como hubiera que calificar a los esforzados luchadores que combatían la «co-existencia») tuvieran motivo para decir que el llamamiento estaba ordenado, inspirado o insinuado por los comunistas, ni tampoco para colocar la palabra paz entre esas comillas mediante las cuales se puede cambiar gratuitamente cualquier concepto en su contrario.

Este era aproximadamente el plan. Preparar su realización mediante cartas nos parecía un procedimiento demasiado lento y complicado. Por ello tomé

el avión para trasladarme —en primer lugar— a Inglaterra, con el fin de ganar en lo posible para la empresa a los participantes ingleses *in spe*.

La muerte de mi padre hizo superfluo todo lo que allí conseguí o dejé de conseguir. Para seguir el orden, digamos, sin embargo, que tanto lord Russell como E. M. Forster no sólo se prestaron con alegría a colaborar, sino que además hicieron también algunas propuestas que habrían resultado útiles para el proyecto. El profesor Toynbee denegó su concurso. Sin pretender censurar en modo alguno el proyecto de T. M., pensaba que «el espíritu» no debía mezclarse en asuntos en los que —profesionalmente— no era competente y cuya responsabilidad no sería capaz de asumir en un «caso grave». ¿No era *somewhat cheap* —preguntaba el gran historiador— pretender dar consejos a los responsables prácticos sin que éstos los hubiesen pedido, o querer influir sobre ellos indirectamente (por el camino de la «opinión pública»)?

Esto resultaba decepcionante; sin embargo, en última instancia debíamos estar preparados para este o para el otro fracaso. Además, precisamente para sustituir a este «candidato» habíamos pensado ya en otro hombre. Sin disfrutar del poderoso magnetismo mediante el cual el «profesor Sabelotodo» arrastraba las almas en América, la persona en quien ahora pensábamos era en Inglaterra no menos considerada que la que nos dejaba, y disponía, como ésta, del necesario prestigio mundial.

Por lo demás, ni a él ni a ninguno de los demás había podido dirigirse todavía mi padre cuando, el 20 de julio, el médico le envió a la cama.

Durante este mes de julio el tiempo había sido excepcionalmente bueno en Noordwijk. En este sitio, donde el frío, la lluvia continua y un mar agitado y poco acogedor pueden, con mucha frecuencia, estropearle a uno el «descanso» incluso en medio del verano, un día azul venía ahora después de otro, y T. M. disfrutaba de su estancia allí con toda su alma.

Trabajaba sentado en un sillón de playa. En torno suyo los niños jugaban y gritaban construyendo sus castillos; las madres venían para echar un vistazo a sus retoños; los padres pasaban de prisa llevando hacia las olas a muchachitos que gritaban. Nada de esto molestaba al escritor. La infinitud del mar absorbía, al parecer, todo ruido «finito», y en medio de todo el tumulto de las «vacaciones» él proseguía tranquilamente su obra solitaria.

Durante las dos semanas que mis padres habían pasado ya en Noordwijk, mi padre había escrito, para el *Weser-Kurier*, de Bremen, unas palabras de introducción a *Fiorenza*. Los Kammerspiele de aquella ciudad se disponían a

representar de nuevo la obra, y T. M. accedió con gusto al ruego de la redacción. Acababa de entregar ese artículo cuando comenzó a escribir la introducción que había prometido a la Editorial Kurt Desch para su antología *Las más bellas narraciones del mundo*. Trabajaba continuamente; sólo en dos ocasiones le distrajeran del trabajo otras obligaciones. El 8 de julio mis padres asistieron en Amsterdam al estreno holandés de la película *Alteza real*, aclamada por un gran público cinematográfico, que no era específicamente «literario». Tanto en el teatro como en la calle, éste manifestó su más viva simpatía por el *Vremdeling* (el extranjero).

Poco después (el 11 de julio) tuvo lugar la visita a la reina, a que T. M. había aludido en su discurso de agradecimiento.

La audiencia se celebró en Soestdijk, la residencia de verano de la familia real, no lejos de Amsterdam. Son notorias las tradiciones democráticas de la dinastía holandesa, y, por ello, al decir «audiencia» no se debe pensar en la tiesura cortesana. Sin embargo, es evidente que la visita de mis padres a la reina Juliana fue notable —incluso dentro de las formas civiles de trato que imperan en aquella corte— por su ausencia de ceremonial, más aún: por su carácter de cordial intimidad. Durante hora y cuarto charlaron con toda animación. Se tomó café —un signo de hospitalidad que en Holanda se ofrece a cualquier hora del día y, por tanto, también entre las once y las doce de la mañana. Cuando pasados unos cincuenta minutos los invitados mostraron intención de despedirse, la reina declaró que, en lo que a ella se refería, no tenía ninguna prisa, y así la visita se prolongó un poco más. Su majestad habló de sus hijas. T. M., de sus nietos, y juntos recordaron los largos años del exilio. El príncipe Bernardo estaba ausente, por desgracia. A mis padres les hubiera gustado mucho estrechar la mano del príncipe alemán que, en circunstancias difícilísimas, había sabido conquistarse los corazones de los holandeses por su tacto, su encanto, su valor, su inteligencia y su inquebrantable lealtad.

El 18 de julio fue la primera vez que T. M. habló a mi madre de la tirantez dolorosa que sentía en la pierna izquierda, que le había «atacado» poco antes y que ahora comenzaba a molestarle. Es cierto que él no había dejado de sufrir algunas molestias reumáticas ocasionales, y por ello no concedió ninguna importancia a aquella contrariedad.

El día 20 se presentó con un poco de retraso en el comedor; pero, por lo demás, de buen humor, más aún: de un humor jovial.

«El prólogo está acabado —dijo—. Me ha gustado hacerlo, en particular el pasaje sobre Billy Budd. Pero hoy la subida (desde la playa hasta el hotel, a través de las colinas de dunas) se me ha hecho un poco amarga. Este estúpido reumatismo...»

Esto bastaba. Muy cerca de allí ofrecía sus servicios un Instituto especializado en artritis y enfermedades parecidas, y después de comer mi madre habló por teléfono con el médico. T. M. no estaba de acuerdo. El medicamento americano —un *compositum* hecho expresamente por el doctor— que en anteriores ocasiones le había venido tan bien, no podía obtenerse aquí, y, por otro lado, sin duda las molestias desaparecerían por sí solas con el tiempo.

Llegó el doctor, examinó la pierna, la encontró muy hinchada y declaró que aquello no tenía nada que ver con reumatismo. Mi padre tenía que meterse inmediatamente en cama y no levantarse hasta que el profesor de Leiden — un famoso internista, a quien había que avisar en seguida— hubiera emitido su diagnóstico. El mismo no era del todo competente en este caso; sin embargo, quería llamarle por teléfono y ponerle en antecedentes.

Poco después llamó por teléfono el profesor Mulder. «Su marido —dijo a mi madre, que estaba sentada junto al lecho— padece una trombosis.»

Fue uno de los instantes en que ella tuvo que acudir a todas las fuerzas y a todo el coraje de su corazón. Sin dejar traslucir en lo más mínimo el fuerte impacto que acababa de sufrir, dijo tranquilamente que el médico temía una flebitis y que posiblemente tendría que guardar cama durante bastante tiempo.

T. M. quedó muy deprimido; sin embargo, se consolaba pensando que el doctor no había visto todavía la pierna enferma y que, cuando la reconociese, sin duda permitiría al paciente al menos pasear un poco en su habitación y echarse en la terraza. Desde la cama no se podía ver el mar, y esto, el encontrarse enfermo y el no poder ver el mar —mientras durase la enfermedad—, le parecía injustamente duro.

Paul Citroen había anunciado que vendría hacia la hora del té. Esperaba añadir hoy uno más a una pequeña colección de esbozos de retrato que había venido haciendo de T. M. a lo largo de los años. ¿Se debía decirle al pintor que no viniera?

Mi padre no veía ningún motivo para ello. Propiamente enfermo, decía él, no se encontraba; y si Citroen quería hacer un dibujo suyo, no tenía nada que objetar, aunque estuviese en cama.

«Pero entretanto —le pidió a mi madre— dame mi hermoso anillo. Quiero ponérmelo y contemplar un poco la piedra, eso me consolará.»

Citroen llegó. El dibujo a carboncillo que hizo en esta ocasión demostró ser, con mucho, su ensayo más conseguido, en lo que respecta a este tema. Sólo el labio inferior está extrañamente torcido (hacia la derecha), como si el modelo hubiera plegado sobre él una parte del labio superior o lo mordiese. La cabeza —grave, delgada, con los ojos medio cerrados, vueltos hacia el interior— es el último retrato hecho a mi padre antes de morir y es sin duda —prescindiendo de fotografías— el mejor que poseemos.

En la mañana del día 21 tuvo lugar finalmente la visita del profesor de Leiden. Apareció en compañía de mi madre, que le esperaba fuera para indicarle que, desde el punto de vista psicológico, era aconsejable diagnosticar una «flebitis». Esto fue lo que se hizo; el médico declaró, sin embargo, que el reposo absoluto y la completa inmovilidad de la pierna eran tan imprescindibles y urgentes como el transporte cuidadoso (por ambulancia) de mi padre a una clínica —tal vez la de Leiden, que él dirigía— o a un hospital de Zurich. Sí, también existía esta última posibilidad. Tan pronto como se diluyese suficientemente la sangre, merced a un medicamento que había que administrarle de tal manera y con tal frecuencia durante los días siguientes, y se hubiera evitado el peligro de coagulación, se podía trasladar a casa al enfermo por avión —echado, como es lógico, pues no podía levantarse en absoluto, bajo ningún pretexto.

Rápidamente se decidió hacer el viaje por avión. ¡Pero qué mala suerte! ¡Todo esto parecía un rayo caído de un cielo sereno! En toda su vida T. M. no había padecido lo más mínimo de las venas. ¿De dónde le venía repentinamente esta «inflamación»? Tal vez, decía mi madre, e intentaba consolarse a sí misma, tal vez en los últimos meses había hecho demasiados esfuerzos. Todos aquellos viajes, en los que continuamente había estado de pie durante horas enteras, y acaso también el andar a pie por la arena le habían perjudicado... Así hablaba, y deseaba con toda su alma poder pensar lo que decía. Sin embargo, el profesor le había dicho, al marcharse, algo que la había aterrado. Todo podía volver a marchar bien, le había comunicado, si la trombosis fuese sólo eso, una trombosis, y no una manifestación secundaria de un mal que, aunque todavía no se podía decir cuál era, podía ser muy bien la auténtica enfermedad, la enfermedad principal y peligrosa.

Naturalmente esta observación no estaba destinada a mi padre, y éste nada supo de ella. Pero tampoco parecía preocuparle en absoluto su «flebitis», enfermedad no rara, en todo caso, en un hombre de su edad. Lo que sentía era exclusivamente aquel forzoso acortamiento de sus «vacaciones» y la imposibilidad de ver el mar desde el lecho. En lo que respecta a este último problema, se podría haber solucionado si no fuese por el veredicto del médico. Antes de la visita del profesor el enfermo había contado todavía con una cierta modesta libertad de movimiento, y por ello no se había movido la cama, cosa que ahora ya no se podía hacer, pues había que evitar todo movimiento.

El vuelo, el día 23 de julio, transcurrió normalmente.

En el Hospital Cantonal de Zurich (en la sección privada del profesor Löffler), el paciente fue tratado admirablemente, según nos aseguraron todos. También su buena constitución reaccionó al tratamiento mucho mejor de lo esperado, y al cabo de dos semanas los médicos comprobaron que, con respecto a lo normal, «nos» habíamos «adelantado» diez días en el proceso de curación.

Por mi parte, y tras el viaje a Inglaterra, yo me había recluido en una clínica de Lucerna —a causa de una dolencia de estómago y del insomnio crónico que me atormentaban desde hacía mucho tiempo. Y aunque al principio creía en la «flebitis» —mi madre me había telefoneado desde Noordwijk, desde la habitación del enfermo—, ello me había producido una profunda conmoción, y ni siquiera los estimulantes progresos que se registraban día a día podían nacerme creer en la salvación y curación de mi padre. Se da por sobreentendido que yo quise interrumpir inmediatamente mi tratamiento en la clínica. Pero, una vez más, había que disimular lo mejor posible ante mi padre mi grado de preocupación. Y como, además, él tenía interés en que yo acabase lo comenzado y me «curase» a fondo, permanecí por el momento donde estaba. El día 23, después de su llegada, hablé con él por teléfono; después marché a Zurich, con un permiso, para poder visitarle en la mañana del 24.

Su aspecto era satisfactorio; el viento y el sol le habían puesto moreno; no tenía dolores, y tampoco se quejaba de encontrarse mal. Lo único que lamentaba de la manera más profunda era el tiempo, aquellos «diez hermosos días» que habría podido pasar todavía en Noordwijk y que le habían sido arrebatados. «Me sentía tan bien, tan bien como ...—y aquí se interrumpió, para añadir por fin—: tan bien como puedo yo sentirme.» Dudó

al pronunciar la segunda mitad de la frase, sin estar completamente convencido de ella, y como si, al principio, hubiera querido decir algo distinto, algo mucho más adecuado, pero en el último instante se hubiera acordado de algo peor. A mí apenas me cabe duda alguna sobre qué era lo que dejaba sin decir y por qué lo hacía. Sólo cuando era niño, pensaba en realidad mi padre, había disfrutado del mar con tanta pasión como esta vez; y como entonces el joven, también ahora él sentía nostalgia del pasado.

«Desierto murmurante, lleno de humedad amarga, cuyo sabor salino se adhería a nuestros labios. Caminamos, caminamos sobre un suelo ligeramente elástico, sembrado de algas y de pequeñas conchas, envueltos los oídos por el viento, ese gran viento, vasto y suave, que recorre libremente el espacio, sin freno y sin malicia, y que produce un dulce aturdimiento en nuestro cerebro; seguimos andando, andando, y vemos las lenguas de espuma del mar, que empuja hacia adelante y ronca, que retrocede de nuevo y que se extiende para lamer nuestros pies. La resaca hierve; ola tras ola va a chocar con un sonido claro y sordo, rumorea como una seda sobre la arena plana, lo mismo aquí cerca que allá fuera, en los bancos de arena. Y ese rumor confuso y universal, que bordonea dulcemente, cierra nuestros oídos a toda otra voz del mundo. Profundo sentimiento de bastarse a sí mismo, de olvido consciente... Cerramos los ojos, cobijados en la eternidad.» Es el «Paseo sobre la arena», que de nuevo recordamos aquí. El hombre de cuarenta y nueve años que, lejos del mar, expresaba con tanta elocuencia ese amor apasionado, nada serio tenía que temer aún de tal amor. «El amor al mar —pudo decir— no es otra cosa que el amor a la muerte.»

¿Puede extrañar que el enfermo del Hospital Cantonal de Zurich midiese sus palabras y refrenase ya los pensamientos que tendrían a asociar esta última estancia junto al mar con la más antigua —acaso con la primera— y que, por otro lado, habían creado aquella frase acerca del «amor»?

Por el momento —esto me parecía indudable—, lo que había querido decir le había conmovido y puesto nostálgico de una manera inquietante. Y sólo cuando yo llevé la conversación por otros derroteros reposó y se serenó. Una función del circo Knie, a la que yo había asistido recientemente, me dio ocasión para hacerle reír, contándole tonterías de todo género; en conjunto, las impresiones que yo saqué de mi visita fueron más bien favorables.

Tampoco me dieron ningún motivo de inquietud las diarias conversaciones telefónicas con mi madre, una vez que volví a Lucerna. Los exámenes

realizados no permitirían concluir en modo alguno la existencia de una enfermedad secundaria, o, mejor, de la «auténtica» enfermedad, de la que la trombosis sería sólo un síntoma, «una manifestación secundaria», y si bien había sido poco oportuno someter al paciente a los esfuerzos de ciertos análisis, su estado no ofrecía, sin embargo, ningún motivo para abrigar temores del mencionado género.

¿Por qué, sin embargo, mi angustia se negaba a desaparecer? En vano me decía a mí misma que lo que me asustaba era —entre otras cosas— un simple fantasma, un engendro de mis propias fantasías. En lo que a éstas se refiere, ciertamente no se podría decir hasta qué punto eran puramente «fantásticas», o si, más bien, no eran guiadas por la «simpatía», si, de un modo oculto y subterráneo, no habían encontrado el camino que llevaba a lugares que de manera «normal» hubieran permanecido cerrados para ellas.

En efecto, catorce meses antes yo había visto morir a mi padre —durante una alucinación, la primera y única de mi vida—; y ahora yo no podía dejar de recordarla de nuevo, incesantemente, en todos sus detalles.

Entonces me encontraba yo (de hecho) en un hospital y bajo el influjo de un somnífero. Mas éste, en lugar de producir su efecto propio, causó en mí una excitación terrible, suscitando un estado tal que, hacia las dos de la madrugada, puse en conmoción a media clínica. Llenos los ojos de lágrimas, yo subía y bajaba escaleras, llamaba a gritos a los médicos y me movía con tanta rapidez y agitación que la enfermera de la guardia de noche corría aterrorizada detrás de mí, mas sin poder darme alcance ni convencerme para que volviese a mi habitación. Finalmente tuvo que despertar al médico de guardia. Este estuvo ocupado conmigo durante largo rato y luego hizo sacar de la cama a un segundo doctor; según sospecho, hizo esto no tanto porque él no pudiera haberme dominado por sí solo, sino porque le parecía que la violencia y la desesperada energía de mi alucinación eran tan fascinantes, desde el punto de vista clínico, que no quería privar a su colega de este fenómeno.

Mi padre —de eso estaba yo terriblemente segura— se hallaba agonizando. Pero como si esto no fuera bastante terrible, los médicos (no aquellos con quienes yo hablaba, sino otros doctores, bajo cuyo cuidado él se encontraba en aquel instante) parecían decididos a amputar ambas piernas al moribundo. Yo veía el cruel absurdo de este propósito; pero como no podía encontrar a los médicos, me veía obligada a rogar, a implorar a los médicos allí presentes que impidiesen aquel horror. Mi padre se moría de una

perforación, aseguraba yo sin cesar, de una perforación, y no había remedio alguno. No había nada que hacer, nada sino impedir lo proyectado, impedir en el último instante el absurdo e inútil crimen de la amputación. Mis médicos me prometieron hacer todo lo que les pedí. Pero lo que querían era saber cómo estaba yo tan bien informada.

«Se lo digo —repetía yo llorando— porque he encontrado a mi padre y porque es una perforación; sólo después de una perforación se tiene esa cara.»

Los médicos me aseguraron que yo estaba equivocada. Según ellos sabían, no había ocurrido nada.

«¿Que no ha ocurrido nada? —gritaba yo—. El se muere, ¡ay!, ¿a dónde se lo han llevado? Es una perforación, se lo juro, es una perforación mortal...»

Aquella alucinación fue de un horror indescriptible, de un terror denso y compacto, desconocido para la vida de vigilia. En ésta el hombre, aun concentrándose sobre algo difícilmente soportable, tiene siempre percepciones que no se refieren a la amenaza o a la tribulación que entonces le acongojan. En cambio, el que sueña —el que sufre una pesadilla— está totalmente entregado al horror que él mismo se ha creado, sin que le venga el menor alivio del mundo «neutral» —por ejemplo, del sentimiento de que hace calor, o sopla el viento, o de la presencia de otros seres, o de que se aproxima el fin del día o de la noche. El que sueña no sabe ni siente ninguna otra cosa más que el terror de su pesadilla. Y yo entonces no sabía ni sentía ninguna otra cosa más que ésta: él se muere. ¡Dios mío, una perforación! No le amputen las piernas; las piernas, no.

Las piernas que habían llevado por tantos lugares y con tanta fidelidad su cuerpo ligero, y una de las cuales yacía ahora, sin embargo, envuelta en compresas de alcohol, bajo el pequeño enrejado puesto para sostener el peso de la manta, en sustitución del miembro enfermo. Es cierto que no había que pensar lo más mínimo en una «amputación». Además, él se encontraba mejor cada día; casi diariamente disminuía un poco la hinchazón, y ya se hablaba de que podría levantarse, lo cual no quería decir pasar de la cama al sillón, cosa que ya había hecho varias veces, sino dar un auténtico paseo por el pasillo.

Pero aquel terror no quería apartarse de mi espíritu y ciertas impresiones y reflexiones me produjeron todavía una angustia mayor.

Así, por ejemplo, la simetría numérica en la vida de mi padre. El hecho de que hubiera venido al mundo el 6 del 6 del 75 (un domingo), en medio del

año con el que empezaba el último cuarto del siglo; el que tuviera veinticinco años cuando se publicó *Los Buddenbrook* y estuviera en los cincuenta (quiero decir, contase 49 años = 7x7) cuando acabó de escribir *La montaña mágica*; el que se le concediera el Premio Nobel a los cincuenta y cinco años y fuera a morir —según él había profetizado— a los setenta, si el *Doktor Faustus* no le hubiera conservado la vida; el que hubiera construido su casa de Munich inmediatamente antes de estallar la primera guerra mundial y la de California inmediatamente antes de la entrada de América en la segunda; el que hubiera tenido seis hijos —un grupo ordenado de manera muy simétrica, compuesto, por así decirlo, de parejas: en 1905, una niña, y un año después, un niño; en 1909, un niño, y un año más tarde, una niña; en 1918, una niña, y un año después, otro niño; el que ahora contase ochenta años, exactamente diez años más de la edad en que había pronosticado que moriría.

A esto se añadía el que el gran éxito del «Krull» no había conseguido moverle a empezar el segundo volumen; el que, en lugar de eso, hubiera dedicado su atención al teatro, a un mundo que le era extraño y que ciertamente no podía servirle como sustitutivo del hogar que para él significaba cada una de sus obras narrativas; y el que según decía mi madre— no preguntase: no preguntase ni por el progreso de la nueva edificación situada bajo la ventana de nuestro parterre, ni por Nico, ni por las pequeñas reparaciones y mejoras que, como él sabía, se estaban realizando entonces en su querida casa: las nuevas estanterías de libros en la «parte superior»; la pequeña plancha mural en su cuarto de trabajo; el paragüero especial para su «bastón de cumpleaños» (el exótico bastón con un delicado puño de marfil). Para mí tal vez lo peor y lo más inquietante era esto: el que no preguntase.

El lunes 8 de agosto dejé Lucerna y volví a casa, después de una cura que había durado lo bastante como para poder decirle a mi padre que ya había concluido.

Encontré al enfermo cambiado, en comparación con la última visita. Había adelgazado visiblemente (la falta total de apetito era uno de sus achaques, por lo demás completamente soportables) y el color moreno de su piel había dejado paso a una gran palidez, lo cual parecía bastante explicable, ciertamente, por la prolongada falta de aire libre y de movimiento. Como era previsible, se contentó con hacerme unas simples preguntas sobre mi cura. Pero su mirada, que de repente era lívida —una mirada grande y lívida que

brotaba de unos ojos gris-verde— parecía encerrar, independientemente del curso de la conversación, una pregunta, una pregunta que, sin duda, él no haría jamás y que acaso ni siquiera se formulaba expresamente, pero que yo creo que estaba en él: la pregunta por lo que pensábamos de esta enfermedad, de si podría abandonar todavía vivo esta habitación de enfermo, su habitación, la habitación —¡oh simetría final de los números!— número 111.

No es que, por otro lado, él estuviera deprimido o inactivo. Leía el libro de Alfred Einstein sobre Mozart, lo leyó con gran interés desde el comienzo hasta el final; también comenzó *The Summing Up*, de Somerset Maugham, en cuya lectura no había avanzado mucho, sin embargo, cuando de repente su estado empeoró. Escribía cartas, una de las cuales (sólo comenzada) conservamos, pues, con gran contrariedad de mi padre, la dirección del destinatario se había perdido misteriosamente. Un señor llamado Kassbaum, que durante algún tiempo había sido compañero de clase de T. M. en el «Katharineum» de Lübeck, había evocado esta circunstancia con motivo del octogésimo cumpleaños de mi padre, y éste había decidido inmediatamente agradecersele con una carta personal. No había podido hacerlo hasta ahora, pero había llevado siempre consigo, de un lado para otro, la carta de «Kassbaum». Y cuando ahora se disponía a contestarle, carta y destinatario habían desaparecido. ¿No se encontrarían acaso bajo los montones de periódicos y de revistas que diariamente se echaban a la papelera? ¿O acaso se habían extraviado por algún otro lado imposible de recordar? En cualquier caso, los datos imprescindibles habían desaparecido y el enfermo renunció por fin a continuar la carta. «Esto no se me asemeja del todo —decía preocupado—; Kassbaum, ¡*naturalmente* que me acuerdo! ¿Y qué pensará el hombre de mí?» En otros casos no había ninguna dificultad. Un copaciente desconocido del cuarto vecino le había enviado unas flores —unos lirios muy hermosos, parecidos a orquídeas—, y mi padre le dio las gracias por escrito: «Señor Konrad Kahl, en la habitación de al lado.» «Los luceros» —así llamaba T. M. a la familia de su hijo Michael— habían escrito todos desde Ischia, también y especialmente Frido, el nieto predilecto, cuyo parloteo difuso y confiado producía una tierna alegría al «abuelito». Contestó en seguida; y además escribió —precisamente aquella carta le parecía tener una «urgencia» especial— a Erich von Kahler, el viejo amigo; también escribió —para un asunto importante, pero que no corría prisa— a Werner

Weber, el redactor jefe de la página literaria de la *Neue Zürcher Zeitung*. Sentía una gran simpatía por este hombre de talento, simpático y laborioso; con todo, la auténtica finalidad de la carta —la cual, en lo material, habría podido indudablemente esperar— era contarle qué tal seguía. La última página manuscrita que queda de mi padre la posee Lavinia Mazzuccheti, su traductora italiana y editora de sus *Opera Omnia*. Con fecha de 10 de agosto T. M. le habla de algunas pequeñas molestias de salud que le aquejaban, pero añade que no tiene ninguna razón para quejarse, pues la enfermedad propiamente dicha ya estaba casi pasada.

*Estaba* casi pasada. Pensando racionalmente, y dejando de lado los imponderables que a mí personalmente me deprimían, podía —podíamos todos— estar animados.

Hubo visitas. Acudieron a verle Erich Katzenstein, el médico amigo, y Richard Schweizer. Todavía el 10 de agosto anunció que vendría el doctor Flinker (Dr. Martin Flinker), editor y director de la hermosa obra, única en su género (*Hommage de la France a Thomas Mann*), mediante la cual la Francia intelectual había rendido homenaje al octogenario.

Mi madre se pasaba cada día nueve horas junto al lecho del enfermo. Cuando éste leía o escribía, ella, por su parte, estaba silenciosamente ocupada en la habitación. Pero cuando él quería charlar u oír música, ella le entretenía de una o de otra manera. En este punto prestaba buenos servicios el tocadiscos de un amigo, que mi madre había llevado a la clínica, y una pequeña selección de discos «preferidos». Por lo demás, en este tiempo él soportaba la música tan sólo en pequeñas dosis: veinte o veinticinco minutos, y ya le sobraba.

Mis diarias visitas procuraba yo hacerlas lo más alegres posible. Sin embargo, sólo excepcionalmente conseguía hacer reír al enfermo. Y cuando le hablaba de proyectos que se realizarían en el futuro, él escuchaba como si oyera hablar de algo teóricamente interesante, pero que, en el fondo, a él no le afectase en nada.

También le conmovió poco su nombramiento para la orden «*Pour le Mérite*», que en estos días le fue notificado. Se había hablado de ello desde mucho tiempo antes; una y otra vez ciertos «enterados» le habían asegurado que esta distinción se le concedería con motivo de la conmemoración de Schiller, en Stuttgart, o lo más tarde para su cumpleaños. El hecho de que esto no ocurriera no le había decepcionado. Y, por ello, su tardía recepción, que revelaba las divergencias de todo tipo, acalladas poco antes, que había

habido entre los grados de los «caballeros», le dejó, claro está, frío e indiferente. Por lo demás, antes de morir sólo le llegó la notificación oficial, pero no la condecoración misma.

Sus días estaban contados. Cada vez se hacía mayor y más lívida la interrogativa mirada de sus ojos gris-verde. Y, sin embargo, hasta el final no esperó a sabiendas la muerte. La muerte, con la que había estado tan íntimamente ligado desde siempre y a la que tan tardíamente —«en nombre del amor y de la vida»— había despojado del poder que ejercía sobre sus ideas, la muerte, ahora que la oscura amiga se inclinaba sobre él, no reconoció sus rasgos. No la temía. Y si hubiera tenido clara conciencia de su gran proximidad, lo hubiera dicho. Al menos se lo hubiera dicho a mi madre, se habría despedido de ella, tardíamente, mientras se marchaba. El que no hiciera nada de esto demuestra la inocencia de su pensamiento, aunque no nos revele nada sobre las sospechas y preguntas que pudieran anidar en las capas más hondas de su ser.

El 10 de agosto estaba ya recuperado de una molestia de estómago que le había debilitado el día 9. Yo le encontré reanimado, y por primera vez me incliné a pensar que mis incurables temores no eran sino fantasmas de mi cerebro. Pero el día 11 volví de nuevo, profundamente inquieta, a la clínica.

«Las cosas no marchan bien —le dije, lamentándome, a mi hermano (Golo)—; no, no es nada concreto..., sólo la manera como mira; y cuando le di fuego, su mano temblaba; su mano, tan tranquila...» El 11 por la tarde, poco antes de las siete y media, sonó en casa el teléfono, cosa que, por otro lado, ocurría muy frecuentemente desde que mi padre se hallaba enfermo.

«Ella no viene a cenar —dije antes de descolgar el auricular—; ha pasado algo.»

La voz de mi madre parecía tranquila. Aquel primer paseo por el corredor, previsto para hoy por la tarde, no se había podido efectuar. Estando sentado todavía en la silla, mi padre había sufrido un pequeño (aunque inexplicable) desvanecimiento, una especie de breve desmayo. Ahora estaba acostado, y se había recuperado un poco; y, sobre todo, la tensión había vuelto a ser normal. Por el momento, sin embargo, no quería dejarlo solo; vendría más tarde, cuando él se hubiera dormido.

Por la mañana temprano mi madre preguntó por teléfono cómo había transcurrido la noche. La enfermera respondió que mi padre no estaba bien, por lo cual hoy contestaba ella y no el enfermo en persona. Este se sentía demasiado débil para coger el teléfono.

Mi madre salió inmediatamente hacia la clínica. Entre tanto mi padre había entrado en coma. Era un desplome total, del cual no habría recobrado la conciencia si los médicos —que habían acudido en seguida— no le hubieran devuelto provisionalmente a la vida empleando para ello todos los recursos de su ciencia. Es verdad que no se podía registrar ninguna mejora. Innumerables inyecciones, el suministro gota a gota, a través de las venas, de sueros tonificantes, y dos transfusiones de sangre— esto y todo lo demás que parecía adecuado para detener la consunción de las fuerzas no consiguió levantar ni siquiera pasajeramente su estado. La ciencia médica era impotente; no conseguía nada. Las dosis más fuertes no provocaron ninguna reacción; la presión arterial, que en el colapso de la mañana había descendido tanto que no se la podía medir, seguía igual; y el enfermo, aunque estaba consciente, se encontraba en un estado tan deprimido, que apenas podía comprender lo que le ocurría. Sólo sabía y comentaba que aquella era una mañana inexplicablemente horrible. Pero no le parecía desagradable el que los dos médicos y un gran número de enfermeras tuvieran que ocuparse sin cesar de él. Sólo de vez en cuando preguntaba, con los ojos cerrados, por algún preparativo. Quería saber qué es lo que ocurría mientras se introducía gota a gota en su sangre un nuevo medicamento. Con voz tranquilizadora e incluso jovial mi madre le contestaba que, como hacía tanto tiempo que no había comido, y como por el momento su estómago se encontraba un poco débil, se le inyectaba en las venas un producto alimenticio. Esto era lógico, y le vendría bien. Mi padre bajó la cabeza, con un signo de aprobación: «Seguro —dijo— y, además, no es desagradable.»

Tal como había convenido con mi madre, yo me presenté hacia mediodía. No debería quedarme en la habitación más tiempo que el de ayer o el de anteayer. Había que evitar el que una visita mía prolongada de modo extraño reforzase en su conciencia la situación ineludiblemente «anormal» a la que se enfrentaba. Yo estaba preparada para algo malo. Sin embargo, al mirarle me quedé sin respiración —y no porque lo que yo veía me resultase extraño, sino, al revés, porque lo conocía y lo *reconocía*: reconocía aquel rostro indeciblemente cambiado. ¡La perforación!, pensé; Dios mío, es la perforación.

Después toqué suavemente su brazo. «Soy yo», le dije. No abrió los ojos. «Ahora —me respondió con esfuerzo— no estoy para visitas, me encuentro muy débil.» Fue lo último que me dijo, y me conmovió tanto más

terriblemente cuanto que él creía que debía disculparse de que por el momento fuera incapaz de charlar. «Me encuentro débil», creía que tenía que decírmelo, y estaba evidentemente decidido a hacer acopio de todas sus fuerzas, que se le escapaban a cada instante, y a superar la debilidad que se había apoderado de él inexplicablemente; inexplicablemente no sólo para él y para nosotros, sino también para los médicos, que se enfrentaban impotentes a un enigma. En el pasillo me dirigí a uno de ellos, el Dr. E., el médico-jefe. «¿No lo ve usted?», dije; «se acaba; no le atormente más con sus inyecciones y transfusiones; dele algo que le alivie».

El médico sacudió su cabeza con excitación. «Yo lucho —dijo— y tengo que seguir luchando. Se trata de una vida humana en su plenitud: el hombre que llegó aquí hace tres semanas no era un anciano, y tampoco lo era el hombre que ayer por la tarde estaba sentado ahí dentro en la silla. No sabemos lo que ha ocurrido, pero tenemos que actuar, tenemos que seguir haciendo lo que podamos.»

Yo callé y, sin embargo, creía saber que los sufrimientos y las luchas de este día eran inútiles, que resultaban absurdas y vanas.

Hacia las cuatro tuvo dificultades en la respiración. Golo y yo, en el pasillo, vimos cómo introducían, rodando, en la habitación 111 la tienda de oxígeno. Hacia las cuatro y media volvió a abrirse la puerta, y una enfermera sacó de nuevo el aparato al corredor.

Mi madre se nos acercó: «Respira mejor», dijo; «y ha estado consciente durante todo el tiempo». Entre las cinco y media y las seis y media el Dr. E. le puso varias inyecciones de morfina. El estado del enfermo no dejaba resquicio alguno a la esperanza —a una esperanza con fundamento médico—, y por ello no se «arriesgaba» nada suministrándole ese alivio. En cambio, no era totalmente impensable, no estaba excluido del todo el que, merced a un agradable descanso y distensión, aquel organismo que fallaba de un modo tan enigmático pudiera recuperar de nuevo una parte de su actividad.

«Duerme», nos comunicó media hora más tarde mi madre. «No, no entréis; podríais despertarle. Antes ha estado bromeando con el médico, y ha hablado con él en francés y en inglés. Y por fin pidió las gafas y no se durmió hasta que se las puso. *Tal vez, podría ocurrir...*»

Nos fuimos. Era absurdo, decía mi madre, que pasásemos la noche en el pasillo. Nos llamaría en cuanto ocurriera algún cambio; pero, por el momento, él dormía.

Llegados a casa, no nos habíamos quitado todavía los impermeables mojados cuando sonó el teléfono.

«Tengo que comunicarle», me dijo el médico,) «que su padre acaba de fallecer».

El reloj marcaba las ocho y diez minutos.

Había fallecido mientras dormía. Los médicos habían dejado a mi madre sola con él. No se movió, ni cambió la posición del cuerpo en reposo. Tan sólo volvió, casi imperceptiblemente, la cabeza hacia un lado, y cambió la expresión, como hubiera podido hacerlo también si soñase. Su «cara de música» fue la que ahora volvió hacia mi madre, el rostro del que escucha, absorto y con gran atención, lo más familiar y lo más querido. «¿No respira un poco mejor?», preguntó mi madre al médico ayudante que entró.

El médico se inclinó sobre él.

«Un *poquito*», dijo, y salió para traer al médico-jefe. Todo había acabado.

¿Qué había ocurrido? ¿De dónde procedía este desplome, siendo así que el proceso de curación marchaba tan bien? ¿Ya qué se debía el fracaso, la absoluta ineficacia incluso de los medicamentos más enérgicos y más poderosos?

Sólo la autopsia dio respuesta a estas preguntas, aportando una solución en la que, sin duda, se habría podido pensar si el estado físico y espiritual del enfermo no hubiera parecido excluirla.

El escrito con el que el profesor Löffler nos comunicó el resultado final de sus exámenes dice así (en extracto):

«Por la presente quisiera comunicarle las comprobaciones que todavía pudimos hacer y que nos dan una explicación absolutamente concluyente de una situación tan peculiar y complicada. Por usted y su familia me alegro de que nos hayan autorizado a hacer este examen, y me alegro también por nosotros, pues ellos nos explican el porqué no sólo desde el momento del colapso, sino ya desde el primer momento, todas las medidas curativas estaban condenadas a la ineficacia, de tal modo que evitar el accidente quedaba fuera de las posibilidades médicas.

Como habíamos supuesto, las alteraciones de las venas provocadas por la inflamación, la tromboflebitis, que se presentó al parecer sin causa alguna, había comenzado a curarse. Pero la verdadera causa de la trombosis se encontraba en la grave esclerosis de las grandes arterias de la pierna; la pared arterial, que normalmente está muy próxima a la vena y que se había vuelto muy frágil, se había desgastado por aquel lugar. Este proceso había

atacado a las venas y provocado en primer lugar la trombosis. Ahora bien, las alteraciones arteriales no se detuvieron en modo alguno; la pared desgastada dejaba pasar al principio poca sangre, pero después cada vez más, hasta que por fin se formó en la arteria una pequeña grieta. Por esta pequeña abertura, no mayor que un grano de arroz, la sangre ha invadido los tejidos cercanos y poco a poco también los nervios, y en especial los tejidos del simpático, fueron quedando fuera de funcionamiento. Este proceso se ha desarrollado en el curso de unas horas, y sin duda no había finalizado todavía cuando sobrevino la muerte. El proceso transcurrió sin dolor, porque afortunadamente por allí no pasa ninguna fibra sensible. Puede decirse que esta acción equivale propiamente a una desconexión del sistema simpático. Esto explicará el porqué toda la medicación, que, en lo esencial, tiene que operar también sobre el citado sistema, tenía que resultar necesariamente ineficaz.

Y ahora, la enfermedad principal que ha provocado este acontecimiento: la arterioesclerosis de la arteria en cuestión y también de los demás vasos se había desarrollado en un grado extraordinario y, en lo esencial, sólo había dejado de atacar a las arterias del cerebro... Esto es lo mejor que se puede desear a una edad avanzada. Usted conoce sin duda la frase de Marco Aurelio: 'Es terrible que, en una vida, el alma se canse antes que el cuerpo'. Sin el accidente sobrevenido el viernes, es seguro que habrían aparecido pronto alteraciones graves en otros vasos, las cuales acaso habrían ido acompañadas de grandes dolores. Por ello, vistas las cosas médicamente, hay que decir: si un acontecimiento de este tipo tenía que sobrevenir necesariamente, ha sobrevenido de la forma más indulgente posible...»

Esto fue, pues, lo que ocurrió. Y nadie, ni siquiera en presencia del moribundo habría podido sospechar que así fue.

T. M., que ni siquiera durante su enfermedad parecía tener la edad que en realidad tenía, que parecía tan juvenilmente elástico, ágil, incluso expeditivo; cuyo lúcido espíritu era tan móvil, tan inagotablemente creador, tan interesado en tantas cosas, tan enérgico e incansable —dentro de él, en los vasos de su cuerpo, se habían ido acumulando secretamente masas calcáreas, que primero habían producido el coágulo sanguíneo en la pierna, la trombosis, y finalmente habían ocasionado la hemorragia mortal, la «perforación», el fin. Este proceso se había desarrollado de manera ininterrumpida, y parecía un milagro, una prodigiosa victoria del espíritu sobre la materia, el hecho de que la actividad y la vida del hombre en cuyo

interior se había desarrollado aquel proceso, no decreciesen y no quisieran capitular.

Si se hubiera «cuidado» y hubiera sido avaro de su persona en ese su año de cosecha y de muerte, la «perforación» habría sobrevenido igualmente; acaso antes, pues él consideraba todo «negarse» como un fallo; y por vías psíquicas, el mal le hubiese atacado también infaliblemente en lo físico, si se hubiera «rehuido».

¿Podría darnos algún consuelo, en medio de nuestro dolor, el informe del profesor? ¡Ay!, «consuelo» no lo había en ninguna parte; no era posible, no había ningún consuelo. Pero nosotros estábamos ciertos, con agradecimiento, de que la gracia se había manifestado tanto sobre esta muerte como sobre esta vida. Si hubiera permanecido a nuestro lado, ¿qué habría podido, qué habría tenido necesariamente que ocurrir? La arterieesclerosis, cuyas manifestaciones le habían perdonado, ¿no habría estallado por fin, para martirizarle, no sólo en lo físico, sino también en lo espiritual? ¿Y no le acechaba lo único que él temía, el fallo de su obra creadora —«horror impensable»?

Amado, querido Mago, la gracia te guió hasta el fin, y te alejaste en silencio de esta «verde tierra» por cuyo destino te preocupaste con tanto amor durante tanto tiempo.

Tres días estuvieron todavía allí tus restos —el cuerpo ligero, con la cabeza severa, osada, cada vez más extraña— en la sala mortuoria de la clínica. Tu anillo, el «hermoso» anillo, estaba en tu dedo. La piedra brillaba oscuramente. Te sepultamos con ella.

## **Andrés-Pedro Sánchez Pascual: Cronología y bibliografía de Thomas Mann**

### **Cronología**

Los dos escritos precedentes no abarcan el curso entero de la vida de Thomas Mann. El primero no llega más que hasta finales del año 1929, y el segundo se refiere, como su mismo título indica, al «último año», es decir, al período que va desde agosto de 1954 a agosto de 1955. Quedan fuera, por tanto, etapas tan decisivas de la vida de Thomas Mann como su lucha contra el nazismo, el exilio europeo, su estancia en Estados Unidos y los años inmediatamente posteriores a la guerra mundial. Ahora bien, precisamente estos años son imprescindibles para formarse una idea cabal de la peripecia vital de Thomas Mann.

Con el fin de completar los dos relatos anteriores damos aquí una cronología completa de su vida, en la que procuramos destacar algunos de sus contactos con España y los españoles, así como algunos datos menos conocidos o silenciados intencionadamente. Todos los párrafos entrecorridos proceden, cuando no se indica lo contrario, del mismo Thomas Mann (cartas, escritos autobiográficos, etc.).

1875

Nace en Lübeck, entonces Ciudad Libre y Han-seática, de una familia de la alta burguesía (su nombre completo es Paul Thomas). «Yo nací el domingo 6 de junio de 1875, a las doce del día. Los astros me eran propicios, según me aseguraron luego adeptos de la astrología, que me pronosticaron, basándose en mi horóscopo, una vida larga y feliz y una muerte dulce.» «No es poca ventaja haber pertenecido todavía al último cuarto del siglo xix —ese gran siglo; a los últimos momentos de la época burguesa, liberal, el haber vivido todavía ese mundo, el haber respirado esa atmósfera.»

Su padre, Thomas Johann Heinrich Mann, había nacido también en Lübeck, en 1840, y pertenecía a una familia de grandes comerciantes y burgueses de aquella Ciudad Libre. Heredó en 1863 la dirección del negocio familiar y llegó a ser cónsul de los Países Bajos (1864) y senador (1877) de la ciudad. De esta manera ejerció gran influencia en la vida pública de Lübeck. Murió relativamente joven, en 1891, a la edad de cincuenta y un años, y en su

testamento dejó ordenado que el negocio (ya bastante decaído) fuese disuelto. «Mi padre ha seguido siendo siempre para mí el modelo de mi vida.» «Como hijo que soy de comerciante, aprecio la calidad.»

Su madre, en cambio, Julia da Silva-Bruhns, había nacido el 14 de agosto de 1851 en Angra dos Reis (Brasil). Era hija de un colono alemán originario de Lübeck y de una criolla brasileña. Fue llevada a Lübeck a los siete años, en 1857, y pronto fue convertida allí del catolicismo al protestantismo. Se educó en un pensionado (luego descrito en la novela *Los Buddenbrook*), y de joven llamaba la atención por su belleza y por su tipo exótico. Ejerció gran influencia sobre la sensibilidad de su hijo Thomas Mann. «Mi madre era extraordinariamente hermosa; tenía unos rasgos indudablemente españoles —ciertos caracteres de esa raza he vuelto a encontrarlos luego en algunas famosas bailarinas; su piel tenía el color marfileño típico del sur; el perfil de su nariz era noble, y su boca era la más atractiva que he conocido.» Julia Mann tenía una hermosa voz e inició a sus hijos en la música. Sobrevivirá muchos años a su marido.

El casamiento de los padres tuvo lugar en 1869. El marido tenía veintinueve años; la esposa dieciocho. De este matrimonio nacerán cinco hijos: dos muchachas y tres chicos. El primer hijo, Heinrich (nacido el 27 de marzo de 1871 y fallecido en 1950), será un gran escritor y ejercerá un influjo decisivo en la trayectoria espiritual de su hermano Thomas. La primera hermana (y tercer fruto del matrimonio), Julia (nacida en 1877), se casará con un banquero de Munich y se suicidará en 1927. La otra hermana, Carla, nacida en 1881, eligió la carrera de actriz y, tras no obtener éxito en ella, también se suicidará, en 1910. Y, por fin, el hermano menor de los cinco, Viktor, nacido en 1890, ejercerá una carrera técnica en Munich y morirá en 1949 (poco antes de morir escribió un interesante libro de memorias familiares titulado *Eramos cinco*).

### 1875-1882

Primeros años de su infancia; recordará siempre sus juguetes y el jardín de la casa de sus abuelos: «Pienso que las experiencias de la infancia, que en general son tan decisivas para el destino vital de todo hombre, desempeñan un gran papel en toda vida de artista y proporcionan temas e impresiones a su obra... También en las autobiografías y en las novelas autobiográficas la infancia suele ser, de manera característica, la parte poéticamente más densa y más fresca.»

1882

Comienza sus estudios primarios en una escuela privada. En casa su madre lee a los hijos cuentos de Andersen y obras (escritas en dialecto de la Baja Sajonia) de Fritz Reuter. También les canta, al piano, canciones de Schubert, Schumann, Brahms, etcétera, o interpreta a Chopin. «Ella nos dedicaba las tardes que tenía libres y nos leía, bajo la lámpara de la mesa del cuarto de estar, las narraciones de Fritz Reuter... Pero todavía me gusta más recordarla cuando hacía música. Durante horas, sentado en un sofá, yo escuchaba cómo ella tocaba en el piano de cola...»

1882-1889

En esta segunda época de su infancia pasa los meses de verano en Travemünde, junto al Báltico. El amor apasionado al mar será una constante de su vida y de su obra. También aprende a tocar el violín, que no abandonará hasta 1913 ó 1914, por falta de tiempo. En casa representa, junto con sus hermanos, comedias infantiles compuestas por él mismo.

1889

Ingresa en el Instituto, el famoso y antiguo «Katharineum» de Lübeck. Fue, según propia y repetida confesión, pésimo estudiante y tuvo que repetir dos cursos. Del 14 de octubre de este año se conserva su primera carta firmada: «Th. Mann, poeta lírico-dramático.» En ella menciona ya una obra teatral suya. Su hermano Heinrich se traslada a Dresde como aprendiz de librero. Muy lejos de Lübeck, en Austria, nace Adolf Hitler, que también tendrá una influencia decisiva en su vida.

1890

En una carta de 2 de enero de este mes escribe: «Ahora leo con todo empeño las obras de Schiller, que me regalaron por Navidad.» Se celebra el centenario de la fundación de la Casa Mann. «Yo veía el gran número de los que venían a felicitarnos, veía la ciudad y el puerto llenos de banderas, y cómo mi padre sabía representar magníficamente cien años de solidez burguesa.» En Alemania, Bismarck deja de ser canciller (18 de marzo) y empieza a perfilarse el régimen personalista de Guillermo II. Heinrich Mann se incorpora, como meritorio, a la Editorial S. Fischer, de Berlín, que no publicará ninguna de sus obras, pero sí todas las de Thomas.

1891

El 13 de octubre muere el padre. Inmediatamente después la empresa familiar quedó disuelta. La viuda vendió la casa y se trasladó a vivir a un chalet de las afueras. Pero muy pronto, al año siguiente, dejó Lübeck para siempre y se trasladó a Munich, con los tres hijos menores. Munich era entonces capital del Reino de Baviera y se le llamaba la «Atenas alemana». De estos años datan algunos poemas, perdidos, dedicados a un amigo y a su primer amor adolescente. «Los poemas de mi juventud estuvieron influidos por Storm y por Heine.»

1892-1894

Tras la marcha de la madre a Munich permanece todavía dos años en Lübeck, hasta completar el «bachillerato elemental». Estos dos años de libertad contribuyen mucho a su maduración de adolescente. Aunque vive como pensionista en casa de profesores, lleva una vida un tanto bohemia. En el Instituto no trabaja nada; por su parte, los profesores simplemente le «toleran». En cambio, lee mucho y asiste a teatros y a óperas (aquí tiene su primer encuentro con la música de Wagner, decisiva para su futuro). Como dirá más tarde: «Desde siempre he amado apasionadamente la música, a la que considero, en cierto modo, como el paradigma del arte. He considerado siempre mi talento como una especie de capacidad de creación musical, y concibo la forma artística de la novela como una especie de sinfonía, como un tejido de ideas y una construcción musical. En este sentido, de mis libros es sin duda *La montaña mágica* el que más tiene el carácter de una partitura.»

1893

Publica, junto con su amigo Otto Grautoff, una revista estudiantil titulada *La tormenta de primavera*. Revista mensual de arte, literatura y filosofía. Sólo salen dos números, correspondientes a los meses de mayo y junio-julio. En ellos publica, con la firma de Paul Thomas, varios trabajos: poesías, reseña de una obra de Ibsen, polémica con un profesor acerca de Heine, así como el prólogo al número primero, en que se revela su carácter «r« voltoso» y anticonvencional de entonces.

1894

El 16 de marzo acaba el «bachillerato elemental». Deja su ciudad natal y se traslada a Munich, junto con su madre. Tiene dieciocho años. En el mes de abril se emplea provisionalmente, como meritorio, en una compañía de seguros, que dejará muy pronto. Escribe su primera novela corta, *Caída*, que se publica en una de las revistas político-literarias más conocidas de la época. Esto le proporciona cierto prestigio y le da a conocer. Por esta época se halla bajo la influencia de la literatura francesa y, en especial, de Paul Bourget.

El éxito de esta primera novela le ayuda a confirmarse en su vocación de escritor. Por ello, en otoño deja la compañía de seguros, y el 4 de noviembre se matricula de diversas asignaturas (de tipo literario e histórico) en la Escuela Técnica Superior de Munich. También ahora continúa haciendo una vida bohemia, participa en asociaciones teatrales y asiste al teatro y a conciertos. Lee sobre todo a Nietzsche.

1895

Diversos ensayos literarios, en busca de una orientación. En abril su hermano Heinrich se hace cargo en Berlín de la revista *El siglo veinte*, en la que colabora con ocho trabajos (artículos y reseñas). Estos escritos, que se distinguen por su carácter conservador, reaccionario e incluso antisemita (la atmósfera alemana de entonces), no volverá a mencionarlos en su vida. En mayo se matricula por segunda vez (semestre de verano) en la Escuela Técnica Superior. En junio, la compañía teatral de aficionados a la que pertenece estrena en Alemania *El pato silvestre*, de Ibsen; en esta obra él representa uno de los papeles principales. Aunque en adelante no se dedicará al teatro, los recuerdos de amigos y familiares coinciden en destacar su capacidad mímica. Precisamente como lector en público de obras suyas (actividad que ejercerá durante toda su vida) obtendrá grandes éxitos.

De julio a octubre realiza con su hermano Heinrich un viaje por Italia, residiendo en Roma y Palestrina. Vuelto a Alemania, sigue viviendo en Munich (en cambio, su hermano retorna casi en seguida a Italia).

1896

Escribe la novela corta *La voluntad de felicidad*, que se publica en el recién fundado *Simplicissimus*, semanario satírico en el que colaborará con frecuencia y a cuyo cuerpo de lectores y redactores pertenecerá más tarde. En junio, al cumplir veintiún años, emplea cierta cantidad de dinero que

obtiene con ese motivo para realizar su primer viaje a Viena. Más tarde dirá de esta ciudad: «Viena ha sido siempre para mí uno de los dos o tres lugares —y acaso el primero— en el que tuve el sentimiento de poseer un sitio especial, un suelo especial, un público especialmente favorable a mi obra.»

Todavía en Munich escribe algunos otros relatos, En octubre emprende su segundo viaje a Italia, donde residirá año y medio, hasta abril de 1898. El viaje lo hizo pasando por Venecia (donde estuvo tres semanas); luego fue por barco hasta Ancona y, de allí, atravesando Italia, a Nápoles. En diciembre se instala en Roma, junto con su hermano Heinrich. Durante este tiempo, lectura intensa de Nietzsche —de influencia decisiva ya para siempre—, así como de los grandes maestros franceses, rusos y escandinavos. Económicamente los dos hermanos se mantienen con una cantidad mensual que les pasa la madre, de la herencia paterna.

En diciembre envía desde Roma a la Edit. S. Fischer, de Berlín, el relato titulado *El pequeño señor Friedemann*. Esta editorial, una de las más importantes de Alemania, publicaba también la conocida revista literaria *Neue deutsche Rundschau*, en cuyo número de mayo del año siguiente fue publicado el citado relato. La editorial le invita a que envíe todo lo que tenga escrito. El encuentro con esta editorial tendrá una gran importancia en su vida de escritor, pues ella le publicará todas sus obras.

1897

Sigue viviendo en Roma. Allí compone, junto con su hermano Heinrich — que entonces quería ser pintor— un libro con ilustraciones y poesías (*Libro ilustrado para niños buenos*), que regalará a su hermana Carla. El ejemplar, único, se perdió en 1933. En la primavera el editor S. Fischer le invita a escribir una novela larga. Dispuesto a ello, al principio los dos hermanos piensan escribirla juntos (plan que luego es abandonado).

Durante el verano, que pasa en Palestrina, y teniendo ya la concepción de la obra (la historia de la decadencia de una familia de grandes comerciantes, en la que reflejará la vida de su propia familia), realiza los trabajos preparatorios. Pide informes a su madre y a sus hermanos, y se procura datos históricos, sociales e incluso culinarios. Las primeras líneas de lo que será *Los Buddenbrook* las escribe en Roma, a finales de octubre; en Roma reside todo este invierno, hasta finales de abril del año siguiente.

1898

El 10 de febrero lleva ya escrita una quinta parte de la novela, de tal modo que a su vuelta a Munich porta consigo un manuscrito bastante considerable. En la primavera la Edit. S. Fischer le publica, formando un volumen, siete narraciones cortas (es su primer libro). Por ello le paga 150 marcos. En abril deja Roma y vuelve a Munich, entre otras cosas para poder cumplir el servicio militar.

En Munich no vive con su madre, sino en pequeños pisos de soltero, situados casi todos en el famoso barrio artístico-literario de Schwabing. Gracias a la ayuda de Korfiz Holm, antiguo condiscípulo suyo de Lübeck, entra como lector en la redacción del *Simplicissimus*, lo que le pone en contacto directo con los dibujantes y escritores que trabajaban en aquella empresa o estaban cercanos a ella (Ludwig Thoma, Wedekind, Wassermann, Th. Th. Heine, Rezniczek, etc.). Todos estos autores le recordarán más tarde como un hombre tímido y retraído, «del que se decía que trabajaba en una novela».

Del 23 al 29 de noviembre de este año redacta la novela corta titulada *El armario de la ropa*, en que describe uno de los muchos apartamentos de soltero que tuvo por estos años, hasta su boda, en febrero de 1905. Aparte de su actividad en el *Simplicissimus* sigue trabajando obstinadamente en la novela *Los Buddenbrook*. Mientras la escribe tiene sobre su mesa un retrato de Tolstói.

Conoce al que será uno de sus más íntimos amigos por estos años: Kurt Martens (una de las tres o cuatro personas con que llegó a tutearse en toda su vida). La redacción de *Los Buddenbrook* sigue adelante, interrumpida por algunos trabajos menores. En septiembre, viaja a Dinamarca, pasando por Lübeck. En el relato *Tonio Kröger* (escrito algunos años más tarde) describirá este viaje, con todas sus incidencias.

Durante el otoño, en Munich, teniendo ya muy avanzada la novela, lectura apasionada de Schopenhauer: «Todavía recuerdo aquella pequeña habitación de las afueras... en que, tendido sobre un sofá, leía durante días enteros *El mundo como voluntad y como representación*. ¡Juventud solitaria e irregular, ávida de mundo y de muerte! Ella sorbía el filtro mágico de esta metafísica, cuya esencia más profunda es el erotismo, y en la cual veía yo la fuente espiritual de la música de Tristán». En el final de *Los Buddenbrook* introducirá todavía esta experiencia suya de la lectura de Schopenhauer.

A principios de este año abandona la redacción del *Simplicissimus*. En mayo concluye *Los Buddenbrook*, que envía a Berlín, al editor S. Fischer, para su publicación. El 15 de agosto el editor confirma que el manuscrito le ha llegado.

El 1º de octubre empieza su servicio militar (un año como voluntario), pero ya en diciembre es licenciado. Empieza a pensar en escribir una comedia de ambiente renacentista (en diciembre visita en Munich una exposición de reproducciones de estatuas renacentistas florentinas). También trabaja en la novela corta *Tristán*. En una carta del 29 de diciembre da las gracias a su hermano Heinrich, que desde Florencia le ha enviado una «madonna» de Murillo. «Le pondré un hermoso marco y la colocaré encima de mi mesa.» Sigue preocupado porque todavía no conoce la decisión última del editor acerca de su novela.

1901

Una vez licenciado del ejército, se incorpora de nuevo rápidamente a la vida artística, musical, teatral y literaria de Munich. Proyecta realizar un viaje a Florencia. Por este tiempo mantiene estrecha amistad con los hermanos Ehrenberg (uno pintor, y el otro, músico). En enero lee por vez primera en público obras suyas, con gran éxito. Con el fin de prepararse para la comedia que quiere escribir lee, entre otras cosas, *La cultura del Renacimiento en Italia*, de J. Burckhardt.

A finales de marzo el editor S. Fischer le confirma la publicación de *Los Buddenbrook*. «Mi procedencia familiar está minuciosamente descrita en *Los Buddenbrook*, cuya continuación autobiográfica es, por así decirlo, *Tonio Kröger*.» Viaje a Florencia y a Venecia, en mayo. En Florencia se enamora de una inglesa y está a punto de casarse con ella. Más tarde le dedicará una novela: «En recuerdo de nuestros días en Florencia.» Vuelve en junio a Munich, pero en julio y agosto emprende, junto a su hermano Heinrich, otro viaje a Tirol del Sur. En octubre aparece, en dos volúmenes, *Los Buddenbrook. Decadencia de una familia*. Esta publicación representa el giro decisivo en la vida de su autor. Tras algunas dificultades iniciales, la obra tuvo un éxito arrollador en toda Alemania (apenas existe una biblioteca familiar alemana en que no se encuentre esa obra; y todavía en 1929 el documento de concesión del Premio Nobel lo califica de «el autor de *Los Buddenbrook*»). Aparte de las consecuencias propiamente literarias, la novela hizo salir a su autor del semianonimato en que hasta entonces había

vivido y lo convirtió, a sus veintiseis años, en el escritor de quien todo el mundo hablaba. Esto lo introdujo en los salones de Munich y, en general, en la vida de la alta sociedad muniquesa, lo que tuvo grandes repercusiones en su vida personal e incluso literaria.

En noviembre y diciembre pasa una temporada junto al lago de Garda, en casa de un amigo.

1902

Durante el invierno 1901-1902 escribe poco, «pero puedo tener la conciencia tranquila, pues he llenado de anotaciones mi cuadernillo de notas». En marzo asiste, uno tras otro, a varios conciertos. En una carta pide a una amiga de su hermana Julia que le dé detalles sobre un drama amoroso ocurrido en Dresde (cuarenta y ocho años más tarde introducirá ese episodio en la novela *Doktor Faustus*). En el verano, que pasa en Munich, conoce personalmente por vez primera a su editor S. Fischer, que le habla del éxito de venta de *Los Buddenbrook* y le entrega un anticipo de 1.000 marcos. Trabaja en el relato *Tonio Kröger*, en el otoño, durante una temporada que pasa nuevamente junto al lago de Garda, lo concluye.

1903

En febrero visita en Berlín a su editor S. Fischer, que en la primavera le publica un nuevo volumen de novelas cortas con el título de Tristán. Empieza a dejarse ver en los principales salones de Munich, donde es muy bien recibido.

Durante el verano trabaja sobre todo en la obra teatral *Fiorenza*. En agosto le insinúa ya a un amigo una futura unión con un miembro de la familia Pringsheim. En octubre, sociedades literarias de Königsberg y de Berlín le invitan a dar lecturas de sus obras (lee fragmentos de *Tonio Kröger*). Durante este viaje conoce en Berlín al escritor Gerhart Hauptmann. Mantiene una interesante correspondencia con su hermano Heinrich acerca de las tres novelas de éste tituladas *Las diosas*. En carta a un amigo escribe: «¿Conoce usted esa novela? ¿Qué le parece? Yo estoy perplejo.» Concibe el plan de la novela *Alteza real*, que redactará dos años más tarde.

1904

Corteja a Katja Pringsheim. La familia Pringsheim era una familia judía, extraordinariamente rica, procedente de Silesia, cuya casa de Munich constituía uno de los más afamados salones literarios y sociales de la

ciudad. Los padres de Katja habían abandonado ya la fe judía y habían pasado al protestantismo. El padre, Alfred Pringsheim, era catedrático de matemáticas en la Universidad de Munich y, aparte de ello, ferviente wagneriano de primera hora. El 3 de octubre, compromiso matrimonial con Katja. El 2 de diciembre da en Lübeck una lectura de obras suyas.

En enero, inmediatamente antes de la boda, concluye la obra teatral *Fiorenza*. En Munich, el 11 del febrero, boda con Katja Pringsheim. Este matrimonio fue felicísimo; tendrá seis hijos y, como dirá el marido muchos años más tarde, «mientras los hombres se acuerden de mí, se acordarán también de ella (la esposa)». Esta descargó de hecho a Th. Mann de casi todos los trabajos protocolarios de un escritor, permitiéndole dedicarse íntegramente a su tarea creadora. Desde otro punto de vista, los padres de la esposa ayudaron económicamente durante muchos años al matrimonio, con lo cual éste pudo llevar una vida asegurada e incluso lujosa. La pareja se establece en Munich, y allí vivirá hasta 1933, en que se inicia su exilio fuera de Alemania. «Visto desde la perspectiva social, mi mundo propio es el de la burguesía patricia.

Tras el viaje de bodas a Suiza, sigue escribiendo. En mayo se publica en el *Simplicissimus* la novela corta *Hora difícil*. En el verano escribe el relato *De la sangre de Odín*, pequeña novela que ha estado siempre rodeada de escándalo. Se trata, en efecto, de un caso de incesto entre dos gemelos judíos, consumado después de asistir a una representación de la ópera de Wagner *La Walkiria*. Con gran osadía Th. Mann retrata en ese relato a la familia de su esposa (incluso ésta sería la hermana incestuosa). Ante los reproches familiares, prohibió publicarla (ya estaba impresa para el número de enero de 1906 de la revista *Die Neue Rundschau*). Como, sin embargo, habían circulado clandestinamente algunas copias, acabó por autorizar, en 1921, una edición privada. Pero no la incluyó en las primeras ediciones de *Obras Completas*.

El caso anterior era un ejemplo más de la polémica desatada por aquellos meses en torno suyo, acerca del derecho del artista a retratar personas reales. La alta sociedad de Lübeck se había ofendido al verse retratada en *Los Buddenbrook* (incluso en una tienda de aquella ciudad el librero regalaba, a quien comprase dos ejemplares de la obra, una lista manuscrita con la «clave» de las personas retratadas). Por otro lado, un militar llamado Bilse, que había residido en Lübeck, había escrito una obra de escándalo sobre las familias de aquella ciudad, titulada *En una pequeña guarnición*. Y

en un juicio celebrado con este motivo, un abogado incluyó a Th. Mann en sus reproches, calificando su novela de «Bilse-Literatur» (Literatura a lo Bilse). Por lo demás, en casi todas las obras de Th. Mann aparecen retratos de personajes contemporáneos, incluso con sus nombres propios, como acontece en *Doktor Faustus*; se puede recordar además los famosos retratos de Gerhart Hauptmann (bajo la figura de Mijnheer Peeperkorn) y de Georg Lukács (bajo la figura de Naphta) en *La montaña mágica*. El 9 de noviembre nace Erika, primer fruto de su matrimonio. En diciembre da conferencias en Dresde y en Breslau.

1906

En enero, conferencia en Basilea. Continúa la polémica en torno a Bilse. El se defiende con el ensayo titulado *Bilse y yo*, importante para conocer sus ideas sobre la misión del escritor. En mayo, conferencia en Dresde, seguida de unas semanas de descanso. Probablemente por esta época concibe la idea de escribir lo que luego serán las *Confesiones del estafador Felix Krull*.

Continúa trabajando en *Alteza real*, trabajo que prosigue durante el verano, que pasa en Oberammergau. El 18 de noviembre nace Klaus, su segundo hijo, que se suicidará en mayo de 1949.

1907

En mayo pasa una temporada en el Lido de Venecia. Ese mismo mes, el día 14, se estrena en Francfort su comedia *Fiorenza*, a cuya sexta representación, el día 23, asiste. Esta obra volverá a ser representada en Munich, el 17 de diciembre de ese mismo año. Su autor polemiza con el crítico teatral H. von Gumppenberg, a causa de la crítica que éste hace de la obra. En general las críticas no son muy buenas. M. Reinhardt dirigirá su representación en Berlín, el 3 de enero de 1913; también la representarán las tropas alemanas que ocupan Bruselas durante la Primera Guerra Mundial. En 1919 obtendrá un gran éxito en Viena. También se representará en Lübeck, en octubre de 1925. Th. Mann no volverá a abordar el género teatral hasta los últimos meses de su vida, en que pretende escribir una comedia titulada *La boda de Lutero*, de la que sólo quedan apuntes y esbozos.

1908

Durante este año sigue trabajando en *Alteza real*. En septiembre se empieza a construir una casa de campo en Bad Tölz, Alta Baviera, y a

finales de año visita Viena, donde lee fragmentos de *Alteza real*. Allí visita a H. von Hofmannsthal.

1909

El 13 de febrero escribe las últimas líneas de la novela *Alteza real*, que se va publicando en la revista *Die Neue Rundschau*, de enero a septiembre. Esta obra aparece en forma de libro en octubre, en la Edit. S. Fischer.

Realiza un viaje a Italia, a Livorno, junto con su hermano Heinrich. El 27 de marzo nace Golo, su tercer hijo.

En julio asiste en Bayreuth a una representación de la ópera *Parsifal*. Inicia su amistad con el famoso director teatral Max Reinhardt. Agosto y septiembre los pasa en su nueva casa de campo de Bad Tölz. Aquí trabaja en un ensayo teórico sobre el artista y el literato. Por estos años sus relaciones con su hermano Heinrich, que ya ha publicado varias obras muy importantes, se van haciendo cada vez más frías. Tiene lugar un distanciamiento interior, ya que, dada la nueva y elevada posición «social» de Thomas, éste no puede participar del criticismo incondicional de su hermano. A pesar de las intervenciones de la madre, el alejamiento es cada vez mayor.

1910

Comienza a recoger materiales para escribir las *Confesiones del estafador Felix Krull*, que «será sin duda mi obra más extraña». De hecho esta obra, comenzada en 1910, fue luego abandonada una y otra vez, para dejar paso a otros escritos. Th. Mann llevó siempre consigo el fragmento comenzado, de tal manera que cuando en 1951 —cuarenta y un años después— lo reanudó, pudo enlazar con las mismas líneas en que lo había interrumpido tantos años antes.

También inicia su correspondencia con E. Bertram, historiador de la literatura y catedrático, con el que le unirá una amistad de largos años (sobre todo durante la Primera Guerra Mundial), pero con el que romperá en 1933 a causa de diferencias políticas.

En marzo y abril, polémica con un escritor, el Dr. Lessing, el cual había atacado al crítico Samuel Lublinski (éste fue el primero en hacer una crítica favorable de *Los Buddenbrook*). Th. Mann defiende a este último. En junio nace su hija Monika, cuarto de sus hijos. Mientras pasa el verano en su casa de campo de Bad Tölz, se suicida, el 30 de julio, su hermana Carla, que había querido ser actriz. El suicidio tuvo lugar en casa de la madre y

conmovió hasta las raíces la existencia de Thomas Mann. Este verano redacta un conocido ensayo suyo: *El Fontane viejo*.

En este verano su hermano Heinrich, cada vez más radicalizado en sus opiniones políticas y literarias, publica varios ensayos, que le hacen destacarse todavía más. En el verano Thomas le dirige estas líneas: «Después de haberte escrito una larga carta, la he guardado, pues, dado el estado actual de tus nervios, te haría más daño que provecho... Tu última carta contiene muchas cosas censurables, muchas cosas que tengo que rechazar con toda firmeza.»

Vuelto a Munich, el 1 de octubre se traslada a una nueva vivienda. En noviembre da una conferencia en Weimar. Escribe algunos trabajos pequeños y continúa trabajando en las *Confesiones del estafador Felix Krull*. Este año se concede el Premio Nobel de Literatura al alemán Paul Heyse.

1911

En enero recorre varias ciudades del Ruhr y de Westfalia dando conferencias (lecturas de fragmentos de obras suyas). En mayo pasa una temporada en el Lido de Venecia, y allí concibe la idea de la novela *La muerte en Venecia*, obra que afianzará su prestigio literario. En el número de junio de la revista *Der Merker* (de Viena) publica las impresiones recibidas durante su estancia en Bayreuth en 1909, bajo el título de *Enfrentamiento con R. Wagner*. El verano lo pasa en Bad Tölz, donde comienza a escribir *La muerte en Venecia*. En septiembre su esposa tiene que hacer una cura de reposo en Suiza, en Sils Maria. En noviembre, conferencia en Bruselas.

1912

En enero, conferencias en Heidelberg, Bremen y otras ciudades alemanas. Su esposa tiene que pasar de nuevo seis meses, de marzo a septiembre de este año, en un sanatorio de Davos (Suiza), para curarse una afección pulmonar. En mayo-junio pasa un mes con su esposa en Davos, y allí recoge las impresiones que darán lugar más tarde a la novela *La montaña mágica* (Davos será precisamente el lugar donde se desarrollará esa novela).

El verano lo pasa solo, junto con sus hijos, en Bad Tölz; aquí termina de escribir *La muerte en Venecia*, que se publica ese mismo verano. En el otoño reanuda el trabajo en las *Confesiones del estafador Felix Krull* (libro segundo).

En noviembre es nombrado miembro de la Comisión de Censura de libros de Munich, cargo que dejará unos meses después, en mayo de 1913. En

diciembre asiste en Berlín a los ensayos de *Fiorenza*, que se representará en enero del año siguiente.

1913

El 3 de enero, representación de *Fiorenza* en Berlín. Críticas muy negativas (sobre todo de Alfred Kerr, el más famoso crítico teatral de entonces en Alemania). Comentario suyo, en una carta: «La escenificación es radicalmente equivocada; es lánguida, naturalista y aburrida. Los cortes son desafortunados del todo y privan de sentido a la obra.»

Este año lo pasa casi por completo, hasta el otoño, en la casa de Bad Tölz. En otoño el matrimonio compra (a nombre de la esposa) una parcela de terreno en un barrio residencial de Munich, junto al río Isar, donde se construirá una lujosa villa. En ella residirá hasta 1933, en que abandona Alemania. En marzo, da una conferencia en Basilea. Ese mismo mes deja de pertenecer a la Comisión de Censura. «No quiero que nadie diga que me he puesto de parte de la policía y en contra del espíritu y de la libertad.»

En junio pasa unas semanas de descanso en Viareggio. En julio comienza a trabajar en *La montaña mágica*, cuya redacción inicia el 9 de septiembre. A finales de año su esposa tiene que hacer una nueva cura de reposo en Merano (Tirol del Sur). El 2 de diciembre, en una carta le pide a un amigo que le informe de cuál es el precio de las reproducciones de tres cuadros de Goya y de uno de Velázquez.

1914

El 4 de enero su esposa Katja marcha a Arosa para otra cura de cinco meses. El día 5, traslado definitivo a la nueva villa, ya acabada. A finales de enero, conferencias en varias ciudades suizas. El 30 de enero lee públicamente en Munich fragmentos de *La montaña mágica*, cuya redacción había comenzado sólo cuatro meses antes.

Pasa el verano en Bad Tölz. Corren ya rumores del próximo estallido de la guerra, que llegan muy atenuados a su retiro campestre. Las diferencias políticas y literarias con su hermano Heinrich se han ido acentuando todavía más en los últimos tiempos, y aparecerán de forma clamorosa con motivo de la guerra.

El 1º de agosto Alemania declara la guerra a Rusia y a Serbia, guerra que en los días siguientes se extiende a toda Europa. El pueblo alemán es sacudido por una ola de entusiasmo patriótico. Desde su casa de campo

acude a Munich a despedir a su hermano Viktor, que marcha al frente, y se encuentra sumergido en el entusiasmo popular. Su hermano Heinrich se casa en Munich el día 12 de agosto, pero él no asiste a la boda ni quiere servirle de padrino.

El 4 de agosto Inglaterra había exigido a Alemania que respetase la neutralidad belga, garantizada por un tratado, pero Alemania invadió Bélgica. Entretanto, la mayoría de los intelectuales alemanes apoyaban la guerra. G. Hauptmann declaró en un artículo que Alemania luchaba «por la libertad y por el progreso». El 29 de agosto, al enterarse de la destrucción de Lovaina por los alemanes, Romain Rolland escribió, desde la neutral Suiza, en el *Journal de Geneve*, su famoso artículo «Au dessus de la mêlée», en que pedía a los intelectuales alemanes que condenasen la aventura militarista. La respuesta fue dura y negativa.

En agosto y primeros de septiembre redacta su artículo «Pensamientos en la guerra», escrito «para poner por lo menos mi cabeza directamente al servicio de la causa alemana». A mediados de septiembre vuelve a Munich y escribe (lo acaba en diciembre) su famoso ensayo *Federico (II) y la gran coalición de 1756*, en el que, al justificar la invasión de la neutral Sajonia por el rey Federico II, justificaba indirectamente la invasión de la neutral Bélgica por la Alemania de entonces, acto que tantas repulsas había suscitado contra esta última nación, por violar el derecho internacional. En este trabajo afirma que el rey «no está sometido al derecho, en la medida en que el derecho es una convención, el juicio de la mayoría... Su derecho es el derecho del poder ascendente».

1915

Complicaciones en la vida familiar, pues sus hijos enferman, e incluso, en junio, hay que operar varias veces a su hijo Klaus, que lucha entre la vida y la muerte. También su esposa está enferma y debe ser operada. Durante los primeros meses de este año apenas puede trabajar. A mediados de febrero lee públicamente en Munich su ensayo *Pensamientos en la guerra*. En mayo contesta a una encuesta de un periódico de Estocolmo acerca de quién ganará la guerra (en su opinión).

A comienzos de noviembre empieza a escribir las *Consideraciones de un apolítico*. Ese mismo mes su hermano Heinrich publica en la revista pacifista *Hojas blancas* su ensayo *Zola*, en que, también indirectamente, responde a la citada afirmación de su hermano con esta pregunta: «¿Qué es la fuerza si

no es derecho?» En el fondo este ensayo sobre Zola renueva el «J'acuse» lanzado por el escritor francés cuando el asunto Dreyfus. El 31 de diciembre pide a un amigo, por carta, que le preste el número de la revista *Hojas blancas* en que ha aparecido el trabajo de su hermano.

1916

A principios de enero lee el ensayo de su hermano sobre Zola. Su indignación y su amargura son enormes, pues está convencido de que contiene ataques maliciosos (aunque enmascarados) contra él, contra la base de su existencia humana y espiritual. La ruptura entre ambos hermanos es total. Su respuesta a este ensayo, en los capítulos de las *Consideraciones de un apolítico* titulados «El literario de la civilización» y «Contra el derecho y la verdad» será en extremo violenta y llegará al mismo borde de la difamación.

Todo este año lo dedica a redactar las *Consideraciones de un apolítico*. En marzo está enfermo; abril y mayo los pasa en Bad Tölz. Al devolverle, en mayo, al amigo que se lo había prestado, el ensayo de su hermano, le escribe: «Perdone los muchos subrayados a lápiz que he hecho. Comencé a borrarlos, pero con esto la cosa resultaba peor. Además, de suyo ese artículo debía llevar esos subrayados.» En agosto vuelve a estar enfermo.

1917

En enero polemiza con el escritor Kurt Hiller, que ha atacado un trabajo suyo sobre Eichendorff. La redacción de las *Consideraciones de un apolítico* sigue penosamente adelante. En junio pone en venta su casa de campo de Bad Tölz («por 80.000 marcos, todo incluido»). El 12 de junio se estrena en Munich, bajo la dirección de Bruno Walter, la ópera *Palestrina*, de Hans Pfitzner. Asiste a cinco representaciones seguidas. En agosto vende su casa de campo. En octubre, durante la convalecencia de una enfermedad, lee *Guerra y paz*, de Tolstói. En noviembre se vislumbra ya el final de las *Consideraciones de un apolítico*, y en las Navidades trabaja en el último capítulo. El 21 de diciembre publica, en un diario de Berlín, el artículo «¿Paz mundial?» En él, citando el evangelio de San Juan, dice que la filantropía universal (clara alusión a su hermano Heinrich) es sólo como «humo de sacrificios que se eleva al cielo», si entretanto «se odia al hermano». Conmovido por este final, su hermano Heinrich le escribe una carta el día 30 de diciembre ofreciéndole una reconciliación.

1918

Al enterarse de que su hermano Heinrich había llorado al leer su artículo «¿Paz mundial?», se siente conmovido. Sin embargo, el día 3 de enero contesta a la citada carta, rechazando la reconciliación: «No he sufrido y luchado durante dos años, no he abandonado mis planes más queridos, no me he condenado al enmudecimiento artístico... para ahora echarme sollozando en tus brazos... a causa de una carta dictada tan sólo por la seguridad moral y por la autojustificación. Deja que se consume la tragedia de nuestra fraternidad.»

En este mes de enero marcha a Bruselas para asistir a una representación de su comedia *Fiorenza*. Luego da conferencias, leyendo fragmentos de obras suyas en Hamburgo y en Lübeck. El 16 de marzo pone punto final a las *Consideraciones de un apolítico*, que envía a la Editorial Fischer para su publicación. Dos días después comienza a trabajar en: el «idilio» titulado *Señor y perro*, estudio de las reacciones de su perro Bauschan.

El 24 de abril nace su quinta hija, Elisabeth, que será su hija predilecta. En una carta a un amigo le dice: «Mi mujer me ha hecho el regalo de una tercera niña; además tenemos también dos muchachos, de tal manera que se podría creer que ya estamos completos. Pero, como solía decir Felipe II: 'Oh, quién sabe lo que se esconde en las profundidades de los tiempos'.»

En octubre se publica en Berlín la obra *Consideraciones de un apolítico*. Ese mismo mes termina *Señor y perro*, que se publicará en abril del año siguiente. Sublevación del pueblo en Munich (8 de noviembre) y en Berlín (día 9). Armisticio (11 de noviembre) y final de la fase armada de la Primera Guerra Mundial.

1919

La huelga general «espartaquista», en Berlín, es reducida a mediados de enero por el ejército. La revolución comunista estalla en Munich en febrero, a consecuencia del asesinato del ministro presidente de Baviera, Kurt Eisner (el discurso necrológico de éste lo pronuncia su hermano Heinrich). Durante los saqueos, su casa es rigurosamente respetada (a pesar de que en las de la vecindad se cometieron desmanes). Sin duda algunos de los escritores que formaban parte de aquel gobierno popular comunista (sobre todo Ernst Toller) dieron orden de que no se le molestase.

En marzo lee *La decadencia de Occidente*, de Spengler, sobre la que escribirá más tarde un ensayo. En Italia, ese mismo mes, Mussolini organiza los fascios. El 21 de abril nace su sexto y último hijo, Michael. Munich es reducido en mayo por las tropas prusianas; el 28 de junio se firma el tratado de Versalles. En ese mismo mes lee la novela titulada *Demian* (de H. Hesse), publicada con el pseudónimo de Emil Sinclair, interesándose por su autor: «He preguntado por él, por los años que tiene, etc.» Con Hermann Hesse le unirá luego una amistad que durará hasta el fin de su vida. Invitado por su editor S. Fischer, pasa parte del mes de julio en el norte de Alemania.

En agosto la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn le nombra doctor *honoris causa*: «Esta distinción tiene mucho valor para mí...; llevaré con orgullo este título, esforzándome en honrar, con el trabajo diario de mi pluma, a la Facultad a la que desde ahora estoy vinculado» (de la carta de agradecimiento al decano). Esa misma Facultad, por un oficio de su decano, le despojará en diciembre de 1936 del título ahora otorgado, lo que dará lugar al famoso *Intercambio de cartas con Bonn*.

En diciembre, viaja a Viena, junto con su amigo Bruno Walter, que tiene que dirigir allí algunos conciertos. Da conferencias y asiste a la representación de *Fiorenza*, que «por vez primera ha obtenido un éxito pleno y caluroso». En el otoño de este año A. Hitler se asocia en Munich al pequeño Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (partido nazi).

1920

En enero dirige una carta abierta al conde H. Keyserling, con ocasión de fundar éste en Darmstadt la «Escuela de Sabiduría». Esta carta contiene datos muy importantes sobre sus *Consideraciones de un apolítico*. Su trabajo de escritor sigue dedicado principalmente a *La montaña mágica*. En abril lee en Augsburgo fragmentos de esa obra, y en mayo publica en un diario de Zurich el primer capítulo de la misma.

Durante este año, y hasta 1923, la República de Weimar y los obreros tienen que hacer frente a la violenta reacción de los partidos nacionalistas, militaristas y conservadores. En marzo, un *putsch* reaccionario de este tipo dado por el general von Lütwitz fracasa a consecuencia de la huelga declarada inmediatamente por los sindicatos.

En el mes de mayo intenta fundar, con otros escritores, una revista titulada *Figura*, pero el plan no se lleva a efecto. Pasa el mes de agosto en Garmisch-Partenkirchen. En septiembre, de nuevo en Munich, lee la obra de Georg Brandes *La escuela romántica en Alemania*, que influirá en *La*

*montaña mágica*. En noviembre, en un viaje que dura tres semanas, pronuncia una serie de conferencias en las regiones de Renania y el Ruhr. A finales de este año, en Italia, los fascios se lanzan a la calle, oponiendo el terror fascista al terror comunista. Este año, la Editorial Calpe, de Madrid, edita, en su «Colección Contemporánea», la primera traducción de Th. Mann al castellano: *La muerte en Venecia y Tristán* (en un solo volumen, versión española de José Pérez Bances).

1921

Durante el mes de enero, larga serie de conferencias por toda la Suiza alemana. Lee, entre otras cosas, el capítulo de *La montaña mágica* titulado «El termómetro». En febrero, conferencias en Berlín, Jena, Coburgo y Weimar. En Weimar hace una visita al «viejo Lama» (la hermana de Nietzsche). En abril prepara el volumen titulado *Discurso y respuesta*, que aparecerá en noviembre y en el que recoge trabajos y ensayos de estos años. En junio oye en Munich al poeta indio Rabindranat Tagore (Premio Nobel de literatura de 1913).

Durante este año sus contactos personales con los medios conservadores (reacción, oscurantismo, antisemitismo) le decepcionan, favoreciendo su evolución espiritual desde el conservadurismo de las *Consideraciones de un apolítico* hacia la democracia, evolución que se ve facilitada asimismo por el terrorismo derechista (este año funda Hitler las SA). Esta evolución se hace claramente visible en su ensayo *Goethe y Tolstói*, comenzado a redactar en junio de este año, y que concluye a finales de agosto en Sylt, donde pasa unos días de descanso. Pronuncia por vez primera esta conferencia en Lübeck, el 4 de septiembre, en el marco de la «Semana nórdica» que allí se celebra. En este ensayo afirma que Goethe «concibió su misión nacional como una misión esencialmente civilizadora». Aquí se entrevé ya un giro total con respecto a las *Consideraciones de un apolítico*, en que, defendiendo la Kultur (alemana), rechazaba de plano la *Zivilisation*. Con todo, en una entrevista de este año confiesa: «No conozco el hambre, no lo he conocido nunca...; estoy agradecido al sistema social capitalista.»

La conferencia *Goethe y Tolstói* la pronuncia también en Berlín, Munich y Zurich. Durante la semana que con este motivo pasa en esta ciudad (mes de noviembre), acude diariamente a la Policlínica con el fin de conocer de cerca ciertos detalles médicos necesarios para la composición de *La montaña*

*mágica*. En diciembre redacta un ensayo sobre las relaciones culturales entre Francia y Alemania.

1922

En enero pronuncia la conferencia *Goethe y Tolstói* en Praga, Brünn, Viena y Budapest. En Viena conoce por vez primera a Georg Lukács, que le produce gran impresión. En el capítulo de *La montaña mágica* que escribe poco después, titulado «Todavía uno más», retrata a Lukács bajo la figura de Naphta. En este mismo mes su hermano Heinrich enferma gravemente y tiene que ser operado. Le visita en el hospital, y se produce entre ambos la reconciliación, que durará ya toda la vida. Dada su evolución espiritual, esta reconciliación era algo que no necesitaba más que una ocasión externa propicia. Esta se presentó con motivo de la enfermedad de Heinrich.

En marzo participa en la «Semana Goethe», que se celebra en Francfort. En abril lee la obra de W. Whitman (en la traducción alemana de H. Reisinger), que, según propia confesión, le impresiona grandemente y le hace ver la identidad entre humanismo y democracia. En junio comienza a escribir el discurso *Sobre la república alemana*, que representará un punto culminante en su carrera de escritor político. Este mismo mes es asesinado W. Rathenau. La inflación le causa dificultades económicas; para ayudarse, recurre, entre otras cosas, a escribir artículos para la revista *The Dial*, de Nueva York (artículos publicados en inglés con el título general de *Cartas alemanas*).

El día 15 de octubre pronuncia en Berlín, en la Sala Beethoven, su conferencia *Sobre la república alemana*, que obtiene gran resonancia. En ella intenta, en efecto, ganar para la república y para la democracia a los sectores reaccionarios de la juventud y la burguesía. «La república es nuestro destino.» Su subterránea evolución espiritual desde el fin de la guerra saltó aquí a la luz pública de una manera clamorosa, produciendo desconcierto. Desde este instante se convierte, ya hasta el final de sus días, en un «hombre político» (aparte de su carrera como novelista). Entre el autor de las *Consideraciones de un apolítico* y el defensor de la República de Weimar se daba, al menos en apariencia, una gran contradicción, lo que no dejó de ser subrayado por la prensa alemana. Los enemigos de la república le acusaron de «traidor», de «vivir en las nubes», de «oportunista»; otros hablaron, con ironía, del «Saulo Mann». A su vez, los «demócratas» se alegraron, pero sin llegar a comprenderle. Por otro lado, sus mismas réplicas

fueron confusas y no demasiado convincentes. En una palabra, como él mismo escribió, «la política le anegaba». El único que vio claro fue Ernst Robert Curtius, que escribió un magnífico artículo en el *Luxemburger Zeitung*.

En este mismo mes de octubre (día 28), «Marcha sobre Roma» de Mussolini. En noviembre Th. Mann vuelve a Munich. En diciembre asiste a una sesión de espiritismo. Con las notas recogidas en ella y en otras dos sesiones a que asiste en enero siguiente compone el ensayo *Experiencias ocultistas*, que pronunciará como conferencia en muchas ciudades, entre otras Madrid.

1923

El 11 de enero las tropas francesas ocupan la región alemana del Ruhr, para garantizar el pago por Alemania de las reparaciones de guerra. Este hecho causó gran malestar en el pueblo alemán, que, agobiado por la inflación, se inclina cada vez más hacia los grupos derechistas. En este mes pronuncia varias conferencias en Suiza. En febrero da conferencias en Dresde, Berlín y Augsburgo.

El 11 de marzo, a los setenta y tres años, muere su madre. «No creo haber estado nunca tan triste en mi vida.» Siguen sus preocupaciones económicas. Se prepara una traducción al francés (la primera de las obras suyas) de *La muerte en Venecia*.

En abril y mayo, viaje a España. Visita Barcelona, Madrid y sus alrededores, Sevilla y Granada. Luego, volviendo de nuevo por Madrid, embarca en Santander hacia Hamburgo. Durante su estancia en Madrid («lo primero que quiero ver en Madrid es el Museo del Prado») se hospeda en casa del director del Banco Alemán Transatlántico. También, los días 5 y 7 de mayo, da dos conferencias en el Colegio Alemán, a saber: *Goethe y Tolstói y Vivencias ocultistas*, «Thomas Mann hablará en alemán, pues no domina suficientemente el castellano para poder dirigirse a un auditorio amplio. Como ocurre con frecuencia a verdaderos artistas de la palabra y del estilo, no conoce a la perfección más que un idioma: el suyo» (de los periódicos madrileños de aquellos días). En el ABC del 2 de mayo se publica una entrevista con él («Hablando con Thomas Mann», firmada por Révész) en la que, entre otras cosas, dice:

«Desde mi primera juventud sentí interés enorme por el mundo ibérico en general, y por España en particular, y esto se explica por el hecho de que en mis venas corre sangre ibérica. Mi abuelo materno se casó en el Brasil con

una criolla; mi madre nació en el Brasil. Aunque mi arte sea esencialmente alemán, e influido por Wagner, en mi anhelo de perfección de la forma y de lo espiritual hay indudablemente un elemento latino. Con gran cariño he leído y vuelto a leer a los clásicos españoles. Una de mis mayores alegrías en estos últimos años la experimenté al recibir la traducción castellana de mis novelas *La muerte en Venecia* y *Tristán...*»

«En cuanto a la política interior de Alemania, creo que la República está consolidándose y que no la amenaza ningún peligro serio. La reacción nacionalista dispone de unas organizaciones militares (como las huestes de Hitler); pero no recibe alimento espiritual alguno, estando divorciada de la Alemania intelectual.»

En junio, de vuelta en Munich, habla ante los estudiantes acerca de *Espíritu y esencia de la República alemana*. En este verano, un contrato para escribir un guión cinematográfico sobre *Tristán e Isolda*, junto con su hermano Viktor, le proporciona un desahogo económico, que aprovecha para tomarse en octubre unas vacaciones en Tirol del Sur. Aquí, en Bolzano, coincide con el escritor Gerhart Hauptmann. De este encuentro sacará el personaje de Mijnher Peeperkorn de *La montaña mágica* (retrato de Hauptmann).

En noviembre, la introducción del marco-renta pone fin a la inflación alemana y estabiliza poco a poco el coste de la vida. Durante todos estos meses, a pesar de los muchos viajes y de los pequeños trabajos sueltos, la principal ocupación de Th. Mann como escritor se centra en *La montaña mágica*, que acabará en octubre del año siguiente.

En diciembre, el pintor Hermann Ebers le habla de una serie de ilustraciones suyas sobre la historia del José bíblico. Se interesa por ellas y piensa escribir una novela corta sobre aquel tema. De este pequeño núcleo saldrán luego los cuatro volúmenes del ciclo novelístico *José y sus hermanos*, obra en que trabajará durante muchos años y que no concluirá hasta el 4 de enero de 1943.

1924

A comienzos de este año su esposa tiene que hacer una nueva cura de reposo en Suiza. En febrero escribe un artículo sobre *La decadencia de Occidente*, de Spengler, que publica el 9 de marzo en un diario de Munich. Es un signo más de su evolución espiritual. Ya en 1922 había llamado a Spengler «inteligente mono de Nietzsche»; ahora califica su doctrina de «secretamente conservadora» y al autor, sencillamente, de snob. Aunque

todavía no ha concluido *La montaña mágica*, se está realizando ya una traducción al húngaro de los capítulos redactados. En marzo se interesa por esa traducción. El 10 de abril le llega la citada colección de dibujos del pintor H. Ebers; faltándole poco para terminar *La montaña mágica*, empieza ya a pensar, en escribir la novela de tema bíblico."

En el mes de mayo realiza un viaje por Holanda e Inglaterra. En Amsterdam habla sobre *Democracia y vida*. A continuación pasa una semana en Inglaterra como invitado de honor del Pen-Club. Visita Londres y Oxford. Se ha convertido en una especie de representante no oficial de la nueva Alemania democrática. Este viaje, así como los de los próximos años a París y a Varsovia, tendrán el carácter semioficial de viajes de reconciliación cultural, tras la guerra, entre los países europeos. El verano lo pasa junto al Báltico.

El 29 de septiembre, de vuelta en Munich, escribe las últimas líneas de *La montaña mágica*. En el mes de noviembre da conferencias en Stuttgart, Friburgo, Dresde, Hannover y Berlín. El 28 de noviembre aparece, en dos tomos, *La montaña mágica*, que obtiene un gran éxito editorial. Este mismo año Oskar Jancke escribe la primera tesis doctoral alemana sobre su obra. En diciembre da conferencias en Copenhague.

1925

A principios de enero redacta de nuevo, modificándolo, el ensayo *Goethe y Tolstói*, que, junto con otros varios trabajos, formará el volumen titulado *Esfuerzos*, publicado en otoño de este mismo año. También escribe un artículo político para la revista francesa *L'Europe Nouvelle*, titulado «El espíritu de Alemania y su porvenir entre la mística eslava y la latinidad occidental», así como un prólogo para *Las afinidades electivas*, de Goethe. En febrero se compra el primer coche. En el mes de marzo, invitado por la Stinnes-Linie, realiza un viaje por el Mediterráneo; visita Venecia, Cattaro, Port Said, El Cairo, Luxor, Karnak. En Egipto se documenta para su futura novela de tema bíblico. En abril, de vuelta en Munich, escribe su novela corta *Desorden y penas tempranas*, que se publica en el número de junio de la revista *Die Neue Rundschau* (número dedicado a él con motivo de cumplir cincuenta años). En mayo, junto con U. von Wilamowitz-Moellendorf, participa, como representante de Alemania, en la «Semana cultural internacional» que se celebra en Florencia. Pronuncia allí la conferencia *Goethe y Tolstói*. Después pasa una semana en El Lido de Venecia. El 6 de

junio cumple cincuenta años; con este motivo se celebran numerosos actos en su honor, tanto en Munich (días 6 y 7) como en Viena (días 8 a 11), y más tarde en Lübeck (9 y 10 de octubre). En ese mismo mes una encargada le ordena la biblioteca, «que parece un campo de nabos lleno de malas hierbas». En julio visita la escuela del Castillo de Salem, junto al lago de Constanza, donde están estudiando sus dos hijos Golo y Monika. Un alumno español, compañero de sus hijos, llama su atención a causa de su exótica belleza. Pide a su hijo Golo que le proporcione fotografías del mismo, y así este joven español (todavía vive) servirá de modelo para la figura del joven José en *José y sus hermanos*.

En agosto termina de escribir un ensayo sobre el matrimonio, titulado *El matrimonio en transición*, para un libro sobre ese tema editado por el conde Keyserling. Ese mismo mes asiste durante diez días a los Festivales de Salzburgo. En el otoño, tras los actos celebrados en su honor en Lübeck, donde se representa *Fiorenza*, y de posar en Berlín para el pintor Max Liebermann (el editor S. Fischer quiere tener un buen grabado suyo para insertarlo en las *Obras Completas* que le está editando), vuelve a Munich y empieza a trabajar en el ciclo novelístico *José y sus hermanos*.

1926

En enero de este año visita París, invitado por la Fundación Carnegie. Antes pronuncia conferencias en Heidelberg, Colonia, Marburgo y Maguncia. En París conoce a las más destacadas figuras de la cultura francesa y pronuncia una conferencia sobre *Las tendencias espirituales de la Alemania actual*. De su visita a París lleva un diario que luego publicará con el título de *Balance parisiense*. Entre otras anotaciones de este diario se encuentran la siguiente: «23 de enero... ¿Cómo nos pusimos a hablar de España? El embajador (de Austria en París) la conocía y estaba entusiasmado con ella. ¡Castilla! El verdadero núcleo de España está en los alrededores de Madrid, El Escorial, Toledo, Segovia...» Los nacionalistas alemanes toman ocasión de este viaje para atacarle duramente.

En mayo pasa unas semanas de descanso en Arosa, donde redacta el escrito *Lübeck como forma de vida espiritual*, con vistas a los actos que se celebrarán en junio en Lübeck con motivo del séptimo centenario de la fundación de la ciudad. El 4 de junio se representa en Lübeck *Fiorenza*, y el día 5 lee, en un solemne acto, la citada conferencia. El Senado de la ciudad

le otorga el título de «profesor». Desde ahora llevará con mucho placer ese título y le gustará que, en casa, se le llame «Señor profesor».

En el verano sigue trabajando en los preparativos de *José y sus hermanos*. En septiembre pasa dos semanas en Italia, en Forte dei Marmi. De una experiencia tenida en este viaje sacará luego el tema de la novela *Mario y el mago*. En octubre va a Berlín, donde tiene lugar una sesión de la recién fundada «Sección de Literatura» de la Academia Prusiana de las Artes. El ministro Becher le había elegido para pertenecer a dicha Sección, y él, junto con otros cuantos «electores primarios», debía escoger otros 21 miembros. El 18 de noviembre tuvo lugar una solemne sesión, presidida por el ministro, en la cual habló. El 24 de noviembre habla en Munich en un acto organizado por la «Academia Alemana», de la cual es nombrado senador. El día 30 interviene en un acto sobre el tema «¿Seguirá siendo Munich un centro cultural?», que «fue un discurso contra los reaccionarios de Munich». En diciembre, conferencias en Heidelberg y Colonia. Ese mismo mes escribe la conocida introducción del ciclo novelístico *José y sus hermanos*, titulada «Viaje al infierno».

1927

A principios de este año escribe, como contestación a una encuesta, *Palabras a la juventud*, que se publica en una revista de Berlín; se trata, una vez más, de un artículo político invitando a luchar contra el partido de los hombres «carentes de espíritu». En marzo se celebra en Berlín una sesión de la Academia, y en ella se lee la protesta de su hermano Heinrich contra la ley de censura que se preparaba. A continuación, viaje a Varsovia, de carácter parecido a los realizados en años anteriores a Londres y París. Sigue siendo el «embajador cultural» de la República de Weimar.

En mayo, conferencias en Essen y Heidelberg (lee fragmentos de *Desorden y penas tempranas*). En ese mismo mes, polémica con Stefan Grossmann, acerca de la colección «Novelas del mundo». Dada su destacada actuación política en apoyo de la República, sus enemigos aprovechan cualquier motivo para atacarlo. Pasa el verano en Sylt. En octubre, sus dos hijos mayores emprenden un viaje alrededor del mundo. En diciembre da una serie de conferencias en varias ciudades del Ruhr.

1928

Sigue trabajando en *José y sus hermanos*. El avance de los nazis le hace radicalizar sus posiciones y enfrentarse cada vez más a ellos. En febrero de este año polemiza acremente con la prensa nacionalsocialista de Berlín, que había atacado nuevamente su relación con Francia, con motivo de unas declaraciones suyas hechas a la revista «Comedia», de París. En marzo inicia una nueva polémica, también muy violenta, con el Dr. Arthur Hübscher. Motivo de ella fue el hecho de que el texto de las *Consideraciones de un apolítico* recogido en la edición de sus *Obras Completas* que por aquellos años estaba realizando el editor S. Fischer, había sido algo modificado con respecto a la primera versión, sin que se hiciera la menor advertencia de tales supresiones y retoques. El Dr. Hübscher publicó dos artículos, «Las modificadas *Consideraciones de un apolítico*» y «La metamorfosis de las *Consideraciones de un apolítico*», en que le acusaba de traidor, de oportunista, de acomodar sus ideas a la política triunfante e incluso de engañar a los lectores, pues el que comprase el «antidemocrático libro de Thomas Mann» se encontraba con una «reelaboración democrática» del mismo. La defensa de parte suya no es convincente del todo, pues las supresiones del texto se basaban sobre todo en razones de tacto y de delicadeza, dada la reconciliación con su hermano, por lo que la polémica se reanudará más tarde. En abril, viaje en automóvil por diversas ciudades de Suiza y del sur de Francia.

En junio y agosto se reanuda la polémica con el Dr. Hübscher, que publica cinco cartas privadas que Th. Mann le había dirigido. Este protesta de tal abuso y sigue diciendo que sus ideas no han cambiado, sino la época, y que la interpretación reaccionaria y conservadora de las *Consideraciones de un apolítico* no captaba su verdadera intención. El ambiente hostil de ciertos círculos frente a él se pone de manifiesto en estas palabras escritas el 8 de junio por el diario *El nacionalsocialista*: «A un futuro Estado popular no le queda otro medio de limpieza que el siguiente: deportar al extranjero a todos éstos que nos ensucian la casa» (palabras que son realmente una profecía).

Durante el verano sigue trabajando en *José y sus hermanos*. En otoño visita, dando conferencias, varias ciudades austríacas, suizas y alemanas: Viena, Basilea, Lucerna, Duisburgo, Colonia, Hamburgo, Lübeck.  
y bibliografía de Thomas Mann 191

El 21 de enero se celebra en Berlín, en la Academia Prusiana de las Artes, un homenaje a Lessing, en el que pronuncia un discurso. En abril interrumpe el trabajo en *José y sus hermanos* para escribir un ensayo sobre Freud, *El puesto de Freud en la historia de la cultura moderna*, que lee el 16 de mayo en Munich, invitado por el Club de Estudiantes Demócratas. En julio escribe su *Discurso sobre el teatro*, con el que inaugura, el día 20 de julio, los Festivales de Heidelberg. En agosto escribe la novela corta *Mario y el mago*. El día 29 de ese mes, conferencia en Königsberg, leyendo fragmentos de su novela bíblica. Se compra en Nidden un terreno para construirse allí una casa de verano.

El 12 de noviembre se le otorga el Premio Nobel de Literatura. En los días siguientes se celebran muchos actos en su honor. En noviembre recorre Renania dando conferencias. El 7 de diciembre da una conferencia también en Berlín. El día 9 llega a Estocolmo, y el día 10 recibe el Premio Nobel, junto a los demás galardonados. El diploma que se le entrega contiene este texto: «Thomas Mann, Premio Nobel de Literatura del año 1929, en especial por su gran novela *Los Buddenbrook*, que, en el curso de los años, ha obtenido un reconocimiento cada vez más firme, como una obra clásica de nuestro tiempo.» En el discurso que pronuncia después de la entrega dice: «El honor que se me ha otorgado lo deposito a los pies de mi pueblo, pues ese pueblo no siempre ha sido comprendido de manera correcta y plena.»

1930

En enero pasa unos días en Ettal, donde redacta el escrito autobiográfico *Relato de mi vida* (publicado en este volumen). El 11 de febrero, bodas de plata matrimoniales. A continuación emprende con su esposa un viaje de dos meses por Egipto y Palestina; visita Nubia, Asuán, Luxor, El Cairo, Jerusalén, etc. El viaje de vuelta lo hace por Italia. En mayo interviene en Berlín en el Congreso Paneuropeo, donde pronuncia su conferencia *Los árboles en el jardín*. En junio participa en La Haya en el Congreso Internacional del Pen-Club. El verano lo pasa en su casa de Nidden.

En septiembre, de nuevo en La Haya, participa en el Congreso del Rotary-Club y pronuncia la conferencia *La situación espiritual del escritor en nuestro tiempo*. En las elecciones celebradas este mes en Alemania los nacionalsocialistas obtienen un gran avance en número de votos. Su actitud frente a Hitler le lleva a enfrentarse cada vez más con algunos antiguos amigos, entre otros con E. Bertram.

De vuelta en Munich, redacta un ensayo sobre el poeta Platen, que presenta en Ansbach, en forma de conferencia, el día 4 de octubre. En este mismo mes aparece el volumen *La exigencia del día* (colección de discursos y artículos de los años 1925 a 1929). El día 17 de octubre pronuncia en Berlín su famosa conferencia *Un llamamiento a la razón*. En el momento en que exhortaba a la burguesía alemana a aliarse con las organizaciones obreras y con la democracia para enfrentarse al peligro nazi, un grupo de éstos, que asistía a la conferencia, provocó un escándalo, intentando interrumpirla. La conferencia llegó a su término, pero al final el conferenciante se vio obligado a escapar por una salida reservada. Su amigo el director de orquesta Bruno Walter le guió por el oscuro salón de la Filarmónica de Berlín, llevándole hasta una salida secreta, junto a la que había dejado su coche, y poniéndole a salvo de esta manera. A finales de este mes concluye *Las historias de Jacob*, volumen primero del ciclo novelístico de tema bíblico titulado *José y sus hermanos*. El editor S. Fischer le invita a que escriba un libro sobre Goethe para el año 1932 (centenario de la muerte del escritor). Pero al final abandona ese plan.

1931

Continúa trabajando en la novela bíblica. En enero-febrero pasa unas semanas de descanso en Suiza. El 27 de marzo su hermano Heinrich cumple sesenta años. La Academia Prusiana de las Artes celebra un acto en su honor. Interviene en él con una conferencia sobre *El oficio del escritor alemán en nuestro tiempo*. Las organizaciones nazis siguen hostigándole. Recibe amenazas por carta y por teléfono.

En mayo, viaje a París, invitado por el editor Fayard, con motivo de publicarse la traducción francesa de *La montaña mágica*; da una conferencia en el Instituto Germánico de la Sorbona, *El puesto de Freud en la historia de la cultura moderna*. Conoce personalmente a A. Gide. En junio da una conferencia en Erlangen, que repite luego en Munich, sobre *Europa como comunidad de cultura*.

A comienzos de julio André Gide visita Munich y asiste a una conferencia de Th. Mann en la Universidad. Este le acompaña en algunas excursiones turísticas. Del 6 al 9 de este mes asiste en Ginebra a las sesiones del «Comité Permanente de las Artes y las Letras». Pasa el verano en Nidden. Desde allí, el 21 de agosto, escribe un artículo de protesta contra la interpretación que se da en Francia a su novela *De la estirpe de Odín*,

recientemente traducida al francés. En septiembre da conferencias en Königsberg y Lübeck.

1932

Año del primer centenario de la muerte de Goethe. La crisis económica, social y política de Alemania alcanza sus momentos más graves, lo que facilita el avance nacionalsocialista. En febrero pasa unas semanas de descanso en Suiza y trabaja en sus aportaciones al Año Goethe. Estas serán las conferencias *Goethe como representante de la época burguesa* y *La carrera de Goethe como escritor*, que pronuncia, durante el mes de marzo, en varias ciudades: Praga, Viena, Berlín y Weimar. En Viena se pronuncia, en una entrevista, en contra de Hitler y su nefasta influencia sobre Alemania. En Weimar se le hace entrega de la «Medalla Goethe».

En el mes de mayo asiste en Francfort al Congreso del «Comité Permanente de las Artes y las Letras» y habla sobre Goethe y Alemania. El 14 de mayo pronuncia un discurso al inaugurarse la ampliación del Museo Goethe. En junio habla en Munich también sobre Goethe y concluye el segundo volumen (titulado *El joven José*) de su novela bíblica.

El verano lo pasa en Nidden. Allí recibe un paquete que contiene un ejemplar calcinado de *Los Buddenbrook*. Continúa trabajando en el tercer volumen de su novela bíblica, aunque la evolución política del país le preocupa cada vez más y no le permite la tranquilidad necesaria. El 31 de julio los nazis obtienen un gran triunfo en las elecciones. El 8 de agosto publica, en un diario de Berlín, una dura crítica de los desafueros cometidos por los nacionalsocialistas en Königsberg durante las elecciones.

Vuelve a Munich en septiembre; aquí redacta la conferencia que, el 22 de octubre, pronunciará en Viena ante trabajadores socialistas: «Es la primera vez que yo, escritor de origen burgués, hablo ante un público de obreros socialistas. Esta situación no es típica sólo de la época que trae esto consigo, sino que me parece que representa un momento decisivo en mi vida personal y en mi evolución espiritual.» Su posición antinazi se va radicalizando cada vez más. El y su familia se han convertido en un enemigo público del nazismo. En el mes de diciembre prepara una conferencia sobre Wagner que tendrá una gran importancia en su vida.

1933

El 1º de enero su hija Erika inaugura en Munich el cabaret literario y político titulado «El molino de pimienta», un arma más de lucha contra los nazis. Estos procuran impedir sus representaciones. En este mes redacta un escrito (*Adhesión al socialismo*) destinado a ser leído en un acto organizado en Berlín por la «Liga cultural socialista». Pero ese acto, previsto para el 19 de febrero, no llegará a celebrarse. El 30 de enero Hindenburg nombra a Hitler canciller de Alemania.

El 10 de febrero pronuncia, en el Auditorio Máximo de la Universidad de Munich, su conferencia *Sufrimiento y grandeza de R. Wagner*. Será su último acto público y su último día de estancia en Alemania hasta el 23 de julio de 1949, dieciséis años más tarde. En esa conferencia pone de relieve el abuso que el nacionalsocialismo estaba cometiendo con Wagner. La conferencia tuvo un gran éxito. Al día siguiente sale de Alemania y pronuncia esa misma conferencia en Amsterdam, Bruselas y París, y a continuación pasa unos días de descanso en Arosa (Suiza). «Mi viaje, el 11 de febrero de 1933, para dar unas conferencias en el extranjero fue un viaje que yo emprendí, igual que tantos otros, con un equipaje ligero, sin sospechar ni tener la menor idea de lo que iba a significar. Un cúmulo de circunstancias me cerró el retorno.»

Por Alemania se extiende una ola de terror. La campaña de difamación contra él y su familia se hace cada vez más intensa. El 15 de febrero su hermano Heinrich es expulsado de la Academia Prusiana de las Artes «por motivos políticos». Sus hijos Erika y Klaus, que vuelven a mediados de marzo a Munich, le avisan telefónicamente desde allí para que no vuelva a Alemania, pues su vida corre peligro. Entre otras cosas, durante los últimos años el chófer de la familia había actuado en su propio hogar como espía de los nazis. Deja de pertenecer también él a la Academia Prusiana de las Artes de Berlín y de ser presidente de la Asociación protectora de los escritores alemanes. Sigue residiendo en Suiza, a la expectativa.

El 16 de abril, dos meses después de su conferencia sobre Wagner, un diario de Munich publica, firmada por más de cincuenta intelectuales, una «Protesta de Munich, ciudad wagneriana», contra la citada conferencia. El ver entre los firmantes de esta «Protesta» a antiguos amigos suyos, que incluso habían asistido, aplaudiéndole, a su conferencia sobre Wagner, le llena de amargura. Como el ambiente alemán se le hace irrespirable, decide permanecer por el momento fuera de Alemania. En marzo dice, en una carta a su hermano Viktor: «No me doblegaré jamás ante la barbarie nazi. Prefiero morir en el exilio a pactar con ella.» Su casa de Munich es confiscada, lo

mismo que todo su capital (entre ello, el dinero recibido con el Premio Nobel). Al salir de Munich en febrero había dejado allí todos sus manuscritos y su biblioteca, lo que le imposibilita el seguir trabajando. En abril, su bibliotecaria, Ida Herz, consigue mandarle a Suiza la parte más importante de la biblioteca, enviándola a una dirección camuflada. En mayo su hija Erika salva personalmente en Munich (empleando una vieja llave para penetrar de noche en la casa confiscada) los manuscritos de sus obras, entre ellos los de la novela bíblica, aún inéditos.

En agosto el periódico oficial *Reichsanzeiger*, en su primera lista, despoja de la ciudadanía alemana a su hermano Heinrich. En posteriores listas aparecerán sus hijos Erika y Klaus, y en 1936 le tocará el turno a él, junto con su esposa y sus hijos pequeños.

Después de residir provisionalmente en varios lugares, en otoño alquila una casa en Küsnacht, cerca de Zurich. Su hijo Golo, que estudiaba en Munich, interrumpe sus estudios antes del examen final y marcha a Francia. El 10 de octubre se publica en Berlín *Las historias de Jacob*; las críticas de la prensa alemana sobre esta novela son bastante negativas. Su alejamiento de Alemania es cada vez mayor y tiene que romper con antiguos amigos que se han sometido al nazismo. Sin embargo, por el momento evita romper de manera pública con el Régimen, a fin de no perjudicar la difusión de sus libros dentro de Alemania.

1934

El 1º de enero se abre en Zurich el cabaret «El molino de pimienta» de su hija Erika, prohibido en Alemania. A finales de ese mes y comienzos de febrero da conferencias en nueve ciudades de Suiza. En marzo, durante una estancia de descanso en Arosa, lee *Don Quijote*. En abril aparece en Berlín *El joven José*, segundo volumen del ciclo *José y sus hermanos*. Ese mismo mes dirige una carta al ministerio del Interior del Reich, solicitando que se le prolongue el pasaporte y que se levante la confiscación de su casa, muebles, biblioteca, capital, etc. Después de la guerra esta carta dará origen a una campaña de difamación contra él.

Del 17 de mayo al 18 de junio, primer viaje a Estados Unidos, invitado por el editor Alfred A. Knopf, con ocasión de publicarse la traducción americana de *Las historias de Jacob*. Durante la travesía lee *Don Quijote*. Con las notas recogidas durante esa lectura escribirá en septiembre de este mismo año el ensayo titulado *A bordo con Don Quijote*. La *Revista de Occidente*, de

Ortega y Gasset, publicará una traducción de esa obra muy pronto, en los meses de abril y mayo del año siguiente.

Durante su estancia en Norteamérica se celebran diversos actos en su honor y da una conferencia en la Universidad de Yale. El 18 de junio está ya de vuelta en su casa suiza de Küsnacht.

El 2 de agosto muere Hindenburg y Hitler acumula, a más del cargo de canciller, el de presidente del Reich. Dictadura nazi en Alemania. Proyecta escribir un libro sobre su patria y piensa que «mi silencio expectante está durando ya más de lo debido». El 15 de octubre muere el editor S. Fischer, que había editado la totalidad de su producción. «Una parte de mi vida desaparece con la muerte de ese hombre.» Los viajes y las preocupaciones políticas dificultan su trabajo de escritor, pero en noviembre, después de prolongada interrupción, reanuda la redacción del tercer volumen de su novela bíblica.

1935

Durante el mes de enero pronuncia en Praga, Viena y Budapest su ya famosa conferencia sobre Wagner. Se agrava el problema de la edición de sus obras, pues la editorial S. Fischer (judía) encuentra cada vez más dificultades en Alemania. Además le resulta casi imposible pagar a sus autores que residen en el extranjero. El 28 de marzo aparece en Berlín el volumen de ensayos *Sufrimiento y grandeza de los maestros*. Será su último libro editado en Alemania hasta 1946.

En la primavera se siente enfermo, agotado y sin ánimos de trabajar. El 26 de mayo se celebra en Zurich un acto en su honor, para festejar el inmediato cumplimiento de sus sesenta años. En junio su hija Erika es despojada de la ciudadanía alemana.

En junio y julio de este año, segundo viaje a Norteamérica. El 20 de junio recibe en la Universidad de Harvard el título de doctor *honoris causa*, junto con Albert Einstein. El presidente Roosevelt le invita a comer en la Casa Blanca. Comienza a afianzarse su prestigio en Estados Unidos. De vuelta a Europa, sigue trabajando en la novela *José en Egipto*, tercer volumen de *José y sus hermanos*. En el mes de agosto asiste a los Festivales de Salzburgo. Durante el otoño apoya la candidatura de Carl von Ossietzky para el Premio Nobel de la Paz. Lee *A la busca del tiempo perdido*, de Proust. Por esta época se acentúan cada vez más sus inclinaciones socialistas.

1936

En enero la editorial S. Fischer se traslada a Viena (más tarde tendrá que hacerlo a Amsterdam y luego a Estocolmo). En ella se seguirán publicando sus obras. El 3 de febrero, en una polémica periodística, se adhiere a la emigración y rompe de manera pública y definitiva con el régimen nazi. Este gesto suyo tiene inmensa resonancia. En carta a su amigo H. Hesse le dice que lo ha hecho «para que queden claras mis relaciones con el Tercer Reich y por una necesidad espiritual».

Durante la primavera trabaja en la conferencia *Freud y el futuro*, para el ochenta cumpleaños del fundador del psicoanálisis. El 8 de mayo pronuncia en Viena la citada conferencia. Luego marcha a Budapest, al Congreso del Comité Permanente de las Artes y las Letras. El 18 de julio estalla en España la guerra civil, que le preocupa. En ese mismo mes concluye el tercer volumen del ciclo *José y sus hermanos (José en Egipto)*, que aparecerá en Viena en el mes de octubre. A continuación realiza un viaje por el sur de Francia. En el otoño, de nuevo en su casa de Küsnacht, comienza a escribir la novela de tema goetheano *Carlota en Weimar*.

El 19 de noviembre, por influencia del presidente Benes, Checoslovaquia le concede la ciudadanía checa (pocas horas después le llegaba de Austria el mismo ofrecimiento). Queda incorporado como ciudadano a la ciudad de Prosek; en el consulado checo de Zurich presta el juramento de fidelidad a su nuevo Estado. El día 2 de diciembre el Reichsanzeiger, en la séptima lista, le despoja de la ciudadanía alemana (así como a su esposa y a sus cuatro hijos menores). En unas declaraciones a la prensa dice que tal acto «carece de todo sentido jurídico, pues desde hace catorce días soy ciudadano checo, con lo cual he dejado de pertenecer automáticamente al Estado alemán. Eso, para no hablar de su sinsentido espiritual». El 19 de diciembre el profesor Karl Justus Obenauer, decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, le comunica en un oficio que la Universidad le retira el doctorado *honoris causa* que le había otorgado en 1919, «en razón de haber sido privado de la ciudadanía alemana». Su respuesta, la famosa *Carta al decano de la Universidad de Bonn*, escrita el 31 de diciembre, tuvo una inaudita resonancia en el mundo entero y, apenas publicada, fue traducida a todos los idiomas cultos. Desde este momento se convierte en la cabeza de la lucha intelectual contra Hitler desde el exilio.

1937

En enero va personalmente a la ciudad de Proseč, en Checoslovaquia, para conocer la población de que es ciudadano. Poco después, en una conferencia dada en Praga, se presentará como nuevo ciudadano checo. En el mes de febrero se decide a publicar la revista *Medida y valor*. Revista bimensual de cultura alemana libre, un arma más en su lucha contra el nazismo. El primer número sale en octubre, y la revista se publicará hasta el mes de septiembre de 1940. En ella aparecerán las firmas de muchos grandes intelectuales (Gide, Sartre, Hesse, R. Schikele, E. Bloch, etc.).

En abril, tercer viaje a Estados Unidos, donde pronuncia diversas conferencias. A la vuelta a Europa continúa trabajando en la novela *Carlota en Weimar*. También prepara la conferencia *La victoria futura de la democracia*, que se propone pronunciar durante el próximo viaje a Estados Unidos al año siguiente. El 18 de diciembre Checoslovaquia le concede el «Premio Herder», para escritores exiliados. Escribe su ensayo *España*, que sirve de epílogo a un número extraordinario de una revista suiza sobre la guerra española.

1938

El 10 de febrero emprende su cuarto viaje a Estados Unidos, para pronunciar allí, en quince ciudades diferentes, la conferencia *La victoria futura de la democracia*. El viaje ha sido organizado por el manager Harold Peat. «El desvergonzado manager cobra mil dólares por conferencia, de los que yo sólo recibo la mitad.» El 25 de febrero inaugura en la Universidad de Yale la «Colección Thomas Mann». El 13 de marzo, «anexión» de Austria por Alemania. En abril redacta el ensayo titulado *Hermano Hitler*. Empieza a pensar en fijar su residencia en Norteamérica, abandonando Europa. El 5 de mayo emigra «oficialmente» a Estados Unidos. El 7 de mayo Harold W. Dodds, presidente de la Universidad de Princeton, le ofrece un puesto de profesor en la misma. Lo acepta el 27 de mayo. El 1º de junio la Universidad de Columbia le nombra doctor *honoris causa*. A finales de junio vuelve a Europa y prepara sus lecciones para la Universidad. Entretanto su hija Erika está en España como corresponsal.

En septiembre sale para Estados Unidos. Residirá fuera de Europa (aunque con algunos viajes cortos al Viejo Continente) durante dieciséis años. Se instala en Princeton. Entre otras cosas ha traído de Europa su vieja mesa de trabajo, que consiguió sacar de Munich. A finales de septiembre, Conferencia de Munich. El 1º de octubre las tropas alemanas ocupan Checoslovaquia. Profundamente afligido escribe su ensayo *Esta paz*, que

sirve de prólogo al volumen titulado *¡Atención, Europa!*, editado en Estocolmo, en el que recoge diferentes escritos de tipo político.

En octubre comienza sus clases en Princeton sobre el *Fausto* de Goethe. Su casa se convierte en punto de reunión de escritores exiliados. A la vez que da sus clases, continúa trabajando en la novela *Carlota en Weimar* (en diciembre va ya por el capítulo séptimo).

1939

En enero y febrero prosigue su actividad de profesor en la Universidad de Princeton. En marzo se casan sus hijos Michael y Monika. Durante los meses de marzo y abril recorre varias ciudades de Estados Unidos pronunciando su conferencia *El problema de la libertad*. A mediados de abril reanuda su actividad académica. El 18 de mayo recibe el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Princeton; también otras varias universidades le otorgan esa suprema distinción.

Desde el mes de junio hasta el mes de septiembre pasa una temporada en Europa (Holanda, Suiza, Londres, Estocolmo). En Estocolmo se proponía pronunciar la conferencia *El problema de la libertad* en el Congreso del Pen-Club, pero éste no llega a celebrarse. El 1º de septiembre comienza la segunda guerra mundial.

Vuelve a Estados Unidos y reanuda su actividad académica. En octubre termina la novela *Carlota en Weimar*, que se editará ese mismo año en Estocolmo. En noviembre los padres de su esposa emigran a Suiza. En ese mismo mes se casa (por segunda vez) su hermano Heinrich, así como también su hija Elisabeth. En diciembre escribe el ensayo *Esta guerra*. Renuncia a la presidencia de honor de la Liga de escritores americanos a causa de las tendencias comunistas de la misma.

1940

Reside en Princeton. A comienzos de enero empieza a escribir el relato *Las cabezas cambiadas*, leyenda india. A finales de mes da varias conferencias en Canadá (*El problema de la libertad*). «El nuevo embajador de Estados Unidos fue lo suficientemente amable para venir a escucharme...» Durante todo el mes de febrero recorre, dando esa misma conferencia, varias ciudades de Estados Unidos. En marzo vuelve a Princeton. Da clases en la Universidad sobre el *Werther* de Goethe y sobre *El arte de la novela*. Al acabar las clases decide no proseguir esa actividad, sino dedicarse íntegramente a su trabajo de escritor.

En Europa la guerra se agrava. En mayo las tropas alemanas invaden Holanda, Bélgica y Francia. La familia Mann desconoce qué ha sido de varios de sus miembros: un hermano de la esposa, que era profesor en Bruselas; así como Golo, el hijo, y Heinrich, el hermano mayor, que estaban en Francia. En junio, con motivo de cumplir sesenta y cinco años, el periódico alemán de Nueva York *Neue Volkszeitung* publica varios trabajos en su honor.

A finales de junio, tras el hundimiento de Francia y el armisticio, se funda en Estados Unidos un comité para ayudar a los franceses que huyen. Tanto él como su hija Erika participan activamente en él. Los meses de julio a octubre los pasa en Brentwood, cerca de Los Angeles, donde continúa escribiendo *Las cabezas cambiadas*, que concluye a principios de agosto. Inmediatamente después comienza el cuarto volumen de *José y sus hermanos*. Su hija Erika marcha de Estados Unidos a Inglaterra, llamada por el Ministerio de Información británico. Sigue haciendo esfuerzos para lograr la evacuación de Francia de su hermano y de su hijo Golo (así como de otros varios emigrantes). Aquellos consiguen escapar de Francia a mediados de septiembre, atravesando los Pirineos, «por una senda empinada, más apta para cabras que para un escritor de edad madura como yo» (Heinrich Mann). Luego atraviesan la Península Ibérica, y en Lisboa embarcan hacia Nueva York, consiguiendo llegar allí el día 13 de octubre. En cambio, el barco en que hacían el viaje su hija Monika y su marido es hundido por submarinos alemanes, y el marido perece ahogado ante los ojos de la esposa.

A finales de septiembre compra en California un terreno para construirse una casa. En octubre deja Brentwood y se empeña cada vez más personalmente en la guerra contra el nazismo. A principios de octubre comienza a emitir, a través de la BBC, sus famosas charlas radiofónicas dirigidas a Alemania y tituladas «¡Radioescuchas alemanes!», que continuarán mensualmente hasta 1945. Los honorarios de esas emisiones los cede a un comité de ayuda. El 5 de noviembre F. D. Roosevelt es elegido por tercera vez presidente de Norteamérica. Esto le da nuevas esperanzas, pues siente extraordinaria estima por él. El mes de diciembre lo pasa en Princeton. Ese mismo mes su hijo Klaus funda en Nueva York la revista *Decisión*, en la cual colaborará.

En enero pronuncia en Washington la conferencia *La guerra y el futuro*. El y su esposa son, durante dos días, huéspedes del presidente Roosevelt en la Casa Blanca. «Ha vuelto a producirme una gran impresión, o mejor, ha suscitado de nuevo en mí interés y simpatía.» Después recorre otras varias ciudades pronunciando la misma conferencia. El mes de febrero lo pasa en Princeton, donde continúa escribiendo el último volumen de *José y sus hermanos*. A mediados de marzo deshace su casa de Princeton para trasladarse a California.

El 27 de marzo la Universidad de Berkeley (California) le otorga el doctorado *honoris causa* (en Derecho). Ese mismo día su hermano Heinrich cumple setenta años. A mediados de abril se establece en Pacific Palisades (California) y reanuda su trabajo en la novela bíblica, aparte de varios trabajos menores, entre ellos las emisiones radiofónicas hacia Alemania. Se esfuerza por conseguir un puesto de profesor para su hijo Golo. En julio muere en Zurich su suegro, el profesor Pringsheim. Comienza la construcción de su nuevo chalet. Durante todo este tiempo trabaja mucho por ayudar con su influencia a los escritores alemanes emigrados.

Durante los meses de octubre y noviembre recorre gran parte de Estados Unidos pronunciando la conferencia *La guerra y el futuro*. Unos amigos suyos de Washington muy influyentes, los Meyer, consiguen que se le nombre Consultant in Germanic Literature de la Biblioteca del Congreso. Este puesto, dotado con 4.800 dólares al año, le proporciona una gran ayuda económica.

El 8 de diciembre, tras el ataque de los japoneses a Pearl Harbour, Estados Unidos entra en la guerra mundial. Con este motivo se agrava la situación de muchos alemanes exiliados en Norteamérica. El se esfuerza todo lo posible por ayudarles, no sólo con su influencia, sino también con su personal aportación económica.

1942

El 1º de enero, en Washington, toma posesión de su cargo en la Biblioteca del Congreso y presta juramento como funcionario (pero continúa residiendo en California). Sigue escribiendo y dando conferencias. Su hijo Klaus se enrola como voluntario en el ejército norteamericano. En febrero se traslada a una nueva casa en el mismo Pacific Palisades. Por esta época comienza a pensar en escribir la novela que luego será *Doktor Faustus*. En marzo, durante los bombardeos de Lübeck por la RAF, que arrasan la ciudad, son destruidas su casa natal, la casa de sus padres y también la casa de sus

abuelos, la famosa casa de los Buddenbrook. El 15 de este mes escribe en una carta a H. Hesse: «¿Nos volveremos a ver, querido H. Hesse? *Quaeritur*. ¿Retornaré yo alguna vez a Europa? *Dubito*.» En mayo y durante el verano sigue adelante en la redacción de la novela bíblica. El día 2 de junio escribe en una carta: «La destrucción de Colonia me ha conmovido profundamente. ¡Desgraciado pueblo! Ahora comienza la expiación.» Prepara una selección, en inglés, de sus ensayos políticos, que publicará en octubre con el título de *Order of the Day*. En este mismo mes pronuncia por radio su alocución *Por qué abandoné Alemania*. En noviembre da en Washington una conferencia sobre su novela de tema bíblico. Su importancia en la vida pública y política norteamericana crece cada vez más; el mismo vicepresidente de Estados Unidos, Henry A. Wallace, pronuncia las palabras de introducción a esa conferencia. Desde ahora va a ser el consejero oficioso del gobierno americano en múltiples asuntos relacionados con Alemania. En diciembre, de nuevo en Pacific Palisades, se dispone a dar fin a la novela bíblica. El 19 de diciembre comienza el último capítulo.

1943

El 4 de enero escribe las últimas líneas de *José el proveedor*, cuarto y último volumen del ciclo novelístico de tema bíblico titulado *José y sus hermanos*, en el que venía trabajando desde el año 1925. Inmediatamente después se dispone a escribir un nuevo relato titulado *La ley* (sobre Moisés). El 24 de enero, emisión radiofónica en el décimo aniversario del dominio nazi en Alemania. El 28 de enero dice en una carta: «Yo creo que; después de la guerra no se llegará a una paz democrática, sino que habrá una paz católico-fascista.»

En Alemania se producen intentos de oposición a Hitler, entre otros sitios en la Universidad de Munich, lo que conduce a la ejecución de estudiantes y profesores. A este hecho alude en su emisión del 27 de junio. A mediados de marzo, concluido el relato *La ley*, se dispone a iniciar la que será su última gran novela, *Doktor Faustus*. Con el fin de recoger material e informaciones para ella escribe a varios amigos y lee varios libros. Las primeras líneas de esa novela las escribe el día 23 de mayo. En ella sigue trabajando durante todo el verano, aunque con interrupciones para realizar trabajos menores. Así, en agosto redacta la conferencia *La guerra y el futuro*. Está en contacto directo con Strawinski, Schönberg y, sobre todo, Adorno, con los que discute los problemas musicales de *Doktor Faustus* (cuyo protagonista es

compositor). En octubre, noviembre y diciembre recorre innumerables ciudades de Estados Unidos y Canadá pronunciando la conferencia *La guerra y el futuro*. En diciembre se publica en Estocolmo *José el proveedor*. En diciembre, de nuevo en Pacific Palisades, continúa escribiendo *Doktor Faustus*.

1944

A principios de enero él y su esposa realizan en Los Angeles el «examen» necesario para la obtención de la ciudadanía norteamericana. La guerra prosigue en Europa, inclinándose a favor de los aliados. En mayo interrumpe sus emisiones radiofónicas hacia Alemania. El 6 de junio, fecha en que cumple sesenta y nueve años, ingleses y norteamericanos desembarcan en Normandía. El 23 de ese mes, tras prestar juramento en Los Angeles, se convierte en ciudadano norteamericano. Como tal participará en la campaña electoral de ese año a favor de F. D. Roosevelt.

Por estos meses su salud está quebrantada. En julio sostiene una polémica con un profesor norteamericano acerca de la paz con Alemania. Atentado contra Hitler (20 de junio) fracasado.

F. D. Roosevelt es reelegido, por cuarta vez (7 de noviembre), presidente de Estados Unidos. En diciembre se suicida la esposa de su hermano Heinrich.

1945

El 1 de enero reanuda sus emisiones radiofónicas hacia Alemania a través de la BBC. Su hermano Heinrich pasa algunas semanas en su casa. En Europa se avecina el hundimiento de Alemania. Escribe (en febrero) el artículo *El final*, «necrología del nacionalsocialismo». También prepara una conferencia sobre *Alemania y los alemanes*, que pronunciará más tarde en Washington.

Fallecimiento (el 12 de abril) del presidente Roosevelt, a punto de terminarse la guerra. En el ayuntamiento de Santa Mónica pronuncia una alocución (*Poder y bondad*) en homenaje al fallecido. En mayo (días 7 y 8), capitulación de Alemania. Su hijo Klaus, que llega a Munich, le comunica que su casa de aquella ciudad está destruida. Aparecen los primeros síntomas de la grave enfermedad que le obligará a operarse más tarde. A finales de mayo pronuncia en Washington la conferencia citada. El 6 de junio, día en que cumple los setenta años, se celebran grandes actos en su honor. Es el momento cumbre de su popularidad e influencia en Estados Unidos.

En julio vuelve a su casa de Pacific Palisades. En la Alemania vencida se inicia una áspera polémica en torno suyo. El 8 de agosto el escritor Walter von Molo le dirige una carta abierta en que le invita a retornar a Alemania. Contesta a ella en septiembre negándose (*Por qué no vuelvo a Alemania*). Ello provoca en esta nación una campaña hostil, en la que se manejan los conceptos «emigración interior» y «emigración exterior» para desacreditarle. Se suceden réplicas y contrarréplicas, incluso a través de la radio. Se le niega su amor a Alemania y se le trata casi de traidor. «Los ataques, falsedades y tonterías me cansan, como si se tratase de un trabajo pesado.» Estos hechos le hieren extraordinariamente, retrasando su vuelta a la patria. «Lo grotesco es que en Alemania todo el mundo está convencido de que yo tengo una influencia inmensa sobre los aliados, al menos sobre los americanos. Y si les va mal —¿y cómo podría irles de otro modo?—, resulta que el culpable soy yo.»

En octubre, doctorado *honoris causa* por la Universidad de Cincinnati. La redacción del *Doktor Faustus* sigue avanzando (en noviembre escribe el capítulo XXXII).

1946

Comienza a pensar en hacer un viaje a Europa (no a Alemania, al menos por el momento). A comienzos de marzo enferma gravemente, de tal modo que en abril ha de someterse en Chicago (tiene setenta y un años) a una operación de pulmón. Su hija Erika, que trabaja como periodista en el proceso de Nuremberg, acude a su lado. Tras la convalecencia vuelve a su casa de Pacific Palisades y reanuda el trabajo en *Doktor Faustus*. Durante el verano escribe los capítulos 36, 37 y 38 (este último lo acaba el 13 de septiembre). Se preocupa por su hermano Viktor, que reside en Munich: «Conviene que precises con exactitud tus deseos y necesidades en punto a alimentos. Katja hará todo lo que pueda para seguir tus indicaciones. Lo que esperamos es que los paquetes que ella os hace aquí con tanto cariño lleguen a vuestras manos.» Ese mismo mes se publica en Berlín la novela *Carlota en Weimar*, primer libro suyo que vuelve a imprimirse en Alemania desde 1935. El 10 de diciembre se otorga el Premio Nobel de Literatura a su gran amigo Hermann Hesse. En diciembre trabaja ya en el capítulo 46 de *Doktor Faustus*.

1947

El 25 de enero el profesor F. Oertel, decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, le restituye su diploma de doctor *honoris causa* (de que se le había despojado en 1936). Contesta con una carta de agradecimiento. El 29 de ese mismo mes escribe las últimas líneas de *Doktor Faustus*: «Dios conceda misericordia a vuestra pobre alma, amigo mío, patria mía.» En febrero redacta su ensayo *La filosofía de Nietzsche vista a la luz de nuestra experiencia*. El 22 de abril emprende viaje a Europa, acompañado de su esposa y de su hija Erika. Antes de salir de Estados Unidos pronuncia en Washington la mencionada conferencia sobre Nietzsche. El 23 de mayo, desde Londres, dirige un *Mensaje al pueblo alemán*, en que justifica su propósito de no pisar tierra alemana. Este mensaje da lugar de nuevo a una hostil campaña de prensa contra él. Polemiza sobre todo con el escritor M. Hausmann, que había publicado un artículo titulado *Thomas Mann debería callar*. En él le atribuye haber tenido el deseo de volver a Alemania en 1933 e incluso de haber escrito una carta al ministro del Interior solicitando permiso para ello. El lo niega; se descubre en el Ministerio del Interior la famosa carta, que se publica, con su permiso, en los periódicos, quedando intacta su integridad moral. Sin embargo, estos ataques le amargan mucho. Y aunque la mayor parte de los intelectuales alemanes sinceros están de su parte, la polémica hace brotar en el pueblo alemán una gran desconfianza frente a él.

En junio asiste en Zurich al XIV Congreso Internacional del Pen-Club. En él lee su citada conferencia sobre Nietzsche. También en otras ciudades da conferencias. El mes de agosto lo pasa en Holanda, y en septiembre vuelve a Estados Unidos sin visitar Alemania. El 5 de octubre es nombrado miembro de la Academia dei Lincei de Roma. Ese mismo mes se publica en Estocolmo la novela *Doktor Faustus*. En noviembre escribe a Hermann Hesse: «Europa queda allá atrás, como un sueño al que me gusta volver con frecuencia en mis pensamientos.» Se siente «halagado», según palabras suyas, por las buenas críticas procedentes de los círculos de los intelectuales marxistas. «Lukács... ha escrito acaso el mejor artículo de todos con motivo de mis setenta años.»

1948

En enero rechaza la invitación para dar en mayo una conferencia en la iglesia de San Pablo, de Francfort, en los actos conmemorativos del centenario de esa iglesia. Comienza a escribir la novela *El elegido*. En febrero sufre una caída en casa de un amigo, fracturándose la clavícula

izquierda, pero se recupera pronto. En marzo, para la edición americana de *José y sus hermanos*, escribe una introducción —titulada *Dieciséis años*— que es un importante texto autobiográfico de estos años. El volumen *Nuevos estudios*, en el que recoge varios trabajos, y que se publica en el mes de junio, lo dedica «a la ciudad de Francfort». El paso del tiempo va suavizando sus roces con Alemania.

El 21 de julio comienza a escribir *El origen de Doktor Faustus*, que terminará el 21 de octubre. El subtítulo de esta obra, *Novela de una novela*, indica su contenido. Es una especie de diario comentado, en que describe cómo escribió *Doktor Faustus*. En septiembre cede todos los derechos de autor que le correspondan en aquel momento en Alemania por publicación de libros para ayudar a la reconstrucción de la iglesia de Santa María de Lübeck. Concluido en octubre *El origen del Doktor Faustus*, reanuda la novela *El elegido*.

1949

En febrero, la Academia Bávara de Bellas Artes le nombra presidente de honor. En abril muere en Munich su hermano Viktor. En la primavera realiza un nuevo viaje a Europa. Antes de salir de Estados Unidos pronuncia en Washington la conferencia *Goethe y la democracia*. El 13 de mayo la Universidad de Oxford le otorga el título de doctor *honoris causa*. Después visita Suecia, Dinamarca, Suiza, dando conferencias. Mientras él realiza ese viaje, su hijo Klaus se suicida, el 21 de mayo, en Cannes. Después de pasar unas semanas en Suiza, el 23 de julio llega a Francfort, pisando por vez primera tierra alemana después de dieciséis años. Es recibido con todos los honores. El día 25 pronuncia una conferencia sobre Goethe en la iglesia de San Pablo. Al conocerse que visitará también Weimar (en la zona alemana ocupada por los rusos), se levanta una ola de protestas contra tal decisión.

El 27 de julio visita Munich; también allí es recibido con todos los honores. El 1º de agosto repite en Weimar la conferencia de Francfort; se le otorga el Premio Goethe de Alemania oriental. Por aquellas mismas fechas, a finales de agosto y principios de septiembre, Ortega y Gasset pronunciaba en Hamburgo sus conferencias sobre Goethe. A principios de agosto retorna a Estados Unidos. El 28 de ese mes se le otorga (en ausencia) el Premio Goethe de la ciudad de Francfort. Desde Norteamérica escribe cartas de agradecimiento a los alcaldes de Francfort y de Weimar. En diciembre publica sus impresiones de ese viaje por Alemania con el título de *Relato de viaje*, al que pertenece este significativo párrafo: «La experiencia que yo saco

de este viaje es que hoy viviría en Alemania de un modo aproximadamente igual que en 1930: visto con simpatía por una minoría inteligente y culta, cuyo número tal vez haya aumentado algo a causa de las experiencias pasadas, y odiado y difamado como no-alemán, como anti-alemán, como traidor a la patria, por amplias masas incorregibles, que han vuelto a un nacionalismo impertinente.»

1950

A principios de enero, en una carta a Karl Kerényi, le dice: «Este es uno de 'mis' años: en 1900 apareció *Los Buddenbrook*; en 1925, *La montaña mágica*, y este año cumpla los setenta y cinco.» El 12 de marzo muere en California su hermano Heinrich. Ese mes escribe el trabajo titulado *Mi época*, ensayo de interpretación retrospectiva. Este año el prestigio de Th. Mann en Estados Unidos empieza a decaer, pues su visita, el año anterior, a la zona comunista de Alemania no había sido bien recibida. Incluso una conferencia que iba a pronunciar en el mes de abril en Washington es suspendida. El 1º de mayo vuelve a Europa y da conferencias en Estocolmo, París y otras ciudades. A finales de ese mes, desde Lugano, dirige otro *Mensaje a los alemanes*. El 6 de junio cumple setenta y cinco años, siendo honrado con diversos actos por sus amigos suizos. La biblioteca de la Universidad de Yale organiza una exposición de sus obras (manuscritos, primeras ediciones, etc.). Visita esa exposición a finales de agosto, a su vuelta a Estados Unidos. A finales de ese mes escribe en una carta: «Si llegase la guerra mundial que el general McArthur intenta encender en Asia, lo pasaríamos mal todos aquellos a quienes la política exterior americana nos llena de terribles dudas... Pero espero que la guerra no llegará.» En octubre concluye la novela *El elegido*.

1951

En enero reanuda el trabajo en las *Confesiones del estafador Felix Krull*. En marzo se publica en Francfort *El elegido*. En abril mantiene en Norteamérica una polémica con E. Tillinger, redactor de la revista *Freeman*, que le acusaba de tendencias procomunistas: «No soy comunista y no lo he sido nunca...» De hecho, como revelará más tarde su hija Erika, no aceptó ninguno de los tres grandes premios de origen comunista, los cuales le fueron ofrecidos, a saber: el Premio Nacional de la República Democrática de Alemania, el Premio Stalin y el Premio Mundial de la Paz. Al hacérsele

ingrato el ambiente norteamericano, comienza a pensar en abandonar Estados Unidos y regresar a Europa.

En junio se repiten los ataques contra él por haber publicado, en el número de mayo de la revista *Aufbau*, un saludo a J. R. Becher; éste era presidente de la Liga Cultural para la Renovación Democrática de Alemania y sería luego ministro de Cultura de la Alemania del Este. En julio sale para Europa. Pasa el verano en Austria y en Suiza, volviendo a Estados Unidos a finales de septiembre. Vuelto a casa, sigue escribiendo las *Confesiones del estafador Felix Krull*. En noviembre es elegido miembro de la Academia de las Artes y las Letras de Nueva York.

1952

Reside en Pacific Palisades. En los primeros meses del año, hasta mayo, sigue escribiendo las *Confesiones del estafador Felix Krull* y redacta otros trabajos menores. En mayo interrumpe la novela citada y comienza el relato *La engañada*. En junio se le otorga el Premio Feltrinelli (Italia). Habiendo decidido retornar a Europa, el 29 de junio deja Estados Unidos, a donde no volverá. La decisión de trasladarse a vivir a Europa fue provocada, entre otras cosas, por las campañas del senador McCarthy y por la decepción frente a la política anticomunista de Estados Unidos. El verano y el otoño los pasa en Austria y en Suiza. Da conferencias en Zurich, Salzburgo, Munich, Francfort, Viena, etc. En septiembre pronuncia en Venecia, en el Congreso de la Unesco, su conferencia *El arte y el artista*.

A comienzos de diciembre se instala en Erlenbach, cerca de Zurich. Este mismo mes el gobierno francés le otorga la cruz de oficial de la Legión de Honor, que le entregará personalmente en Erlenbach, en enero del año siguiente, el ministro francés Schumann.

1953

Instalado en Suiza, continúa escribiendo y da algunas conferencias. En mayo termina el relato *La engañada*. En abril visita Roma para recibir oficialmente el Premio Feltrinelli y es recibido en audiencia privada por el papa Pío XII. En junio va a Inglaterra y recibe en Cambridge el doctorado *honoris causa* de aquella Universidad. Después visita Hamburgo y Lübeck (la última vez que había estado en su ciudad natal había sido en 1931).

El 24 de julio celebra en Zurich el setenta cumpleaños de su esposa Katja. «Mientras los hombres se acuerden de mí, la recordarán también a ella.»

Busca una nueva casa en Suiza. En septiembre es publicada su narración *La engañada*. Los numerosos viajes quebrantan su salud.

1954

En enero el matrimonio Mann adquiere una casa en Kilchberg, junto al lago de Zurich. Será su última residencia. Escribe algunos trabajos menores, y en febrero da por terminada la «primera parte» de las *Confesiones del estafador Felix Krull*, obra que había comenzado a escribir cuarenta y cuatro años antes (en noviembre de 1909). A continuación realiza un viaje por Italia. El 15 de abril se instala en su nuevo hogar de Kilchberg.

En julio, el presidente de la Alemania Federal, profesor Theodor Heuss, le invita a pronunciar al año siguiente, en Stuttgart, la conferencia en honor de Schiller (150 aniversario de su muerte). Acepta ese honroso encargo, y comienza a redactar la conferencia, a la que dedicará casi todos los meses siguientes, hasta finales de año. Durante el verano da lecturas de obras suyas en Colonia y Dusseldorf. En septiembre se publican las *Confesiones del estafador Felix Krull*. Primera parte de las Memorias, que obtienen un éxito fulgurante. En octubre posa para el escultor Gustav Seitz, que realiza un busto suyo por encargo de la República Democrática Alemana. En Navidades acaba el Ensayo sobre Schiller.

1955

En enero, durante una temporada de descanso en Arosa, cae enfermo, pero se recupera pronto. El 11 de febrero celebra las bodas de oro de su matrimonio. El 3 de marzo acepta el nombramiento de «ciudadano de honor» de la ciudad de Lübeck. Por este tiempo trabaja en una obra teatral titulada *La boda de Lutero*, que quedará inconclusa. Ese mismo mes de marzo es nombrado miembro honorario de la Academia Alemana de las Artes, de Berlín; en abril se funda, también en Berlín, el «Archivo Thomas Mann».

El 8 de mayo pronuncia en Stuttgart su conferencia sobre Schiller, que luego repetirá, el día 14, en Weimar. El día 15 recibe el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Jena. El viaje a la Alemania del Este le fue aconsejado en esta ocasión por el mismo presidente de Alemania Federal, profesor Heuss. Poco después de fallecer Thomas Mann, éste lo declaró en Lübeck: «Confieso abiertamente que yo le aconsejé que hiciera tal viaje. Pues queremos y debemos salvaguardar la unidad (de Alemania).» En general, el último año de su vida representó una amplia reconciliación con

Alemania, aunque continuó residiendo en Suiza y murió siendo ciudadano norteamericano.

Después de los actos de Weimar marcha a Lübeck, donde recibe el título de «ciudadano de honor». En junio, al cumplir los ochenta años, se celebran grandes actos en su honor. Tanto la Alemania del Este como la del Oeste participan en los agasajos. El 30 de junio marcha a Holanda, donde repetirá su conferencia sobre Schiller. El ministro de Asuntos Exteriores le entrega, en nombre de la reina, la cruz de la Orden de Orange-Nassau. El 18 de julio aparecen en Holanda los primeros síntomas de la dolencia que le llevará a la muerte. Trasladado a Zurich, fallece en el Hospital Cantonal de esta ciudad el día 12 de agosto. A su entierro, celebrado el día 16 en Kilchberg, asisten representantes de la vida cultural de toda Europa.

## La obra de Thomas Mann

La obra de Thomas Mann, creada a lo largo de sesenta años de labor ininterrumpida, presenta una división bipartita muy clara, a saber: la obra narrativa y la obra ensayística. A ello se añaden una comedia (*Fiorenza*) y ocho composiciones poéticas conservadas.

A su vez, la obra novelística tiene dos vertientes: las grandes novelas (unas ocho) y los relatos breves (unos treinta). Por su parte, la obra ensayística, numerosísima, comprende más de ochocientos títulos, y en ella podemos distinguir: 1) los escritos políticos; 2) los escritos autobiográficos; 3) los ensayos sobre grandes figuras de la cultura europea; 4) las reseñas y prólogos de obras ajenas; 5) los homenajes a otras figuras; 6) los artículos y aclaraciones sobre obras propias y 7) las contestaciones a encuestas de periódicos y revistas. Gran parte de esta obra ensayística adoptó primitivamente la forma de conferencias y discursos, género en el que Thomas Mann fue un consumado maestro y por el que sintió especial inclinación.

Existen ya cinco ediciones de *Obras Completas* de Thomas Mann, pero ninguna de ellas es exhaustiva ni crítica:

- 1) *Gesammelte Werke* [Obras reunidas, en volúmenes sueltos]. Berlín-Viena, 1922-1937. Edit. S. Fischer.
- 2) *Gesammelte Werke in zehn Bänden* [Obras reunidas, en diez volúmenes]. Berlín, 1925. Edit. S. Fischer.
- 3) *Stockholmer Gesamtausgabe* [Edición de Estocolmo]. Estocolmo - Amsterdam - Viena - Fancfort, 1938-1956. Edit. S. Fischer.
- 4) *Gesammelte Werke in zwölf Bänden* [Obras reunidas, en doce volúmenes]. Berlín, 1965-1966. Editorial Aufbau.
- 5) *Gesammelte Werke in zwölf Bänden* [Obras reunidas, en doce volúmenes]. Francfort, 1960. Editorial S. Fischer.

En septiembre de 1958 la Edit. Akademie, de Berlín oriental, firmó un contrato con la Edit. S. Fischer, Francfort, y con los herederos de Th. Mann, para realizar una edición crítica y definitiva de la obra de éste, pero hasta el momento no se ha publicado ningún volumen, aunque parece que los trabajos se encuentran muy adelantados.

A los textos citados deben añadirse, de manera muy especial, las ediciones de los epistolarios, sobre todo los tres volúmenes editados por su hija Erika

Mann (primer volumen: cartas de 1889 a 1936; segundo: cartas de 1937 a 1947; tercero: cartas de 1948 a 1955, y suplemento), así como otros diversos epistolarios. Por fin, aunque todavía inéditos, será preciso tener en cuenta los «Diarios», que se encuentran depositados en el «Archivo Thomas Mann» de la Escuela Técnica Superior de Zurich, y que, por voluntad de su autor, no se publicarán hasta 1975.

Damos a continuación, por orden cronológico, algunos de los títulos más importantes.

*Der Frühlingssturm. Monatsschrift für Kunst, Literatur und Philosophie* [La tormenta de primavera. Revista mensual de arte, literatura y filosofía]. Sólo comprende dos números (mayo y junio-julio de 1893), y fue publicada por Thomas Mann en Lübeck en sus años estudiantiles. Contiene varios trabajos primerizos suyos.

*Gefallen* [Caída]. Novela corta. Primera de las publicadas por su autor en la revista «*Die Gesellschaft*», Leipzig, octubre de 1894.

*Der kleine Herr Friedemann* [El pequeño señor Friedemann]. Colección de relatos breves. Berlín, 1898.

*Buddenbrooks. Verfall einer Familie* [Los Buddenbrook. Decadencia de una familia]. Novela. Berlín, 1901.

*Tonio Kroger*. Novela corta. Publicada en la revista «*Neue Deutsche Rundschau*». Berlín, 1903.

*Tristan*. Novelas cortas. Berlín, 1903.

*Fiorenza*. Obra teatral en tres actos. Berlín, 1905. Única obra teatral de Th. Mann.

*Bilse und ich* [Bilse y yo]. Trabajo polémico sobre la misión y los derechos del novelista. Munich, 1906.

*Königliche Hoheit* [Alteza real]. Novela. Berlín, 1909.

*Der Tod in Venedig* [La muerte en Venecia]. Novela corta. Munich, 1912.

*Das Wunderkind* [El niño prodigio]. Colección de relatos breves. Berlín, 1914.

*Friedrich und die grosse Koalition* [Federico (II) y la gran coalición]. Ensayo. Berlín, 1915.

*Betrachtungen eines Unpolitischen* [Consideraciones de un apolítico]. Libro de ensayos. Berlín, 1918.

*Herr und Hund. Ein Idyll* [Señor y perro. Idilio]. Relato. Munich, 1919.

*Rede und Antwort* [Discurso y respuesta]. Colección de ensayos y trabajos de 1906 a 1921. Berlín, 1921.

*Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull* [Confesiones del estafador Felix Krull]. Novela. La primera edición, Berlín, 1922, contenía sólo el *Buch der Kindheit* [Libro de la niñez]. La segunda, Amsterdam, 1937, iba aumentada con un «segundo libro». Y la tercera y última, Francfort, 1954, contenía la «Primera parte de las memorias».

*Von deutscher Republik* [Sobre la república alemana]. Discurso. Berlín, 1922.

*Der Zauberberg* [La montaña mágica]. Novela. Berlín, 1924.

*Bemühungen* [Esfuerzos]. Ensayos de 1922-1925. Berlín, 1925.

*Lebensabriss* [Relato de mi vida]. Publicado en la revista «Die Neue Rundschau». Berlín, 1930. Incluido en este libro.

*Mario und der Zauberer* [Mario y el mago]. Novela corta. Berlín, 1930.

*Deutsche Ansprache. Ein Appell an die Vernunft* [Alocución alemana. Llamamiento a la razón]. Discurso. Berlín, 1930.

*Die Forderung des Tages* [La exigencia del día]. Ensayos de 1925-1929. Berlín, 1930.

*Leiden und Grösse Richard Wagners* [Sufrimiento y grandeza de R. Wagner]. Conferencia. Munich, 1933.

*Joseph und seine Brüder* [José y sus hermanos]. Novela de ambiente bíblico, compuesta de cuatro volúmenes: *Die Geschichten Jaakobs* [Las historias de Jacob]. Berlín, 1933. *Der junge Joseph* [El joven José]. Berlín, 1934. *Joseph in Aegypten* [José en Egipto]. Viena, 1936. *Joseph der Ernährer* [José el proveedor]. Estocolmo, 1943.

*Meerfahrt mit «Don Quijote»* [A bordo con «Don Quijote»]. Diario de viaje. Zurich, 1934.

*Briefwechsel mit Bonn* [Intercambio de cartas con Bonn]. Zurich, 1937.

*Achtung, Europa!* [¡Atención, Europa!] Colección de ensayos políticos. Estocolmo, 1938.

*Dieser Friede* [Esta paz]. Ensayo. Estocolmo, 1938.

*Lotte in Weimar* [Carlota en Weimar]. Novela. Estocolmo, 1939.

*Dieser Krieg* [Esta guerra]. Ensayo. Estocolmo, 1940

*Deutsche Hörer!* [Radioescuchas alemanes]. Emisiones por la BBC. Primera edición, Estocolmo, 1942 (25 alocuciones). Segunda edición, Estocolmo, 1945 (56 alocuciones).

*Deutschland und die Deutschen* [Alemania y los alemanes]. Conferencia. Publicada en la revista «Die Neue Rundschau». Estocolmo, 1945.

*Adel des Geistes* [Aristocracia del espíritu]. Ensayos. Estocolmo, 1945.

*Doktor Faustus*. Das Leben des deutschen Ionsetzers Adrián Leverkühn, erzáklt von einem Freunde [*Doktor Faustus*. La vida del compositor alemán Adrián Leverkühn, contada por un amigo]. Novela. Estocolmo, 1947.

*Die Entstehung des «Doktor Faustus»*. Roman eines Romanes [El origen del «*Doktor Faustus*». Novela de una novela]. Amsterdam, 1949.

*Der Erwählte* [*El elegido*]. Novela. Francfort, 1951.

*Die Betrogene* [La engañada]. Relato. Francfort, 1953.

*Altes und Neues* [Viejo y Nuevo]. Ensayos. Francfort, 1953.

*Versuch über Schiller* [Ensayo sobre Schiller]. Francfort, 1955.

\* \* \*